

# De Sevilla a Santiago con una vieira en la mochila



Ignacio Rodríguez Temiño

*“ Los caminos son comunes a todos los omnes ansi  
naturales del Reyno como extraños ...”*

*Las Partidas, Libro IV, Título IV, Ley XVIII*

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	4
JORNADA 1 <sup>a</sup> .....	12
JORNADA 2 <sup>a</sup> .....	15
JORNADA 3 <sup>a</sup> .....	18
JORNADA 4 <sup>a</sup> .....	20
JORNADA 5 <sup>a</sup> .....	21
JORNADA 6 <sup>a</sup> .....	22
JORNADA 7 <sup>a</sup> .....	25
JORNADA 8 <sup>a</sup> .....	27
JORNADA 9 <sup>a</sup> .....	29
JORNADA 10 <sup>a</sup> .....	31
JORNADA 12 <sup>a</sup> .....	33
JORNADA 13 <sup>a</sup> .....	34
JORNADA 14 <sup>a</sup> .....	37
JORNADA 15 <sup>a</sup> .....	39
JORNADA 16 <sup>a</sup> .....	40
JORNADA 17 <sup>a</sup> .....	41
JORNADA 18 <sup>a</sup> .....	43
JORNADA 19 <sup>a</sup> .....	46
JORNADA 20 <sup>a</sup> .....	48
JORNADA 21 <sup>a</sup> .....	50
JORNADA 22 <sup>a</sup> .....	51
JORNADA 23 <sup>a</sup> .....	54
JORNADA 24 <sup>a</sup> .....	56
JORNADA 25 <sup>a</sup> .....	57
JORNADA 26 <sup>a</sup> .....	59
JORNADA 27 <sup>a</sup> .....	62
JORNADA 28 <sup>a</sup> .....	64
JORNADA 29 <sup>a</sup> .....	66
JORNADA 30 <sup>a</sup> .....	68
JORNADA 31 <sup>a</sup> .....	69
JORNADA 32 <sup>a</sup> .....	71
JORNADA 33 <sup>a</sup> .....	72
JORNADA 34 <sup>a</sup> .....	74
JORNADA 35 <sup>a</sup> .....	76
JORNADA 36 <sup>a</sup> .....	78
JORNADA 37 <sup>a</sup> .....	79
JORNADA 38 <sup>a</sup> .....	82
JORNADA 39 <sup>a</sup> .....	83
JORNADA 40 <sup>a</sup> .....	84
JORNADA 41 <sup>a</sup> .....	86
JORNADA 42 <sup>a</sup> .....	88
JORNADA 43 <sup>a</sup> .....	91
JORNADA 44 <sup>a</sup> .....	93
EPÍLOGO .....	94
OBRAS CITADAS Y CONSULTADAS .....	95

## INTRODUCCIÓN

Ignoro el origen de las peregrinaciones, sobre todo de aquellas que implican realizar un largo desplazamiento hasta lugares lejanos, a veces miles de kilómetros de donde se vive. Supongo que, a pesar de ser un fenómeno habitual en las principales religiones de la tierra, carecerá de una única motivación. No obstante, o quizás precisamente por la oscuridad que envuelve explicar qué hace a una persona abandonarlo todo, aunque sea por un periodo concreto de tiempo, para emprender un largo y no pocas veces incierto camino, el poder de seducción que tienen en quienes escriben sobre cuestiones religiosas es enorme. Y no parece que les sea fácil evitar caer en la tentación de capitalizar la explicación del porqué de tan compleja conducta social para moralizar a través de ella. Hace poco encontré un cabal ejemplo de esto:

"La peregrinación es una inquietud humana de todos los tiempos, lugares y creencias. Más tarde o más temprano, en el transcurso de la vida, el hombre siente la necesidad de protección contra el mundo externo y anhela también evadirse de la angustia de sus problemas internos. Es entonces cuando puede convertirse en peregrino, como solución mental a la inseguridad del futuro (...) y, sobre todo, por el ansia de inmortalidad que invita a evadirse de la amenaza latente de la muerte cuando llega el convencimiento de que la ciencia de su época no puede solucionar esta aspiración de perpetuidad, ese ansia de eternidad del sentir humano de todos los tiempos, como únicamente puede hacerlo la fe. Por eso, la edad en que despierta en el creyente dicha necesidad de realizar su peregrinación, sea cual sea su religión, es cuando empieza a rebasar la mitad teórica de su existencia, y se ve impulsado hacia el declinar, y por tanto, inexorablemente, hacia la muerte".

De esta forma se expresaba el pensamiento católico oficial sobre las peregrinaciones, defendiendo para justificarlas una motivación, común a todo el género humano, relacionada con el declive del ciclo vital. En un alarde de ecumenismo, el libro del que he sacado la cita, *Historia de las peregrinaciones. Sus orígenes, rutas y religiones*, deja un capítulo para el <<mundo negro>>, ya que según su autor también entre la población africana se da la necesidad de peregrinar al encuentro de su dios, como único remedio que les queda cuando la magia de los hechiceros fracasa.

Por fortuna las manifestaciones culturales son bastante más complejas y siempre encajan mal en interpretaciones tan reduccionistas y lineales. En todo caso, incluso para esa visión resultará innegable que hoy las cosas han cambiado de manera radical. Sin embargo, aún en este marco social distinto, dominado por el laicismo y la mirada racional hacia lo religioso, estoy convencido del enorme interés personal y social que tiene realizar el camino de Santiago, sobre todo a pie. Y no precisamente por motivos espirituales. Imagino que casi nadie pensará que allí le aguarda apóstol alguno, aunque esa expresión se haya convertido en un tópico de las conversaciones entre peregrinos y, por lo que dicen las encuestas, sólo a una minoría le mueve la fe, la devoción o las promesas, al contrario de lo que ocurría en sus orígenes. Por el contrario, para muchos de quienes hemos recorrido ese camino, el peregrinaje a Compostela nos ha resultado interesante porque ha sido una buena manera de fomentar el contacto humano, el conocimiento mutuo y la tolerancia con los demás. Esos días de fatigoso andar y rutinario horario se convierten, sin pretenderlo, en una escuela de convivencia donde aprender -o recordar- lecciones y valores que la lucha diaria se ha encargado de hacernos olvidar.

Esta función adquiere ahora una significación añadida en la encrucijada histórica que nos está tocando vivir a los europeos, como principales usuarios históricos de esta ruta. La integración política en un espacio común ha dado pasos decisivos en lo económico, pero aún dista mucho de

ser una realidad social. Caminando hacia Santiago es habitual encontrar personas de todo el mundo, pero sobre todo de países vecinos, y esa convivencia fomenta el contacto y el conocimiento recíproco en un grado que resulta casi impensable en otros modelos turísticos.

Durante la Edad Media la peregrinación a Compostela, como a muchos otros lugares santos, estaba motivada por el deseo de pedir algo al Apóstol, que gozaba de fama como curador de todo tipo de males y desgracias, pero –como he dicho– en la actualidad ha perdido esa connotación milagrera, que sin embargo mantienen otros santuarios. Las descripciones hechas de las comitivas que llegaban a Lourdes, "... donde unos revelaban la disnea angustiosa del tísico demacrado; otros con la facies pajiza de un canceroso caquético; estos con vendajes repulsivos ocultando malamente supuraciones incurables; otros con las muletas a un lado sostenidos por sus parientes; allí se ven, en fin, raquíticos, escrofulosos, imbéciles, dementes, póticos, mielíticos, reumáticos, deformes, artritis supuradas, osteitis incurables, etc, etc. No parece sino que la Patología haya querido presentar a la vista de la Humanidad los ejemplares más desdichados de su colección", como refiere X. R. Mariño, con el realismo verista aportado por autores que lo visitaron en la primera mitad del siglo XX, nada tiene que ver con las colas de peregrinos jacobitas llevando sus mochilas y sus conjuntos deportivos adquiridos en cualquier tienda de prendas de aventura, en paciente espera por entrar en el templo a través de la puerta del Obradoiro.

Cuando se hace este viaje en esa situación de especial contingencia que es ser peregrino, cuya raíz etimológica latina se aplicaba al que atravesaba tierras extrañas (*per* y *ager*, a través del campo), se está en una singular aptitud para ver las cosas desde una perspectiva menos basada en los convencionalismos habituales que rigen nuestra vida diaria, y más propensa a la apertura al diálogo y a la aceptación de la alteridad, puesto que los propios peregrinos forman parte de ella. El encuentro con una milenaria tradición cultural, que estuvo en los propios cimientos de la idea de Europa, y la enorme difusión y aceptación que tiene son valores que dan actualidad a la peregrinación jacobea y que la dotan de ventajas sobre cualquier otro itinerario cultural.

Me alegra leer que el Consejo de Europa, que declaró los caminos a Santiago como primer Itinerario Cultural Europeo en 1987, mantenga una filosofía parecida, frente a la masificación turística. "El Consejo de Europa tiene que estar muy atento, porque el espíritu de peregrinación sobre el que se apoya su iniciativa, un poco utópica, se ha convertido en veinte años en un éxito. Pero un éxito es también un producto e, incluso a veces, una moda o un modo de vida que parece autorizar todo tipo de libertades, en detrimento de la verdad histórica y la investigación patrimonial, que es el fundamento de un itinerario cultural", advierte M. Thomas-Penette, director del Instituto Europeo de Itinerarios Culturales, radicado en Luxemburgo y dependiente de ese organismo internacional. Si asumiese esa encomienda, el camino de Santiago volvería a desempeñar el papel para el que fue creado y, como él, otras muchas rutas de peregrinación conocidas o de las que ya no se guarda memoria.

En bastantes lugares del sur y este peninsular, se han encontrado santuarios frecuentados por las poblaciones que habitaron esas comarcas a lo largo de la segunda mitad del primer milenio anterior a nuestra era. En sus visitas solían dejar exvotos en forma de esculturas de piedra o pequeñas figuritas de bronce. Entre estas últimas, no resulta infrecuente hallar representaciones de órganos y miembros del cuerpo humano, análogas a las que aún pueden verse en santuarios y ermitas actuales, en agradecimiento y testimonio de la salud recobrada. Si sólo caben conjeturas para suponer que el principal móvil para acercarse a estos lugares era la creencia en que, siguiendo este rito, podrían acceder a los favores de alguna deidad con poderes curativos, los investigadores tienen pocas dudas, en cambio, sobre el papel jugado por tales sitios como aglutinadores étnicos en el fragmentado cuadro político dominante durante esa etapa cultural del mediodía peninsular.

De igual forma se ha sugerido el carácter sagrado de parajes y caminos en relación con los

ritos celtas, en el norte de España. De sus santuarios quedan huellas no sólo para la mirada experta de la arqueología, sino también en la toponimia, en los mitos y en el folclore gallegos. Sacralidad de lugares prolongada también a través del culto a los dioses lares romanos, primero, y con posterioridad en la devoción a cruceiros y encrucijadas, que dará ocasión a pequeñas peregrinaciones con profundo arraigo en el mundo rural gallego y demostrado valor identitario y social.

La época clásica no fue ajena a este tipo de cultos. En Bath (Inglaterra), se ha documentado un santuario en el que los devotos practicaban un rito consistente en arrojar a un manantial de aguas termales una súplica, a veces con el nombre del orante, en una plaquita de plomo cuidadosamente doblada. Más tarde este rito desapareció y en el lugar se construyó un monasterio. El estudio de la onomástica de los oferentes ha permitido saber que, en su inmensa mayoría, eran de origen autóctono romanizados, por lo que cabe deducir la continuidad cultural en torno a este sitio desde antes, sobreviviendo a la propia aculturación latina.

La religión cristiana está imbuida del concepto de peregrinación ya desde los libros iniciales de la Biblia, donde el éxodo de Israel guiado por Yahvé desde Egipto a Canaán, a través del desierto, aparece ligado a su definición como pueblo elegido. Conexión mantenida en el Nuevo Testamento de forma simbólica, sobre todo en el Evangelio de san Juan. Por eso, no es de extrañar que la visita a los escenarios donde se desarrolló la vida de Jesús formase parte del devocionario religioso de sus seguidores desde muy temprano. Sólo trescientos años después de su muerte se fecha un itinerario entre Burdeos y Jerusalén (el denominado *Itinerario Burdigalense*), primero de una larga serie de descripciones de rutas de peregrinación que llega hasta nuestros días.

No obstante, el culto a la Virgen y los santos, origen del mayor número de romerías y peregrinaciones, no está atestiguado en los inicios del cristianismo. Será a partir del siglo IV, cuando se mantenga la doctrina de que los cuerpos de los santos tienen el mismo poder que sus almas, el momento en que se consolide la peregrinación como forma de desplazamiento a un lugar sacralizado por la existencia de la tumba de algún santo, como modo de entrar en contacto con la divinidad. Sin embargo, este culto a las reliquias estará llamado a convertirse en el soporte de la religiosidad medieval. La creencia, avalada por los padres de la Iglesia, de que una vez partido el cuerpo de los santos o mártires la gracia que poseía en conjunto se mantiene intacta en cada uno de los fragmentos generó un amplio proceso de búsqueda, exhumación, amputación y distribución de los cuerpos de estas personas por todo el orbe cristiano, en ocasiones contra su voluntad expresada en testamentos. Al extraer el papa Dámaso numerosos restos humanos enterrados en las catacumbas de Roma, considerándolos santos anónimos, y permitir que los peregrinos los llevaran de vuelta a sus lugares de origen, se dará comienzo a la gran diáspora de las reliquias y su veneración en los lugares más recónditos del orbe.

Para colmo, el efecto de las reliquias reales se multiplicará con otros subproductos, más fantasiosos, como fueron las vestimentas u otros objetos que estuvieron en contacto con ellos, adquiriendo gran predicamento los relacionados con la pasión de Cristo (la cruz, la corona de espinas, etcétera); y no faltaron otros que pueden parecer algo repulsivos, pero que entonces fueron muy disputados. A sangres que se licuaban, se sumarán aceites emanados del cuerpo de ciertos santos, denominados mirabolitas en honor de san Nicolás de Mira, primero de esta saga, que eran conservados en botellas bendecidas, las cuales en contra de lo que sería normal, y por tanto como muestra de su sacralidad, exhalaban delicados aromas. Este tráfico de productos corporales llegó a tocar a la misma virgen María, de la que los peregrinos a Tierra Santa solían traer botellas con un brebaje blanco, supuestamente su leche. Mayor consideración se tuvo con los procedentes de Cristo. Así, fue censurado por algunos obispos el monasterio benedictino francés que presumía de tener el prepucio de Cristo guardado en un relicario de plata, que tenía la virtud de hacer parir sin dolor a las mujeres.

El desarrollo de este proceso conllevó a la acumulación de objetos de lo más variopinto e inverosímil. En el famoso arca de la cámara santa de San Salvador de Oviedo, mandada construir por Alfonso II en el siglo IX, sus custodios se ufanaban de que contuviese una gran parte del sudario de Cristo, ocho espinas de su corona, pan de la última cena, maná con el que Yahvé alimentó a Israel, buena parte de la piel de san Bartolomé que fue desollado vivo, leche de la virgen María, sus cabellos, uno de los treinta denarios por lo que Judas Iscariote vendió a Jesús, un mechón de los cabellos de María Magdalena, un trocito de la vara usada por Moisés para separar las aguas del Mar Rojo, un trozo del pescado y del panal de miel que comió Jesucristo tras resucitar, una sandalia de san Pedro, huesos de mártires, profetas y santos y uno de los cántaros en que Jesús convirtió agua en vino en las bodas de Canaán de Galilea. En la ermita de Nuestra Señora de Ameal en Torres Vedras, feligresía de san Miguel (Portugal), se veneran unos objetos de los que se dice que son parte de la camisa de Jesús niño, un ovillo de hilo y dos agujas de costura de la virgen María y, en una ampolla de cristal, varias gotas de su leche.

Esta inventiva por hallar y atesorar un repertorio cada vez mayor de objetos servía para acrecentar la fama milagrera del lugar, las romerías y peregrinaciones hasta él y, con ellas, el negocio montado en torno a estos sitios. Curaciones instantáneas de toda clase de enfermedades, evitación de riesgos de muerte violenta o airada, salvamento de naufragios, terminación de periodos de sequía, extinción de incendios y, en definitiva, conjura o remedio para todos cuantos males amenazan al ser humano desde que nace hasta que muere. Para la mentalidad medieval el mal moral era el causante de todas esas desgracias, por tanto sólo el contacto con la santidad podría remediarlas. En una sociedad que vivía al borde mismo de la supervivencia, disponer de esa vía de solución era una necesidad que estaba por encima de la propia fe. Ilustra perfectamente esta devoción el relato que hace Teodoreto de Ciro sobre los santuarios existentes ya en el siglo V. “Los peregrinos -dice- piden que se les conserve la salud o se les libere de los sufrimientos; los esposos que son estériles piden tener hijos y los que ya los tienen, que se conserven sanos; los que van de viaje ruegan a los mártires que los guíen por el camino y quienes regresan les dan gracias”.

El famoso medievalista Johan Huizinga llega a la misma conclusión, al hablar de la ritualización popular de la religiosidad: “Habíanse desarrollado en la Iglesia tal cantidad de usos y costumbres, que llenaban de espanto a muchos graves teólogos, aun prescindiendo de los cambios cualitativos que traigan consigo. Los signos de la gracia divina, siempre pronta, habían ido aumentando de continuo: junto a los sacramentos, andaban por todos lados las bendiciones; de las reliquias, se habían pasado a los amuletos; el poder de la oración habíase tornado una cosa formal, con los rosarios; la pintoresca galería de los santos aumentaba si cesar en color y en vida. Gerson había encontrado en Auxerre a un hombre que afirmaba que «la Fiesta de los Locos», con la cual se celebraba la entrada del invierno en las iglesias y conventos, era tan santa como la fiesta de la Concepción de María”.

Esta práctica de acumular reliquias, extendida hasta el barroco, chocará con el nuevo espíritu nacido en la Ilustración, más atento a la indagación científica que a la devoción milagrera. Cuando a partir del siglo XVIII los jóvenes burgueses viajen por nuestras tierras, les llamará poderosamente la atención estos <<tesoros>> que almacenaban los principales templos de las ciudades. Richard Twiss, erudito inglés nacido en Rotterdam que visitó España en 1773, rechaza ver <<las prodigiosas reliquias>> de la catedral de Valencia, aduciendo lo repulsivo que le resulta esa colección de restos humanos y la superchería escondida tras semejantes creencias.

Pero esta función no agota el significado de las peregrinaciones para la Edad Media. Fue en esta época cuando mejor se usó su valor como instrumento político, mediante la organización en grandes rutas, que recogían todos los centros regionales y locales de peregrinación. Y de entre estas grandes rutas, poca duda cabe en atribuir a la de Santiago de Compostela un papel hegemónico. La rápida difusión de la invención de la aparición de los restos de Santiago apóstol, las numerosas facilidades y la relativa seguridad que tuvieron los peregrinos en su caminar hasta

el *finis terrae* occidental, revelan la continua atención de los reyes cristianos por su protección y mantenimiento. La razón última de tanto esfuerzo y dispendio no parece plausible hacerla descansar en motivos de fe, sino que está bien probada la intencionalidad política del evento, como factor estructurante y cohesivo del vasto y fragmentado espacio que había quedado libre del fulgurante dominio musulmán. Según recientes investigaciones, el camino de Santiago no recibiría el impulso inicial de una mentalidad religiosa propicia a la aceptación del milagro, ni de una vieja tradición restaurada y cristianizada, como se ha defendido en numerosos estudios previos, sino de unos objetivos políticos y sociales vinculados a los ideales de la reconquista, pero ocurría que la sacralización era el necesario revestimiento de cualquier aspiración política medieval. Conclusiones que concuerdan con las expuestas por otro estudioso de la vertiente gala del camino. D. Péricard-Méa ha visto que la región delimitada por Tours, Orlenas, Vézelay, Lyon y Arlés define la extensión de los lugares donde señores aquitanos aceptaron reconocer a Alfonso VII como emperador; razón por la cual la *Guía del Liber Sancti Jacobi* hace iniciar sus caminos en esas ciudades y no en otras de mayor importancia como Brujas, París o Aquisgrán.

Esta idea de aglutinamiento político será fermento de posteriores procesos sobre los que se asiente la propia identidad europea. El románico -o arte de las peregrinaciones como también se le conoce- fue la manifestación cultural del primer esfuerzo por crear una conciencia paneuropea, al menos en su parte cristiana occidental. Por ello en la segunda posguerra mundial el estudio de este movimiento artístico fue promovido por las más altas instancias políticas, con el deseo expreso de ahondar en las raíces de un pasado común, para reparar las fracturas que habían dejado los dos conflictos bélicos.

Hoy día la finalidad pública de la peregrinación vuelve a estar vigente, aunque sea como envolvente de las razones particulares que lleve cada peregrino. Sin embargo, debido al sobredimensionamiento de las funciones del Estado y al éxito de programas políticos populistas, esta esfera pública se ha complicado mucho, en comparación con épocas precedentes, y no es fácil encontrar el hilo conductor de esta actuación, que se muestra errática cuando no contraria a los fines teóricamente pretendidos.

Por un lado, resulta evidente -y hasta ofensiva- la patrimonialización que están haciendo las administraciones públicas de la peregrinación a Santiago, a partir del invento del Xacobeo. Se intenta convertir lo que hasta entonces había sido un fenómeno minoritario que discurría a una escala humana en una feria, en un espectáculo de masas frecuentado por miles de turistas ávidos de consumismo cultural. Por otro, este cambio se está materializando en medio de un soterrado enfrentamiento con la jerarquía eclesiástica, que había gozado del monopolio exclusivo sobre el jubileo, cuando apenas nadie se interesaba en ello. Sin embargo, la Iglesia, aunque supongo que de mal grado, ha encajado el golpe con sabiduría, no en vano es experta en sacar partido de este tipo de situaciones. Además sabe que contra Sting y el derroche en espectáculos y divertimentos, con los que suele arrojarse el poder civil en la actualidad, ya de nada valen las indulgencias e infundir temor al infierno. Por ello, se ha empeñado en defender su sitio en la nueva parafernalia de los xacobeos, aunque con la boca chica recuerde que éstos y el jubileo son cosas distintas.

Sin duda la peor parte en el reparto del pastel se la están llevando las asociaciones de amigos del camino de Santiago, expresión epónima del interés particular por conservar, recuperar o cultivar la peregrinación jacobea. A ellos se debe el trazado y mantenimiento de nuevos caminos y de albergues, así como la creciente implicación de muchos pequeños ayuntamientos en esta labor, supliendo lo que hasta hace veinte años ocasionalmente hacía algún párroco. La irrupción del Estado con su gusto soez por la cultura del espectáculo -sobre todo en Galicia- ha pasado por encima de esta labor callada asociacionista con el mismo efecto que deja la carrera de un elefante por un museo de porcelana china. Lo más desafortunado es que este afán acaparador y la disponibilidad de recursos económicos del poder político están desvirtuando el interés público del camino de Santiago como espacio de encuentro. Con la miopía de la que hacen gala nuestros

políticos, cegados por el resplandor del rendimiento electoral inmediato, no ven esa otra dimensión del camino y, en vez de coadyuvar en esta labor, apuestan por su perversión, convirtiéndolo en un *show* para *supervedettes* de eventos estrella.

\*\*\*\*

Lo dicho hasta aquí son reflexiones que, por supuesto, ni se me pasaban por la imaginación cuando decidí coger una mochila y andar hasta Santiago. Mis planteamientos eran bastante más simples: no me movían cuestiones de fe o devoción, tampoco el fomento de la nueva Europa: simplemente, el deseo de hacer algo distinto por vacaciones. Había oído hablar bien del camino de Santiago y carecía de planes más atractivos. Sin embargo, no sabía lo que me esperaba.

La primera vez que hice el camino, la jornada inicial no fue fácil, incluso llegué a sentirme una persona tan desdichada que me arrepentí mil veces de haberme animado a realizar semejante travesía. Fue de St. Jean de Pied de Port a Roncesvalles. Había salido de esta localidad francesa, al otro lado de los Pirineos, a medio día y no rebasaba aún la muga que marca el límite con España cuando estaba cayendo una tormenta de agua como jamás había visto en mi vida. Poco después escampó, pero eso no aminoró la inclemencia del tiempo, pues me helaba de frío aunque era finales de junio. Los ocho o diez kilómetros siguientes a través de un bosque, que en otra ocasión me habría embelesado, me parecieron no tener fin. Volvió a llover tan fuerte o más que antes, me caí dos veces llenándome de barro hasta arriba y, para colmo, me perdí durante una hora. Cuando llegue a Roncesvalles eran cerca de las diez de la noche. Pero, a pesar del calamitoso estado en que me encontraba, estaba contento porque pensaba que mis desventuras habían terminado. Me equivocaba.

Tras dar varias vueltas y esperar un largo rato, me abrieron la puerta en la rectoría donde vive la congregación de la que depende el albergue. El alberguero me dijo que no había sitio, que todo estaba ocupado por una excursión que había llegado en autobuses. Por desconocimiento no invoqué esa especie de ley, no escrita, según la cual tienen preferencia para pernoctar en los albergues los que vienen de vuelta sobre los que van; los que marchan a pie sobre los que van en otros medios; quienes vienen de más lejos sobre los que lo hacen desde más cerca. Tampoco sabía entonces que hubiese podido entrar en el albergue y hacerme un hueco en cualquier lado y dormir en el suelo, sobre mi esterilla. Yo ignoraba esas cosas y él no me las explicó, se limitó a dejarme con un palmo de narices y cerrarme la puerta con impaciencia. Lo único que pedía era un poco de solidaridad con mi estado tras la aciaga tarde de marcha, hacer a alguien partícipe de mi frustración, buscar cierto consuelo y algo de ayuda para desenvolverme en un lugar que no me era familiar. Si en ese mismo momento hubiesen avisado de que salía un autobús de allí, lo hubiese cogido con mucho gusto dando por finalizada mi aventura peregrinadora.

Pero encontré acomodo en uno de los hostales, me duché con agua caliente, la ropa húmeda se fue secando en los sucesivos días y, ochocientos setenta y pico kilómetros después, llegué a Santiago. Y cuando lo hice me alegré de no haber podido coger ningún autobús ese día en Roncesvalles. Lo que me satisfizo no fue sólo el mero hecho de llegar. A lo largo del camino me fui engancho con él. Sobreponerme por mis propios medios a la adversidad, gentes que conocí, la completa sensación de relajación que me daba la rutina de la peregrinación, recuperar el perdido placer de disfrutar con cosas nimias, como con una fuente de agua fresca o de una buena sombra; todas esas experiencias y sensaciones fueron alimentando mi gusto por el camino. Pasar de la velocidad trepidante de la vida diaria a un desplazamiento más sosegado, a cuatro o cinco kilómetros a la hora, supone un cambio tan radical que tiene el efecto de *formatearme* la cabeza, eliminando problemas y basura neuronal acumulada durante todo el año, a la par que veo con otros ojos el paisaje, los sitios que atravieso y a la gente con las que me encuentro. En fin, todos esos sentimientos forman parte de los alicientes a los que debo haber recorrido la ruta jacobea en

tres ocasiones, desde puntos de partida distintos. La primera vez que peregriné a Santiago lo hice, como ya he dicho, desde St. Jean de Pied de Port, por el denominado <<camino francés>>; otra, desde Sevilla por la vía de la Plata; y, por último, también lo he seguido desde Oviedo por el camino asturiano interior.

Habrà quien al leer esto piense que soy un superdeportista con una preparaci3n f3sica inigualable, pero se equivoca. Emprender el camino de Santiago no requiere apenas preparaci3n: resulta suficiente con seguir algunos consejos pràcticos que dan en cualquier asociaci3n y aplicar un poco el sentido com3n. Compostela no està en el Annapurna y no hace falta ser Amundsen para llegar sano y salvo all3, sobre todo si se es sensato cargando la mochila y eligiendo unos zapatos c3modos.

En aquella ocasi3n llevaba una mochila descomunal, llena hasta los topes; creo que pesaba casi dieciséis kilos: una aut3ntica atrocidad. Y fui muy comedido, pues la gu3a que ten3a aconsejaba llevar, entre otras cosas, un paraguas, una colchoneta hinchable, un camping gas, una radio y un par de botas de repuesto. No inclu3 nada de eso, pero s3 bastante ropa de mäs. Pronto comprend3 que era del g3nero bobo cargar con la ropa sucia y que lo prudente era hacer lo que ve3a a los otros peregrinos, lavar diariamente la usada. En Pamplona envi3 a casa un paquete con cinco o seis kilos, la gu3a iba en 3l. Con posterioridad he coincidido con personas, a las que podr3amos denominar como <<peregrinos puristas>>, cuya marca de distinc3n, a parte de conocer todas las historias vinculadas a los personajes que viven en el camino, es la de cuidar con sumo esmero no extralimitarse en los kilos que llevan. Pero no es preciso llegar a tales extremos, en la mayor3a de las gu3as (la que us3 en mi primer camino era algo an3mala) aconsejan no excederse en el peso y siguiendo sus consejos puede prepararse una buena mochila, aunque la mejor divisa que he visto sobre este particular la encontr3 en una hojita suelta, colgada en un albergue: "todo lo que sobrepase los diez kilos, te pesará", dec3a. Yo nunca he logrado semejante ejercicio de mesura y no he podido sustraerme a la tentaci3n consumista de meter cosas <<por si acaso>>. Siempre arrastro algunos kilos por encima de ese tope.

\*\*\*\*

En las siguientes pàginas transcribo el cuaderno de anotaciones que llev3 desde Sevilla de Santiago de Compostela, siguiendo la v3a de la Plata. Este camino que une la capital de Andaluc3a con Astorga, se levanta *grosso modo* sobre dos itinerarios romanos, conocidos a trav3s del denominado *Itinerario de Antonino*, una relaci3n de caminos con las poblaciones que atraviesa y la distancia entre ellas, fechado en torno a la segunda mitad del siglo III de nuestra era. El primero iba de Sevilla a M3rida, formando parte del *Item ab ostio fluminis Anae Emeritam usque*, que se iniciaba en la desembocadura del r3o Guadiana y llegaba hasta la capital de la Lusitania. El otro part3a desde ella para llegar hasta Astorga (*Iter ab emeritam Asturicam*).

Sin embargo, a pesar de esta indudable antigüedad, su condici3n como camino a Santiago es una invenci3n muy reciente. Si bien este uso sirve para revitalizarlo y mantenerlo, tambi3n es cierto que esta recuperaci3n se efectúa a costa de relegar el origen y funci3n que tuvieron estos caminos, cuyo nacimiento no tuvo en consideraci3n encauzar peregrinos jacobeos, sino a legiones romanas, primero, y rebaños de ovejas, despu3s. Aunque las asociaciones de amigos del camino de Santiago cuenten con mi simpat3a y reconocimiento por su labor, a menudo an3nima y callada, veo un disparate que la reutilizaci3n de estos itinerarios se hiciera en funci3n exclusiva de servir como ruta jacobea, a costa de olvidar que las v3as romanas son visibles en bastante tramos y que los caminos disponibles son cañadas, cordeles y veredas de carne que desde la Edad Media hasta hace bien poco tiempo a3n serv3an para la trashumancia y a3n hoy para la transtermitancia. No podemos permitirnos olvidar este inmenso y casi desconocido patrimonio cultural, cuya tímida revalorizaci3n a3n no es tan robusta como para alejar el fantasma de su extinci3n, engullidas por

las tierras de labor circundantes o la expansión urbana.

A diferencia del camino francés, la vía de la Plata es característicamente español. Quizás debido a este carácter vernáculo sea mucho menos conocida. Al estar poco frecuentada carece de toda la infraestructura del anterior, incluidos los albergues que facilitan el descanso tras cada etapa. En este sentido, la ruta de la Plata está sin explotar. En muchas ocasiones, los peregrinos deben <<buscarse la vida>> para pernoctar, sobre todo si lo quieren hacer al más puro estilo jacobeo; esto es, gratis. No obstante, está bien balizado con las famosas flechas amarillas a lo largo de sus más de mil kilómetros.

El poco tránsito y su menor popularidad también traen como consecuencia que apenas si haya <<mitos vivientes>>, al contrario de lo que acontece en el camino francés, donde son bastante abundantes. Me refiero a los <<santones>> que lo jalonan: Manjarín, que dice ser el último templario en su miserable tienda de campaña que hace las veces de albergue, o *El Jato* que pasa por curandero y adivino, entre los más crédulos. Se suele vivir como una experiencia incomparable dormir en uno de estos sitios entre ratas, plásticos y suciedad, <<reviviendo las condiciones de los peregrinos medievales>>, como dicen con cierto arrobó algunos de quienes lo han experimentado. Estos son sólo dos ejemplos, pero igual ocurre con algunos otros personajes, menos pintorescos que los citados, como los curas de Grañón y de San Juan de Ortega, con sus comidas comunales y sus pláticas ultraconservadoras. Lo cierto es que tanto unos como otros han adquirido tanta publicidad que ellos mismos han devenido en lugares de peregrinación, sustituyendo la función que antiguamente tenían las iglesias con reliquias de santos. En fin, eso aún no ha llegado a la vía de la Plata, aunque ya comienzan a verse los primeros síntomas. De todas formas, es un proceso lógico que siempre ha existido (en el camino francés lo comenzaron en cierta forma ermitaños como Domingo de la Calzada y su discípulo Juan de Ortega construyendo hospitales para peregrinos y puentes para el paso de ríos en parajes donde no existían) y cuya repetición es del todo previsible. Tampoco la vía de la Plata ha despertado tanta literatura viajera, como el camino francés. Hace poco ha llegado a mis manos *A Trompicones*, quizás uno de los primeros relatos sobre esta ruta. Su autor, sin grandes pretensiones, ha sabido hacer una narración efectiva y amena de su viaje, en la que resulta fácil reconocerse a cualquiera que lo haya emprendido.

Este viaje, emprendido en 1999, no lo hice de una vez, sino que aproveché los cortos periodos vacacionales de primavera y algún que otro puente para recorrerlo hasta Cáceres. En verano culminé el resto del trayecto hasta Compostela. En ocasiones fui solo; pero la mayoría del camino lo hice con Laura, magnífica compañera de andanzas. Aunque sea el diario de un viaje realizado el siglo pasado, ha pasado poco tiempo para un camino milenario como éste.

## JORNADA 1ª

1 de abril. De Sevilla a Guillena.

Salimos de Sevilla tarde, a medio día. Primero habíamos probado suerte en el Palacio Arzobispal para que nos sellasen la credencial. El vigilante jurado nos dijo que estaba solo y no disponía de sello, que lo intentásemos en la Catedral. Allí, otro vigilante jurado, nos indicó que en la rectoría tampoco había nadie. Afortunadamente se mostró solícito y fue a buscar el sello. Volvió al rato con nuestras credenciales de peregrinos selladas. "No es el que hay para esto, pero se ve la Giralda y pone <<Catedral>>", se disculpó.

Resulta curioso que en la Catedral, un Jueves Santo, no pueda encontrarse un solo cura en su sitio. Creo que aprovechando la obligación que tienen los vigilantes jurados de estar en su puesto, y habida cuenta de que por ello suelen desempeñar muchas otras funciones, bien podía la Iglesia no digo que ordenarlos, pero sí al menos habilitarlos para administrar sacramentos. Con esta medida se paliaría la carencia de vocaciones y permitiría que los canónigos se dedicases a sus cosas con mayor tranquilidad, sabiendo que, en caso de emergencia, la asistencia espiritual mínima estaría asegurada.

Frente a la entrada de San Miguel, una vez localizada la primera flecha amarilla, comenzamos nuestra peregrinación a Santiago cuando sonaban las campanadas de las doce, con un pronóstico de tiempo que tendía a clarear, tras un chubasco matutino que nos hizo presagiar lo peor. Atravesar Sevilla en Jueves Santo, con tanta gente en la calle vestida para la ocasión, con una mochila a la espalda y pinta mitad de hippy, mitad de coronel tapioca, resulta un contraste sorprendente, sobre todo si eres sevillano, aunque no capillita. Esta extrañeza se manifiesta sin ambages si encuentras a alguien conocido, como fue el caso. "¿Qué, preparados para la madrugada, no?", nos espetó un compañero al vernos con mochila, cantimplora y esterilla. No sentía vergüenza, pero me dio cien patadas servirle en bandeja la ocasión para el chiste fácil.

Salimos de Sevilla por una ruta verde entre montones de escombros y humeantes basuras. En origen fue la vía de un viejo tren minero, pero hoy día él mismo está tan perdido como olvidado su recuerdo. Tal ruta debe denominarse <<verde>> en honor a las lánguidas acacias que la jalonan. Raquílicas y amenazadas por un entorno tan poco amable, su inminente final no da lugar a discusión. La única duda es saber si morirán por falta de riego o terminarán antes cubiertas por los vertidos urbanos. Porque está claro que a casi nadie le importa su trágico final. No obstante, desafiando lo inhóspito del paisaje, algunas personas pasean en chándal, otras van en bicicleta; casi todas saludan al paso.

Se entra en Camas por un barrio suburbial. A modo de bienvenida, una pintada decía "Porque viven como reyes, viva la República".

Frente a las ruinas de Itálica paramos a descansar a la sombra de los árboles de la entrada. Ya que estábamos allí aprovechamos además para sellar la credencial. Sentados en unos diminutos bancos, almorzamos. Pronto nos invadió una sensación de bienestar en ese remanso tranquilo y fresco: para ser perfecto sólo faltaba una fuente de agua, pero eso era pedir demasiado.

Me sorprende que la gente nos reconozca como peregrinos. En Camas alguien nos dijo que había hablado un par de horas antes con un peregrino belga, en alemán.

Las flechas son suficientes para no despistar el camino, pero la guía, de la que nos proveyeron en la Asociación de Amigos del Camino de Santiago <<Vía de la Plata>> de Sevilla, resulta demasiado somera. Por ejemplo, en un puente caído que cruza el río Rivera de Huelva existe una flecha que indica que se vadee, algo imposible con el agua que corre. La guía no ofrece alternativa alguna, así pues has de improvisar tu propia ruta. Tras un rato buscando, decidimos desviarnos por el camino hasta tomar el principal, que coincide con la antigua vía del tren, hoy con piso de albero. Dimos un rodeo grande antes de entrar en Guillena. Preguntamos a unas

chicas y salieron corriendo. Un chaval en una moto nos indicó un camino <<una chispa más largo>> por la carretera. Finalmente cruzamos un campo de hortalizas y seguimos un padrón entre un sembrado de maíz y otro de trigo.

Llegamos al Ayuntamiento, estaba cerrado. No había rastro de la policía municipal. En una hoja de papel adherida al cristal de la puerta figuraba el número de un teléfono móvil. El policía local nos indicó que había un belga en el polideportivo, que podíamos ir allí.

Atravesando el pueblo percibimos con cierto desasosiego que de la heroica Guillena medieval, baluarte defensivo de Sevilla, sólo queda la fachada mudéjar de su iglesia. El resto del paisaje urbano es anodino; la arquitectura tradicional no se ha recuperado, sino sustituido por feos subproductos contemporáneos por los que la vista resbala sin encontrar un rincón para el solaz.

Al llegar a las instalaciones del polideportivo encontramos a un señor de unos cincuenta y tantos años, recién duchado que tendía la ropa. Se llama Claude y viaja solo. Es natural de Brujas y habla algo español, aunque nos entendemos mejor en inglés. El año pasado hizo el camino francés y este año pensó en probar suerte con la vía de la Plata. Su equipo es completísimo, con toda suerte de cachivaches para cualquier eventualidad, incluyendo camping gas, cazo, fiambreras de plástico, colchón hinchable y tienda de campaña, en total lleva una mochila de setenta y cinco litros llena hasta arriba. Calculo que debe pesar no menos de dieciocho kilos. Creo que asocia la idea de peregrino con la de autosuficiencia.

Rápidamente trabamos cierta amistad. Ha leído a Cees Nooteboom y le encanta Paulo Coelho, del que nos ha recomendado *El Alquimista*. A parte de los libros, existen otros puntos en común entre nosotros, como su gusto por el senderismo.

Por la noche mientras nosotros comemos bocadillos, él se prepara una sopa. Mientras se afana en esa operación encuentra papelillos entre sus bártulos, que lee con una sonrisa. Nos cuenta que su mujer le ha dejado poemas japoneses escondidos dentro de la mochila. Son frases breves que, en principio apenas si tienen sentido, su traducción al inglés tampoco ayuda mucho. Su mujer ameniza sus ausencias estudiando japonés. Claude tiene una guía de la ruta de la Plata en valón suministrada por la Asociación de Amigos del camino de Santiago de Brujas. Creo que es una traducción de la escrita por Alison Raju y Bernard Munzenmayer, una de las primeras que se ha editado. Conocí a Alison en el albergue que tiene la asociación de amigos del camino de Santiago inglesa a la que pertenece en Villafranca del Bierzo, cuando hice el camino francés. Me pareció una persona excepcional por la determinación de su carácter. Aquella noche hablamos largo rato sobre la vía de la Plata, quedé fascinado al oír el relato de su largo andar solitario por las áridas y bellísimas estepas extremeñas y castellanas. Para colmo, una chica, creo recordar que alemana, que estaba reponiéndose de una tendinitis en ese albergue nos deleitó tocando el violín que llevaba. A la mañana siguiente, salí de Villafranca convencido de que emprendería este camino.

Su guía se diferencia de la editada por la asociación sevillana en que aporta información adicional sobre los sitios por los que se pasa; también establece un mayor número de etapas entre Sevilla y Astorga (29), dividiendo las largas en dos. Pero lo más sorprendente es la carta de presentación, a imitación de los documentos medievales, que le suministró su asociación. Es trilingüe: latín, español y francés.

Me alegra que nos lo hayamos encontrado, parece una persona amable y, en cierta forma (mucho más de lo que hubiese esperado), me sirve de fehaciente confirmación de cuanto venía contándole a Laura sobre la gente con la que topas en el camino de Santiago, según mi experiencia del año pasado. Es como si me enorgulleciera de poder presentar un buen compañero de viaje, como si fuese lo más habitual que ocurriese en el camino.

La tarde en el polideportivo municipal ha transcurrido apacible. No hemos salido del recinto para nada. Agua caliente y tranquilidad apenas rota por unos cuantos críos que se han colado para jugar al fútbol. Laura y yo dormimos en el vestuario femenino, Claude en el

masculino. Hay luz eléctrica y el suelo es confortable.

El policía municipal nos ha pedido las credenciales para sellarlas, nunca he visto tanta diligencia en un trámite perfectamente inútil. Supongo que la acreditación de peregrino ha venido a suplir al documento nacional de identidad. En las sociedades democráticamente avanzadas no está bien visto pedir la documentación personal a cualquier transeúnte, así sin más. Por ello las fuerzas del orden sienten -supongo- especial alivio al poder reclamar algún tipo de acreditación (en cierta forma los peregrinos posmodernos son sujetos de ciertos derechos que no deben otorgarse a cualquiera). El colmo de la condición posmoderna es llevar imitaciones de cartas de presentación medievales, como la de nuestro colega Claude.

## JORNADA 2ª

2 de abril. De Guillena a Castilblanco de los Arroyos.

El itinerario discurre por los últimos campos de sembrados del pie de monte para introducirse, seguidamente, en el paisaje adehesado. La mayor parte del itinerario ha transcurrido por un sendero entre encinas con abundantes plantas que en breve perfumarán el campo con sus fragancias a romero, espliego o lavanda, pero el campo aún no ha estallado en colores y en las tempranas jaras más eran los capullos, a punto de abrirse, que las flores. Por este camino dimos alcance a Claude mientras descansaba. Paramos sólo los breves momentos que impone la cortesía, no lo habíamos visto al salir de Guillena. Nosotros decidimos descansar algo más adelante. Aunque nos gustase, resulta incómodo ir juntos. Los ritmos son muy distintos. El exagerado peso de su mochila le impone un paso sosegado y cansino que contrasta con el nuestro, mucho más vivo. Lo importante es reunirse al final del trayecto y no tanto andar al unísono, sobre todo cuando hay una diferencia de velocidad tan acusada.

La última parte de la ruta nos llevó por un carril paralelo a la CN-630. Estos trayectos son muy desagradables porque, al evidente peligro e incomodidad producida por los coches que pasan, se une el estar llenos de inmundicias arrojadas a las cunetas. Todo un mundo de desperdicios: botellas, paquetes de pañuelos de papel, neumáticos, cajetillas de tabaco, bolsas de comida, así como perros, u otra cualquier clase de animales, muertos. Sin embargo, no deja de ser curioso que los arcones sean lugares con gran diversidad de plantas, sobre todo de la familia de las compuestas (si no me he equivocado en la clasificación hecha de las muestras, una vez en casa), estando tan cerca de la carretera que, en principio, parece un elemento muy agresivo.

Durante todo el camino las flechas están distribuidas con sabiduría, si vas atento es difícil perderte. En total, hemos subido un desnivel de trescientos metros aproximadamente, según la tabla de Claude.

La entrada al pueblo resulta algo decepcionante. Desde algunos kilómetros antes te reciben urbanizaciones, cada vez más apretadas, que están destruyendo todo el paisaje de monte bajo de los alrededores. Sobre varias parcelas aún vírgenes, un cartel con el clásico <<Se vende>> anuncia ya su inapelable condena a muerte, a manos de una especulación salvaje. Es otra de las grandes amenazas que acechan al monte. Hubo un tiempo en que fueron las roturaciones y el cultivo, ahora es el voraz apetito de suelo rústico para que los urbanitas sevillanos puedan saciar sus anhelos de respirar aire puro durante los fines de semana, aunque para ello haya que aniquilar el monte y contaminar el ambiente con sus coches.

Pasada esta periferia difusa de compactas manchas de adosados, accedemos al casco urbano por una placita con albero y algunos juegos infantiles. Está presidida por una estatua de corte vanguardista que por fortuna tiene una leyenda, gracias a la cual sabemos que el homenajeado por el artista local de inspiración futurista es nada menos que don Miguel de Cervantes Saavedra. Acorde con su cuidado diseño, no hay sitio para la clásica fuente en la que poder saciar nuestra sed de caminantes; los exóticos árboles plantados, raquíuticos y mal aclimatados, tampoco dan sombra. Este lugar, que quizás fue algún día espacio de acogida para naturales y transeúntes, se ha convertido en un vacío urbano, sólo ocupado por algunos niños jugando y los pocos ancianos que andan diseminados a su alrededor. En estas fechas el solecito aún apetece, pero en un par de meses aquí no habrá quien aguante a parir de las doce del medio día. Lugares tan poco confortables como esta plaza (motivo por el cual lo urbanistas los denominan no-lugares) no son producto del raquitismo presupuestario de un ayuntamiento pequeño, ni de la falta de mundo del maestro de obras, técnico municipal o alcalde de turno. No, estos desafueros son fruto de los tiempos desabridos en que vivimos. Tiempos dominados por el aislamiento individualista, por el desprecio hacia la convivencia y, por tanto, de los espacios para la sociabilidad. Espacios que sus

padres y abuelos con mucho menos dinero, estudios y mundo visto, aunque sea a través del televisor, sabían cómo convertir en lugares. Tiempos dominados por la velocidad y el consumismo, donde ya nadie piensa en que la sed pueda apagarse con agua fresca a la sombra de un venerable árbol.

Atravesado el no-lugar nos introducimos en un barrio nuevo, de casas unifamiliares adosadas, cuyos nombres de calles (Rigoberta Menchú, Madres de la plaza de Mayo... ) revelan que ha habido una corporación municipal de izquierdas, si es que aún no perdura. Lástima que estos ímpetus progresistas se hayan quedado en homenajes a los símbolos de la lucha por los derechos humanos y no hayan dado para luchar contra el deterioro medio ambiental y paisajístico que, quizás ellos mismos han provocado o consentido, permitiendo la urbanización implacable de sus alrededores.

Más hacia el centro nos sumergimos en una clásica población serrana, de calles irregulares y casas blancas que confluyen en la plaza de la iglesia, cuyas reformas barrocas no han podido ocultar la delicada humildad de la fábrica mudéjar, posiblemente del siglo XV. Justo al llegar a este enclave está entrando una procesión enfrentando a un cristo nazareno con una dolorosa. Alguien nos dice que es el Santísimo Cristo de la Vera Cruz. En torno a los pasos se agolpa una multicolor ristra de nazarenos; rodeando este grupo, dos bandas se dejan el resuello soplando marchas procesionales. Casi todo el pueblo está volcado en el lugar, estrechando el círculo formado por pasos, cofrades y músicos. Del abigarrado conjunto llama nuestra atención el atuendo de una de las bandas, semejante al de las tropas napoleónicas. Por el escudo supimos que tan vistosa indumentaria no pertenecía al pueblo, sino que venía de Rota. Una vez terminado el espectáculo, los de Rota se meten directamente en un autobús mientras que el resto de los asistentes, diseminados en grupos donde nazarenos, público y músicos se mezclan en animada francachela se distribuyen por los bares del entorno.

La religiosidad popular en Andalucía impregna cualquier manifestación tradicional. Es de alguna manera la cobertura dada a todo tipo de ritual; muchos de los cuales como la Semana Santa tienen precedentes en los cultos ancestrales de fecundidad de la tierra, del ciclo anual de festividades relacionadas con la agricultura, aunque su expresión ritual actual no pueda retraerse a una época anterior al barroco. En ellos, es característica la presencia de una pareja de dioses, masculino y femenino, con diversos grados de parentesco (esposos, amantes, madre e hijo...). En origen, el éxito del cristianismo fue su capacidad para el sincretismo, asimilando y renombrando todo aquello que tenía arraigo social. Ahora su pervivencia no depende de la tradición, como piensan muchos, sino que responden a unas necesidades sociales de tipo identitario, o como cauces para la integración social. Es el valor dado a estos roles donde reside la clave de su continuidad.

Esta dispersión de gente nos recuerda que nosotros tenemos otras cosas que hacer, como buscar alojamiento. La guía habla de que la Sra. Salvadora acoge peregrinos en su casa. A su encuentro nos dirigimos cuando aparece Claude, que ya ha estado en casa de la Sra. Salvadora. Al llegar allí nos damos cuenta de que la guía quería decir que se trata de una fonda encubierta.

Su casa forma una suerte de laberinto inextricable por donde se distribuyen cuartos y camas siguiendo una planificación que me ha sido imposible discernir. Todos los cuartos están llenos de abalorios, figuritas de plástico imitación Lladró, niños jesuses, purísimas, fátimas y demás advocaciones de la Virgen, ceniceritos, platitos, trapitos de ganchillo, fotos y un largo etcétera, todo ello digno del mejor museo del kitch.

La Sra. Salvadora carece de malicia al confesar que no tiene papeles. Eso la hace simpática, aunque no sea ese su propósito. Se dirige a toda la gente de <<madre>>. La Sra. Salvadora es una experta del trabajo negro. Junto con la improvisada fonda, también se dedica a coser trajes de señora con su hija. "En Castilblanco los comercios de ropa y calzado no se dan bien, por ello lo único que florecen son los bares y los bancos", nos comenta.

Por la tarde, paseando nos topamos con el reverso de la moneda que habíamos visto al entrar: aún quedan casas que mantienen sus propios huertos traseros con habas, guisantes, berzas y todo tipo de animales sueltos o en corrales. Para no ser menos, la Sra. Salvadora tiene una buena porción de cerdos en el corral de su casa, junto a un cobertizo donde se secan ristra de chorizo, jamones y pringosos trozos de tocino. Allí también se tiende la ropa.

Aquí la gente, en general, no está acostumbrada a los peregrinos. Se nota por el aire de extrañeza con que nos miran. No obstante, nos prestan los servicios mínimos. Realmente puede dormirse gratis en el polideportivo (suelo y ducha con agua caliente), pero nuestra guía no menciona esta posibilidad (la de Claude, sí), dirigiéndote directamente a la bondadosa Sra. Salvadora que cobra mil quinientas pesetas por persona. En breve habrá un albergue para peregrinos, eso nos dijo el policía municipal que nos selló.

En Castilblanco se come bien y razonablemente barato. El menú del día son ochocientas pesetas. A Claude le asombró semejante precio, de forma que desistió de su autonomía culinaria y almorzó y cenó en un bar, incluso le preguntó a nuestra patrona si podía desayunar en la pensión, pero ésta respondió que no suele preparar desayunos. De los bares me asombra la pasión que tienen por las gambas. Se vende jamón y chacinas a los forasteros, pero el consumo interior está dominado por ese marisco. En cualquier tasca, por pequeña y cutre que sea, siempre hay un platito de gambas.

## JORNADA 3ª

### 3 de abril. De Castilblanco de los Arroyos a Almadén de la Plata.

Esta etapa ha sido durísima debido a que todo fue por carretera, algo que no estaba dicho con claridad en la guía, aunque debíamos haber intuido esta eventualidad cuando vimos que las líneas del camino y de la carretera coincidían hasta la finca El Berrocal, que por cierto estaba cerrada, con lo cual no pudimos acortar atravesándola y hubimos de seguir por la misma carretera hasta Almadén. Al final, veintinueve kilómetros de duro asfalto, un martirio para nuestros pies.

La carretera que conduce a Almadén es muy estrecha, prácticamente se trata de un camino asfaltado. Cuando hemos pasado se están realizando desmontes para ampliarla, con lo que terminará por perder todo el encanto que aún le queda. Iniciamos el camino con Claude, pero él se detuvo a descansar a los pocos kilómetros. Posteriormente nos dio alcance mientras comíamos e intentaba curar los pies de Laura: le han salido ampollas en el talón y planta; anda coja, pero no se queja, aunque se masca cierto mal humor en el ambiente. Para colmo el sol le ha quemado los hombros.

El característico paisaje de encinas y alcornoques deja paso, en ocasiones, al eucalipto con lo que se empobrece el cortejo de arbustos que acompaña al monte bajo mediterráneo. No obstante, lo cansino del camino por carretera, aunque no haya mucho tráfico, me ha restado ganas de contemplar a mi alrededor.

Llegamos a Almadén sobre las cuatro de la tarde. Como viene siendo habitual no encontramos fuente alguna al entrar en el pueblo. Sí hay dos cerca de la iglesia, pero un rótulo prohíbe beber en ellas, aunque siempre se ha hecho. "No está conectada a la red -dicen para señalar que no es potable- aún así la gente coge agua". Siguiendo este consejo, nosotros saciamos nuestra sed en ella. Al parecer, antes había más fuentes, pero ahora están cegadas porque hace muchos años que ya nadie las utiliza, "Desde que pusieron la red", nos dice la misma informante.

Como en el Ayuntamiento no hay nadie, vamos al dispensario de la Seguridad Social para que miren los pies de Laura. Al primer intento nos encontramos con una nota que advierte de la ausencia del personal sanitario (se encontraba en un aviso). El polideportivo está parcialmente abierto, pero los vestuarios no, con lo cual tampoco podemos ducharnos. Descansamos en una especie de porche que tiene el Ayuntamiento. Tras un rato de charla con Claude retornamos al dispensario. Esta vez estaba la médica, que también hace de ATS, asistente de ambulancia y celadora. Para colmo, nos comenta que las guardias duran a veces hasta tres días, pero no lo dice con acritud, sino con resignación. Curó los pies de Laura con un vendaje algo aparatoso, le inyectó una sustancia parecida a la antitetánica y, por último, le recetó un antibiótico y un antiinflamatorio. Todo ello lo hizo en animada conversación, preguntándonos con vivo interés sobre el camino de Santiago, pero no sobre éste, sino el del norte, el francés. Terminado su trabajo, seguimos un buen rato contando cosas y dando información, pero a la pregunta de si estaba interesada en hacerlo, respondió con un "no, es simple curiosidad" que nos dejó algo chafados. La farmacéutica se negó a cobrarnos las medicinas, al reconocernos como peregrinos.

A la vuelta, la Guardia Civil nos indicó que pidiésemos cobijo para ducharnos y dormir en el Complejo. El tal Complejo es una construcción cercana al Ayuntamiento que presta varias funciones: bar, casino de ancianos, centro cultural y teatro. En la planta superior, en los camerinos del teatro, hay duchas. En una de ellas nos duchamos con agua fría, sobre un plato que rebosaba. No pudimos hacer lo propio en los servicios, pues carecían de agua corriente. No obstante lo cual, han seguido siendo usados con lo que despiden un hedor nauseabundo. Curiosamente sobre el sucísimo lavabo no hay ningún cartel que advierta de las posibles enfermedades a que se expone quien se atreva a beber agua del grifo. Preferimos dormir sobre la tarima del teatro, lo más apartados posible de los servicios.

Sentados en una placita alargada rodeada de naranjos, presidida por la esbelta torre del antiguo ayuntamiento, comentamos con Claude la cantidad de personas gruesas que estamos encontrando en estos pueblos. En su opinión, el equilibrio en la dieta y la práctica regular de ejercicio físico son síntomas del nivel de calidad de vida de las sociedades. Nos cuenta que en su ciudad, él y otros muchos como él van normalmente andando o en bicicleta. Usan los transportes públicos para los desplazamientos largos o para trabajar. El coche sólo lo cogen para desplazamientos entre ciudades o para ir a sitios donde no pueden llegar por otro medio. En éstas estamos cuando de repente se acerca una pareja. No sin sorpresa advierto que se trata de mis vecinos de Sevilla. Apenas hemos cruzado varias palabras en cuatro o cinco años, pero al vernos fuera de nuestro contexto habitual nos hemos saludado con tal cordialidad que cualquiera diría que nos conocemos de toda la vida. Él, que resulta ser médico, al ver el pie vendado de Laura se interesó por su estado y se puso a nuestra disposición. Se lo agradecemos, pero ya habíamos estado en el ambulatorio. Después, fuimos a que nos sellara el cura párroco. Fue la primera vez que entablamos conversación con un cura y, a decir verdad, se mostró poco interesado en nuestra presencia.

Tras la cena continuamos nuestra charla con Claude. Nos contó que no era creyente, sino más bien naturista. Ahora está prejubilado. Siempre había trabajado en un cargo administrativo del puerto de Brujas. Es flamenco pero su madre, valona. Se mostraba escéptico sobre las posibilidades reales de construir una Europa común. Confía en poder tener un taller de cerámica propio, actividad que le apasiona; de momento, tras este viaje, irá a casa de un amigo ceramista francés. Tantas confesiones preludian nuestra próxima separación. Aunque no lo habíamos dicho, Laura y yo teníamos decidido no seguir al día siguiente y volvernos a Sevilla. Ya continuaremos dentro de dos o tres fines de semana. Él debió intuirlo al verla con los pies vendados.

## JORNADA 4ª

4 de abril. Almadén de la Plata.

La noche anterior habíamos llamado, como prescribe la guía, al guarda de la finca Arroyo Mateo, para que franquease el paso a Claude. Al levantarnos desayunamos juntos, intercambiamos direcciones y nos hicimos las fotos de rigor. Tras despedir a Claude, no sin pena, estuvimos paseando para ver <<los judas>>, fiesta que se celebra el Domingo de Resurrección en Almadén. Se trata de escenas compuestas por muñecos de paja vestidos con ropas viejas, de los que cuelgan pancartas explicativas o con diálogos alusivos a temas de actualidad, distribuidos por las calles y plazas de la localidad (cada barrio o calle tiene los suyos). Originariamente tanto los personajes representados como los diálogos y las situaciones debían hacer referencia a hechos locales, pero ahora la mayoría son personajes de televisión. Pasada la mañana se quemaron tras haberles disparado varios tiros de sal, con gran algarabía de los chavales.

## JORNADA 5ª

14 de mayo. Almadén de la Plata.

Sigo de nuevo la peregrinación desde Almadén, pero esta vez voy solo. Rememoro el paisaje hecho a pie hace algunas semanas. Ha cambiado poco, las obras de la carretera siguen prácticamente donde las dejamos. La señora del Complejo municipal me pide la credencial firmada y sellada, como la fecha que le enseñé es del pasado día 4, se muestra remisa a dejarme subir. He de ir al cuartel de la Guardia Civil para que la sellen de nuevo. Le enseñé sello y firma con fecha de hoy, me franquea el paso disculpándose en que son las normas. Por su cara, sé que me recuerda de la vez anterior. Se lo digo y sonrío. Me sirve una cerveza que no le he pedido.

El pueblo está más animado, pero en toda la tarde no ha aparecido nadie por el Ayuntamiento. En el hemiciclo donde dormimos hay una presentación de la candidatura del PP, que comienza a las nueve de la noche. A las once, aún no ha terminado. La gente se agolpa en el bar del local (justo bajo el salón de actos) hablando a gritos. La televisión está a todo volumen también, aunque nadie le preste la más mínima atención. Intuyo, más que escucho, un documental sobre los indios norteamericanos, momento aprovechado por el dueño del bar para hacer un zapping buscando un programa concurso; cuando le miro, vuelve a dejar el canal en el documental. A su término, aburrido me subo a dormir.

Lo más desagradable sigue siendo el olor a mierda y orines que sale de los servicios. Esta vez no dormí sobre el escenario porque estaba muy sucio tras el acto del PP, sino que busco hueco en el pasillo del patio de butacas, lo más lejos posible del hedor nauseabundo de los retretes.

## JORNADA 6ª

15 de mayo. De Almadén de la Plata a Monesterio.

La noche pasada fue toledana. Al griterío del bar se le sumaron, a partir de las tres, los sonos de una pareja enrollándose entre las butacas. Ella tenía voz de cría, calculo que no pasaría de quince o dieciséis años; le pedía con insistencia apenas entrecortada que le dijese que la quería antes de ceder a las pretensiones sexuales del otro: "dime que me quieres a mi sola, Fernando; de verdad, dímelo y te dejo". Por respuesta sólo escuchaba el jadeo algo perruno de él, mientras ella insistía en ver complacido primero su deseo de exclusividad. Me estaban poniendo nervioso. Mi primera reacción era levantarme y pedirles que hiciesen menos ruido; después conmovido por las súplicas de la chiquilla, pensé en gritar: "Vamos, Fernando, tanto te cuesta decirle que la quieres". Pero nada de eso hice y me quedé inmóvil por temor a fastidiarles la escena.

- Fernando, que me estoy clavando la butaca, ¡vamos déjalo ya! -dijo ella dando por concluida la sesión.

- Pero tía... ¡tan pronto! -Le oí quejarse a él.

- Es que esto es muy incómodo y además ya es muy tarde -sentenció la muchacha con voz inflexible.

A las seis menos diez ya había parroquianos en el bar, con lo cual me levanté. Comencé a andar a las siete. Todo el camino ha discurrido por vías pecuarias (coladas, trochas...) que ahora están identificadas y señalizadas por la Consejería de Medio Ambiente, una vez delimitadas en aplicación de la Ley de Vías Pecuarias de 1995, según reza algún cartel. El campo está espléndido: el suelo, sembrado de pétalos amarillos de flores de las altas jaras, luce como si fuese un camino de romería. En las encinas sobresalen manchas de tonalidad ocre. De cerca se ve que están formadas por racimos de diminutas flores llenas de polen que inunda las hojas cercanas. Un polluelo de jilguero revolotea en el suelo, se ha debido caer del nido y no hay forma de que vuelva por sí solo. Lo miro un rato, él está inmóvil, asustado porque de alguna forma a pesar de su corta edad sabe la suerte que le espera. Busco un nido cercano, pero no veo nada. Puede estar a varias decenas de metros, oculto en alguna encina. Lo aparto del camino y sigo, pero al verlo solo e indefenso me llevo una sensación de mala conciencia por dejarlo en semejante trance.

Poco antes de llegar al Real de la Jara encuentro a un chaval que cuida un rebaño de cabras.

- ¿Cuánto queda para El Real?- le pregunto.

- ¿Andando?

- Sí

- Andando, no lo sé. Nunca lo he hecho. En la amotillo son casi cuatro kilómetros -me dice señalando un vespino.

- Bueno, no te preocupes, ya me hago yo un cálculo, gracias.

Antes de llegar al pueblo observo, algo retirado del camino, un montoncito de piedras junto al que yace una cruz hecha con ramas. Sé que es un cenotafio en recuerdo de Salvador, que ha sido junto a Mª Jesús –su esposa- de los pioneros en desarrollar la vía de la Plata, balizándola con las innumerables flechas amarillas que ahora nos sirven de guía, hablando con los ayuntamientos para conseguir alojamiento gratuito para los peregrinos e impulsando la Asociación sevillana de Amigos del camino de Santiago. Si estuviésemos en plena Edad Media, a buen seguro que este lugar sería elegido para la celebración de justas entre caballeros, como la célebre hazaña de don Suero de Quiñones en el denominado <<paso honroso>>. Este caballero de la corte de Juan II

peregrinó a Santiago en 1434 con la determinación de romper hasta trescientas lanzas en combates singulares contra cualquier otro dispuesto a recoger su reto. El lugar elegido fue el puente del Órbigo, entre León y Astorga. Y en efecto allí acampó durante un mes, en el transcurso del cual se enfrentó a sesenta y seis caballeros venidos de todas las partes. Finalizada la hazaña prosiguió a Santiago.

Yo, más acorde a los tiempos que vivimos, me limito a levantar la cruz y ponerla en su sitio (sobre las piedras), sujetándola bien para que al menos durante un tiempo no vuelva a caerse y sigo mi camino. Paso por el Real de la Jara a las nueve y media. Compro pan pero no me detengo en el pueblo que, por lo visto al atravesarlo, apenas se distingue de los demás, sino es por su castillo. Desde él se contempla otro, unos centenares de metros más lejos, cruzando el arroyo Víbora que sirve de histórico límite provincial con Badajoz.

Estas fortalezas, bastante castigadas por cientos de años de desidia y abandono, siguen reclamando para sí el protagonismo absoluto en el paisaje que las rodea. Y, a pesar de su deplorable estado de conservación y de que su suerte está echada, aún mantienen dignamente la imagen de guardianes del camino, función para la que fueron construidos en los oscuros años medievales.

Otro cambio en el paisaje reclama mi atención, conforme me alejo del núcleo urbano. Aunque este término municipal está enclavado en la sierra, las encinas se van haciendo más esporádicas, aclarándose la dehesa. En ocasiones aparecen grandes manchas de eucaliptos. La jara es más pequeña y son frecuentes las retamas con espinos, llenas de flores amarillas. Estos cambios anuncian que comienzo a salir del escalón de Sierra Morena, pero también testifican el efecto que sobre la dehesa está teniendo el acoso implacable al que la estamos sometiendo. Cada vez son más escasas y aún quedarán menos si no cambian las actuales políticas europeas, incompatibles con esta forma tradicional de aprovechamiento pecuario.

A unos diez kilómetros de Monesterio topo con un recinto lleno de casetas al que no dejan de afluir coches. El popurrí musical pachanguero que se escucha, el olor a carne a la brasa y a sardinas, los chándales multicolores que viste el personal, son indicios más que suficientes para deducir que estoy entrando en la romería local. En la zona más alta del recinto, un extraño edificio, mitad araña mitad *spugni*, que debe hacer las funciones de ermita (después me entero que es la nueva ermita de San Isidro), ha congregado a una multitud en torno a una misa. El cura se desgañita por el micrófono pidiendo un poco de silencio, pero la tómbola cercana no parece estar por la labor. Junto a la entrada del recinto, un letrero sobre un grifo dice: "si bebes, te mueres".

A menos de quinientos metros está la antigua ermita de estilo neoclásico, junto a la CN-630, en un bosquete de eucaliptos. En su entorno aún aparecen restos de las antiguas romerías: latas oxidadas, chapas de cerveza y de refrescos de las que tenían en su interior una laminita de corcho. Supongo que hará más de veinticinco años que ya no se celebran romerías allí. Cuando pregunté en el pueblo, me confirmaron esta deducción.

Monesterio está vacío. Todos los comercios, bares y hostales cerrados. El puesto de la Cruz Roja, donde dice la guía que se da albergue a los peregrinos, también está cerrado. Pregunto a unos chicos que hacen autostop para ir a la romería. Me contestan que los de la Cruz Roja están en la romería y que como no acaba hasta mañana, lo tengo crudo. Se me hace imposible pensar en ir a Fuente de Cantos. Tampoco hay posibilidad de buscar una pensión. Se me ocurre llamar por teléfono a la Cruz Roja y ¡bingo! Tengo suerte. Una voz me explica la situación: el puesto junto a la gasolinera está cerrado por obras; ellos están en el otro extremo del pueblo.

En una casa destartada, a caballo entre cuerpo de guardia y piso de estudiantes, puedo acomodarme. En la pieza principal, los chavales están viendo la televisión sentados en un sofá de skay. Sobre la mesa camilla, bolsas de plástico, latas de coca-cola y un cenicero repleto de colillas, apenas si dejan espacio para algo más. Junto a la televisión, la emisora de radio escupe

mensajes de alfa a tango: "Aquí tango 028, llevo un traumatismo craneoencefálico a Mérida". Pero nadie parece inmutarse, aunque en ocasiones hacen gestos para que alguien baje la televisión y poder escuchar el mensaje. Como no da tiempo a oírlo entero, después cotejan lo que cada uno pilló.

Hay dos chicos objetores que prestan su servicio sustitutorio aquí. Estarán hasta la ocho de la tarde. Me enseñan un cuarto con tres colchonetas. Tras poner una bombona de gas en el calentador me doy una reparadora ducha, a pesar del lamentable estado del cuarto de baño. El váter no tiene cisterna y una montaña de papel higiénico usado, que rebosa la cesta, apesta.

Tras ducharme, lavar y tender la ropa, me acuesto. Al levantarme son las ocho y media. El turno ha cambiado, pero la tele sigue compitiendo con la radio a ver quién da las peores noticias. Uno de los chicos charla con su novia mientras el otro presta atención al telediario. Salgo al bar *El Kilómetro*, el único abierto, donde ceno un enorme bocadillo de lomo y un café. A la vuelta les traigo unas latas de coca-cola. Me ofrecí a invitarles a algo más fuerte, pero me contestaron que de servicio no bebían más que cosas sin alcohol. Cuando vuelvo todos están concentrados en un partido del Barça. Como no tienen tampón, voy a que me sellen la credencial en el cuartel de la Guardia Civil.

Antes de dormir me entretengo en ver el libro de firmas del camino de Santiago. Se inauguró el 5 de julio de 1993. He escrito algo al comienzo de la página 19. No me extraña la poca cantidad de páginas usadas. Entre julio, agosto, septiembre y octubre de ese año pasaron diecinueve peregrinos. De 1994, sólo hay catorce registros. A partir de 1995, son más frecuentes las notas dejadas por los peregrinos. Nadie se queja de las ampollas, sólo algunos del calor. Todos agradecen a la Cruz Roja su amabilidad. Yo también.

## JORNADA 7ª

### 16 de mayo. De Monesterio a Fuente de Cantos.

Hoy me he levantado tarde, sobre las ocho y media, y tras un fugaz desayuno salgo al camino en pos de las flechas amarillas, hacia donde ellas quieran llevarme porque nunca antes he ollado estos andurriales e ignoro a dónde conducen estos caminos. La señalización desde Monesterio a Fuente de Cantos es correcta, pero sin la necesaria frecuencia para quien no lo conoce. Hasta aquí me he acostumbrado a un andar cómodo y despreocupado de la orientación a seguir. Cada pocos cientos de metros encuentras señales amarillas para recordarte que vas por el buen camino. Este cuidado se extrema en los cruces y en las desviaciones, de forma que resulta difícil perderse. Ahora no. Faltan indicaciones en algunos cruces y debes elegir el sendero usando la lógica. En ocasiones, aunque no sea estrictamente preciso, echas de menos ver alguna flecha y te entra cierta angustia al pensar que puedas haber equivocado la ruta. Andar solo tiene ese inconveniente: ser presa fácil de la inseguridad y de la duda.

El paisaje va cambiando paulatina, pero inexorablemente. El alcornoque se ha dejado de ver y siguen escaseando las encinas y los chaparros. La dehesa se ha aclarado y en lugar de árboles, se han desarrollado los arbustos y las hierbas. Continúo caminando por una vía pecuaria limitada por los muros de piedra de las fincas y, más adelante, al abandonar Sierra Morena, por alambradas. En el pastizal las flechas son aún menos frecuentes y la huella de la senda apenas si es perceptible en el suelo. Algunos alineamientos de piedra me han hecho pensar que hubiese restos de una antigua vía romana o medieval.

Cuando cruzo el arroyo Bodión saltando por unas piedras, me detengo a observar la concurrencia de bichos de todas clases que pueblan sus orillas. Comparto mis frutos secos con una hilera de enormes hormigas cabezudas que no han tenido mejor idea que hacer su morada en medio del camino. A los pájaros del entorno no se les pasa desapercibida mi generosidad y, aunque se mantienen a prudencial distancia, hay varios que parecen pedir su ración. Por fortuna me sobran y hoy vuelvo a casa. Desde el cielo, una pareja de rapaces es testigo de mis inclinaciones franciscanas.

A unos doce kilómetros de Fuente de Cantos, el paisaje es claramente agrícola de cereal, todo abierto y suavemente ondulado. La guía señala la existencia de un dolmen por esta zona, pero no logro identificarlo. Aunque algunos amontonamientos de grandes peñascos sugieren tal tipo de construcciones, a simple vista no creo posible identificar la planta de una construcción megalítica.

Al llegar a Fuente de Cantos, me enteré de la existencia de excavaciones arqueológicas en un cerro cercano al arroyo Bodión, pero tampoco las distinguí. El arroyo baja con agua todo el año, según me informó el mecánico que me selló la credencial. El pueblo está solitario, todos seguían en la romería, ya que San Isidro también es patrón aquí.

Llevo bastantes kilómetros andados por cañadas, veredas y cordeles, pero si quiera hablar de las vías pecuarias y de las evocaciones que me traen a la mente, debo hacerlo ahora, en Extremadura, meta privilegiada de los viajes otoñales de la casi extinta ganadería trashumante. Su propio nombre parece venir de ahí, <<ir a extremos>> se decía entre los pastores para significar la bajada a los invernaderos del sur, donde el clima, menos frío que en la Meseta norte, permite crecer pastos en las dehesas con los que alimentar a las cabañas de animales hasta la próxima primavera.

Aunque suene tópico, cómo hablar de las cañadas sin recordar el Muy Honrado Concejo de la Mesta, que durante seis siglos (del XIII al XIX) sostuvo, con mejor o peor fortuna, la extensa red de vías pecuarias necesarias para que varios millones de las celebradas ovejas merinas transitaran arriba y abajo por la península ibérica. Esta organización mantuvo durante siglos la

figura de los entregadores, polémicos jueces itinerantes que seguían el curso de las principales cañadas resolviendo no sólo litigios por las poblaciones por las que pasaban (y por tal motivo debían mantenerlos a ellos y a sus cortes de escribanos y leguleyos), sino imponiendo multas a quienes se apropiaban de los caminos cañariegos o de los pastizales reservados a las cabañas mesteñas. Julius Klein, en un magnífico libro que sigue editándose casi cien años después de su publicación, demostró, tras una ardua investigación en los archivos de la Mesta, que ésta había jugado un papel fundamental no sólo en la economía medieval española, al encargarse de la crianza del principal recurso comercial del momento, la lana merina -la mejor de toda Europa-, sino también en la vertebración y unificación política de los reinos, coadyuvando en el sometimiento al poder real los privilegiados concejos locales, tan proclives a la independencia.

Mucho antes de la abolición formal de esta especie de sindicato ganadero en 1836, ya había perdido su singular batalla contra la modernidad, representada por la agricultura. A consecuencia de esta derrota, su patrimonio ruterio fue devorado por los propietarios de fincas cercanas que anexionaron y labraron tramos enteros de cañadas o las dejaron, de sus canónicos 75 metros de anchura, en angostos lindes por los que apenas si caben dos personas juntas. Tampoco el Estado se ha preocupado mucho por su mantenimiento: hay cañadas bajo carreteras, líneas férreas, embalses o ciudades. No hay ninguna que no se encuentre severamente afectada por alguna obra pública. Tanto los deslindes emprendidos en otros tiempos, como las leyes que buscaban su protección, han venido cayendo en el olvido o fracasando estrepitosamente. Sólo en los últimos años se han emprendido acciones decisivas para la recuperación de este dominio público. Ahora ando solo por una de ellas, vallada para evitar nuevas usurpaciones, y no puedo dejar de sentir la sensación de ser como una especie en peligro de extinción, que debe circular para preservarse del ataque exterior por estas cárceles lineales. Saber que desde hace ya muchos años las pocas ovejas trashumantes viajan en trenes o camiones acentúa aún más ese sentimiento de soledad y extrañeza.

Mientras escribo estas notas, sentado en la cafetería de la estación de autobuses esperando el que me lleve de vuelta a Sevilla, observo de reojo las miradas algo despectivas de los demás usuarios del establecimiento; me miran de arriba abajo, pero no sé qué les inquieta más, si mis pantalones cortos y mi bastón o que lleve dos horas aplicado a emborronar las hojas de un cuaderno.

En el autobús, aprovecho para leer un poco y me topo con la sugestiva descripción hecha por Charles Davillier sobre el paso de estos rebaños de merinas, en el libro que escribiese sobre su viaje a España con Gustave Doré en 1862, cuando aún era posible contemplar estas imágenes.

“Pocas veces hemos visto un espectáculo más curioso que el paso de estos inmensos rebaños. Su proximidad se anuncia primero por el lejano ruido de millares y millares de cencerros. Después, una enorme nube de polvo blanco se eleva en el horizonte y pronto se ve aparecer al *rabadán* a la cabeza de la columna con sus *moruecos* favoritos que le siguen fielmente. A continuación viene el resto del rebaño con los pastores y los perros. Estos inteligentes animales son muy grandes, de pelo muy largo, y parecen comprender la importancia de su papel. La retaguardia está formada por bestias de carga que se llaman *fateras* o *hateras* porque van cargadas con los utensilios de cocina y otros objetos de uso de los pastores.”

Aunque parezca un contrasentido, siento nostalgia de escenas como ésta que nunca he visto ni veré.

## JORNADA 8ª

3 de junio. De Fuente de Cantos a Zafra.

Laura y yo reemprendemos el itinerario viajando desde Sevilla a Fuente de Cantos en autobús. Como suele ser habitual, los planes nos salen mal. Queríamos salir pronto, comenzar a andar sobre las ocho y cuarto de la mañana para evitar el calor de medio día. Pero por las más diversas causas, no lo logramos hasta las once. En el fondo da un poco igual, pero algo me impide tomarme estos contratiempos con naturalidad: no puedo evitar estar de mal humor cuando finalmente nos ponemos en ruta, comenzada la mañana. Tiene que ver con los valores inculcados desde pequeño, pero ahora no sé cómo ignorarlos.

La etapa discurre por terrenos llanos, entre vides, olivos y cultivos de secano. Ocasionalmente, la monotonía se rompe al obligarnos a cruzar algún arroyo o salvar un collado. El cielo no está mucho más divertido. Su azul intenso, presagio del calorín que se nos viene encima, sólo se ameniza de vez en cuando por veloces nubes blancas, como si alguien hiciese rodar bolas de algodón. Al menos, la brisa que las impulsa amortiguará algo el calor. Con frecuencia se ven rapaces o cigüeñas buscándose la vida en regatos o entre los cultivos. Creo que seguimos vías pecuarias, pero ya no están delimitadas por alambradas, o sólo ocasionalmente.

El camino está empedrado pero dista mucho de ser "una carretera de piedra" como señala la guía. Es cierto que se superpone a una calzada romana. He tenido la ocasión de ver entre Calzadilla de los Barros y Puebla de Sancho Pérez, en un tramo en que la vía pecuaria está siendo objeto de ampliación y adecuación con nuevo firme para construir posiblemente una carretera, los restos arrasados de una disposición regular de lajas de unos ocho centímetros de grosor. Una pala mecánica las ha levantado de su posición milenaria. En un cartel metálico cercano se lee "Vía de la Plata. Itinerario cultural". Convertir una vía pecuaria en carretera, destruyendo además una calzada romana, es un atentado contra el patrimonio cultural que demuestra la nula preocupación de las administraciones públicas en recuperar ese legado, a pesar de toda la propaganda institucional. Tomo notas para ubicar mejor el lugar donde me encuentro y saco fotos del desastre. Pienso en denunciar este atropello mandando un escrito a la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura; después, recapacito. Sé que la denuncia servirá de poco y está llamada a perderse en ingentes montañas de papeles. Laura me aconseja entonces buscar un método más eficaz: enviar una carta al director de algún periódico local con las fotos, por si ellos quieren añadir algo. En la carta debo sacar punta al sarcasmo que supone lo anunciado en el cartel y el desinterés efectivo por el legado material que nos brinda la historia. Esto no servirá de mucho más, pero al menos asegura que la noticia se incluirá en el dossier de prensa de los gabinetes de los consejeros y, así, la leerán en la administración; lo que no ocurriría con la denuncia formal. Además, resulta más divertido de escribir.

En Calzadilla se ha restaurado una fuente, lo que es un gran alivio para los caminantes, especialmente en estas tierras. Pero ignoro el motivo por el cual la han situado tan baja, de forma que cuesta bastante trabajo beber de los caños. La iglesia fortaleza, que señorea esta pequeña localidad, es bastante interesante y es de agradecer que haya carteles explicativos en el exterior. El resto es inhóspito y feo; la plaza mayor ostenta esa dureza antihumana y poco acogedora del nuevo diseño del que hacen gala muchas construcciones modernas de espacios públicos, donde lo actual se ha unido al mal gusto y lo barato para sustituir lo que sabiamente había construido el tiempo. El suelo es de terrazo reverberante, sin árboles, con bancos de hierro. A las cuatro, cuando pasamos no había nadie allí ¿quién podría aguantar en semejante sartén?

Entramos a Zafra por la estación de ferrocarril que la une con Huelva. Otrora fue un edificio principal en la ciudad, sin el cual su economía ganadera y la fama de sus ferias hubiese sido impensable. Allí se descargaban los rebaños de ovejas trashumantes, cuando las cañadas cayeron

en desuso, después le llegó el turno a ella. Ahora está en semirruina, no debe resultar rentable el traslado ferroviario en comparación con la carretera. A la entrada de la ciudad nos ha recibido casualmente un grupo de personas a las que preguntamos qué camino era más corto para llegar. Uno de ellos, maestro de profesión, ha andado con nosotros un rato interesado en preguntarnos detalles para hacer él alguna vez el camino. Laura le contesta a todas sus preguntas, a la vez que le anima a emprender el camino; yo voy callado a su lado, anotando mentalmente retazos de la conversación para pasarlos después al cuaderno de notas. Pero ahora ni ella ni yo recordamos nada relevante de esa charla.

Zafra es una agrociedad con multitud de servicios, algunos de ellos, como las tiendas de música, muy especializados. Su fama se la debe al ganado, concretamente a las ferias de ganado. De las vistas hasta ahora, quizás sea de las poblaciones más bonitas o que, por lo menos, guardan cierto sabor tradicional. Aunque en la periferia se amontonan los bloques de pisos y las promociones de adosados, características de todas las ciudades, el centro mantiene un caserío que a pesar de las transformaciones no ha perdido su escala humana. Ejemplo de esa adecuación entre historia y nuevas funciones es el alcázar medieval. Esta emblemática fortaleza, paradigma de los castillos señoriales del Renacimiento, es ahora parador nacional de turismo, pero, a diferencia de otros casos similares, quien lo diseñó para este uso hotelero tuvo la sensibilidad de no desnaturalizar la construcción anterior.

Para tomar algo antes de cenar, preferimos hacer lo mismo que los naturales del lugar y vamos a la plaza grande a buscar un sitio en una de sus múltiples terrazas. Los soportales de ladrillo que la rodean recuerdan que Zafra ha sido desde siempre un enclave dedicado al comercio y al mercado. La plaza chica, junto a ésta, debió tener la misma función, si bien es posible que hubiese alguna especialización entre ambas. Buscando un lugar para cenar, nos encontramos con la fuente de san Benito de elabora arquitectura gótica. Asociado al trajín ganadero, en muchas poblaciones se ven pilones y fuentes para que los animales abrevan, pero pocos tienen tanta decoración. Lástima que esta fuente esté tan descuidada y sucia. Al verdín se le suma todo tipo de envases y envoltorios para dar una imagen patética del descuido en que han quedado aquellos elementos que prestaron un servicio tan esencial a la vida de la ciudad.

Cenamos en el mesón *Maxi*. Nada espectacular, pero los platos eran buenos y abundantes y el precio ajustado. Además nos invitaron a orujo de hierbas. Laura, que vuelve a tener ampollas en los pies, empezó la cena quejándose y con mal humor, la terminó bastante más optimista. Se lo atribuyo a la grata impresión que nos dejó la cena.

Para dormir nos alojan en el barracón de los gañanes de la feria de ganado permanente. Hay algunas camas y duchas con agua caliente; también lavabos, pero sorprendentemente no encontramos los retretes.

El libro de visitas de Zafra es consultable en el Ayuntamiento. Comenzó el 22 de junio de 1994. De él saco una de esas anotaciones de pretensiones universalistas que tanto florecen en ellos.

"Las adversidades del Camino se superan con la esperanza de encontrar en cada nuevo horizonte un poco más de ti mismo" (uno de Zafra).

## JORNADA 9ª

### 4 de junio. De Zafra a Villafranca de los Barros.

Despertamos pronto, sobre las seis, pero entre unas cosas y otras no comenzamos la marcha hasta las ocho. Antes, no tuvimos más remedio que visitar los servicios del Ayuntamiento, donde dejamos las llaves de la barraca y recogimos la credencial dejada en prenda. Me sigue pareciendo sorprendente el valor que se le otorga a este documento.

El camino sigue entre majuelos y fincas dedicadas al cultivo del olivar o las almendras. También son frecuentes las granjas de ganado ovino y porcino. El firme es de tierra. Antes de llegar a los Santos de Maimona se convierte en pista forestal durante un par de kilómetros. Esta localidad vinculada históricamente a al orden de Santiago -que no al camino de Santiago, como piensa la guía-, como otras cuantas de la zona, no ha acusado los efectos devastadores del desarrollismo sesentista. La iglesia principal tiene un corte renacentista tardío y las portadas, algo posteriores, son ya platerescas. Es el único edificio notable que advertimos en nuestro rápido paseo.

Durante la marcha a Laura le duelen los pies. Camina con lentitud y dolor. Llegar a Almendralejo (treinta y nueve kilómetros) le resulta una empresa casi impensable, por tanto decidimos quedarnos en Villafranca de los Barros.

En el Ayuntamiento nos informan de que no hay refugio, como ya advertía la guía. Una policía municipal nos indica un lugar alternativo a los hoteles de carretera, una casa particular perteneciente a *La Cubana*, junto a la iglesia del Carmen.

Tras insistir en la puerta, nos abre una señora con cuatro perros ladrando tras ella. Sólo tiene una habitación con una cama chica, pero podría poner otra más baja. "Son 3.200 pts/noche", nos informa antes de haber preguntado. Apartando los perros nos la muestra. Es un cuarto pequeño y cutre, pero la impresión más profunda que nos llega es el intenso olor a pis que desprende toda la casa. Pienso que son los perros, pero al fondo del pasillo veo al marido de *La Cubana* con una sonda y una bolsa colgando de la barriga y me entra la duda. El cuarto de baño comunal está muy destartado, por doquier hay huellas de anteriores usuarios (también en el váter) que ya podrían haber limpiado.

Cuando llegamos estaban cocinando. Nos hacen pasar al comedor, junto a la salita de estar, donde almuerzan. Un fuerte olor a frito invade esa parte de la casa. No obstante, sigo percibiendo el intenso hedor a orín. Sé que es una obsesión mía, pero no puedo evitarlo. Tanto ella como él nos dan conversación mientras preparan el almuerzo. Nosotros nos excusamos de comer. Ella nos cuenta que en Villafranca hay otra cubana, pero es negrita y allí en Cuba, cuando ella vivía al menos (hace treinta y tantos años que falta de la isla), los negros y los blancos tenían vidas separadas. Aunque no lo dice, parece que no ha encontrado aún motivos para cambiar este principio. Él es de Villafranca. Funcionario de telégrafos y comunicaciones retirado, "pero fue antes del accidente que me dejó inválido", me dice señalando con cara de mala fortuna la prótesis tubular que le sale de la bragueta. Terminamos la conversación oyendo una demostración del lenguaje morse, hábilmente practicado con un vaso y una cuchara, "aunque así no es como en la realidad, porque no tiene contragolpe", se disculpa mientras simula hacerlo con la mano en un aparato imaginario.

Fuera no hay mucho que ver, salvo la Casa de la Cultura, una antigua fábrica de harinas rehabilitada para este nuevo uso. Pasamos la tarde leyendo en la biblioteca la prensa del día y una revista de cine. Aunque pueda parecer una pérdida de tiempo, en Villafranca es una de las mejores opciones para pasar la canícula, si no quieres dormir la siesta. Y en las condiciones de la casa donde nos hospedamos, es preferible no estar allí más tiempo del necesario.

Buscamos un parque donde poder hacer un porrito sin llamar la atención. Nos dicen que

hay muchos en el pueblo, pero olvidan señalarnos también que aquí llaman parque a una placita con dos árboles y varios bancos.

Al llegar la noche volvemos a la casa de *La Cubana*. Sobre mi cama, en la colcha uno de los perros ha querido mostrar su enfado por mi presencia meándose a gusto. Aparto la colcha y extiendo el saco sobre las sábanas. Trato de dormir, pero la radio del dormitorio, casi contiguo a nuestro cuarto, suena durante toda la noche.

En cierta ocasión, en un albergue me topé con un comentario sobre el libro de Gregorio Morán, en un número de la revista *El Peregrino*, editada por la Federación de Asociaciones de Amigos del camino de Santiago. En él, su autor -alguien vinculado a esta federación- trataba en vano de poner pegas a los <<comentarios injuriosos>> que, según el comentarista, se contenían en esa obra. Cuando volví a Sevilla, una amiga me lo regaló. *Nunca llegaré a Santiago* es, sin duda, de lo mejor que he leído sobre el camino de Santiago. La capacidad de Gregorio Morán para narrar de forma escueta y vívida, a través de pequeñas anécdotas, el ambiente y la sociología en la que se desenvuelve la vida de los peregrinos resulta sorprendente. Lúcido e irónico, su camino inconcluso está plagado de jugosos comentarios sobre la pléyade de personajes que, con uno u otro fin, se encuentra en su deambular quienes peregrinan. Se acentúa su carácter (y propósito) corrosivo si antes se ha leído algún otro, que suelen ser los más comunes, rebosante de empalagosas observaciones sobre la bondad y felicidad que envuelve a todos los que hacen el camino o viven de él. Comprendo que entre las asociaciones jacobeanas este libro no esté bien visto y cuando se pregunta por él, todo el mundo haga como si no lo conociese. Pero a mí sencillamente me encantó. Como no me puedo dormir, mato el tiempo imaginando qué hubiese escrito si en lugar de hacer el <<camino francés>> se hubiese aventurado por la ruta de la Plata, pernoctando en esta casa.

## JORNADA 10ª

5 de junio. De Villafranca de los Barros a Torremejía.

Hemos salido pronto. Desayunamos en una placita, compartiendo nuestro condumio con una perrita que desde esas tempranas horas estaba buscando comida. El camino sigue atravesando olivares, majuelos y campos sembrados de garbanzos. Está bien marcado, pero evitamos cruzar Almendralejo y eso debió despistarnos. Lo cierto es que llegamos hasta la primera carretera que une Alanje y Almendralejo y hubimos de caminar tres o cuatro kilómetros hasta dar con la calzada que nos llevaba por buen camino. Ésta tiene de romano exclusivamente el trazado, el firme es de gravilla y canto fino.

Hoy hemos tenido la bendición de un viento fresco que amortiguaba el calor. Llegamos en siete horas a Torremejía. Un pueblo de unos dos mil habitantes, que a simple vista carece de rasgos distintivos sobresalientes. Su principal atractivo es una plaza cuadrangular nueva, con suelo de terrazo con dibujos geométricos y kiosco de música en el centro. Con esas cualidades, a medio día estaba absolutamente desierta. A esas horas y aunque el calor no aprieta en demasía, los únicos lugares con vida son los restaurantes y bares de la CN-630; todo lo demás está vacío.

Bajo el Ayuntamiento (<<Casa Consistorial>>, dice el azulejo) está el hogar del pensionista. Amablemente nos dan el número del teléfono móvil de la policía municipal. Éste vive en Mérida y nos dice que llegará sobre las cuatro de la tarde. A las cinco y cuarto aún no ha llegado. Nadie excepto nosotros está en el hogar del pensionista; yo dormito sentado, los hijos del matrimonio que regenta el bar ven Canal +, Laura lee la prensa.

Cuando llega el policía, se disculpa alegando una urgencia familiar; nosotros educadamente manifestamos nuestro interés por que no sea nada serio. Él pone cara de circunstancias. Nos entrega una llave de la Casa de la Cultura y nos indica que podemos ducharnos en el polideportivo. La Casa de la Cultura es una nave situada al final del pueblo, con un interior sucio y destartado. Una tarima, filas de bancos, una barra de bar y el cielo raso lleno de banderitas de España y Extremadura son los únicos muebles que pueblan este espacio. Esparcidos por el suelo se veían porras y otros extraños instrumentos dedicados a la enseñanza de algún arte marcial, de nombre tan impronunciable como amenazador. Unas copas en las estanterías indican que los vernáculos se afanan con empeño en su práctica. Hay servicios, pero no duchas. Para ducharnos hubimos de trasladarnos al polideportivo.

Como el regidor del hogar del pensionista lo había mantenido abierto hasta la llegada del policía por no dejarnos fuera, una vez que nos duchamos, fuimos a agradecerle el gesto. Estuvimos hablando un rato con él y su mujer. En seguida nos pusieron al corriente de lo sacrificado que supone mantener un negocio con tan poco rendimiento, siempre al servicio de los pensionistas, que se entretienen con la televisión y jugando a las cartas, pero consumen poco. Con una botella de vino se pasan la mañana. "Y la botella sólo cuesta diecinueve duros". Nos dijeron que en este pueblo, a pesar de lo aburrido que parece, estuvo viviendo Camilo José Cela para escribir *La familia de Pascual Duarte*. Fingimos interés por la noticia, pero no nos la creímos. Después resultó que, en efecto, no sé si vivió allí, pero al menos se inspiró en él para relatar la mísera vida de la negra España de posguerra.

Por la noche volvimos a cenar allí. La tortilla de patatas sí era de campeonato y no el encuentro entre la selección española y la de San Marino. Esperamos al presidente del hogar del pensionista para que nos sellase. Laura no ha traído su credencial, dice que pasa de semejante historia. Yo, sin embargo, lo encuentro más divertido.

La señora del bar, no sólo es bastante más gruesa que él, sino también bastante más emprendedora. Fue a ella a quien se le ocurrió la idea de preparar aperitivos; hacer churros por la mañana en la plaza, aunque este pueblo no sea muy churrero, y además ha sacado tiempo y ganas

para tener y criar a siete hijos. “Porque mi marido, en la casa, poco, pero que muy poco ayuda...”.

Al calor del partido internacional van llegando pensionistas, cada uno bebe una botella de vino blanco, como el que no quiere la cosa. Hoy no se quejarán de la caja que han hecho.

## JORNADA 11ª

### 6 de junio. De Torremejía a Mérida.

El trayecto es corto y derecho, siguiendo el mismo camino que traemos se emboca directamente a Mérida. Al llegar a esta ciudad, para entrar por el puente romano es necesario dar un impresionante rodeo por la orilla derecha del Guadiana.

En Mérida no hay albergue. Cuando preguntamos por él nos miraron extrañados: el municipal pensaba que buscábamos el de transeúntes. En cierta forma lo somos, pero no creo que nos gustase pasar allí la noche. Los peregrinos posmodernos somos bastante más refinados. Una cosa es pernoctar en una nave vieja y destartalada o dormir al raso y otra bien distinta, guste más o menos reconocerlo, convivir con la indigencia. Hace ochocientos años, en plena Edad Media, no había tanta distinción entre peregrinos y pobres (al menos en el común de los casos), de hecho, eran dos términos sinónimos; pero ahora sí. Tenemos hábitos de turista, aunque personalmente odie esa comparación. Buscamos nuevas experiencias y formas de contacto con el paisaje y el paisanaje, pero de ahí a dormir en un camastro, rodeado de miseria y dolor humano, hay un trecho que no vamos a recorrer. Afortunadamente esa misma tarde volvíamos a Sevilla.

Mérida es una ciudad desbordada. Se asemeja, en cierta forma, a esas personas que despreocupadas por su tamaño real, se ponen un suéter varias tallas más pequeñas del que precisan: por debajo de la cintura asoman toda su corporeidad (a menudo grasienta) sobrante. Pues bien, Mérida ha pasado de ser un pueblo más o menos grande, pero con estructura y paisaje urbano de hábitat rural, a convertirse, tras la instalación de la capitalidad extremeña, en un ente sobredimensionado, desparramado por la vega mediante urbanizaciones de adosados y hoteles de tipo Las Vegas. Se caracterizan porque el sabor histórico de sus nombres es sólo una excusa para la elección de los adornos kitch de la decoración.

Extrema esa sensación de extrañeza entre lo original y lo nuevo, el proceso de convivencia (los arquitectos dirían diálogo) entre los restos antiguos y su entorno construido. Antes, los edificios romano, aunque semiderruidos, mantenía su porte con dignidad, integrados en un caserío popular y anodino, pero armónico en su conjunto precisamente por su modestia. Ahora, la mayoría del caserío se ha renovado en un estilo moderno, feo e impersonal que ha elevado las alturas de las casas, mostrando sin pudor alguno las traseras de los edificios, dejando a la vista ese ámbito que siempre se ha mantenido en la privacidad. Siguiendo esta tónica, también las moles romanas se están reconstruyendo. Junto a restauraciones muy medidas y livianas que apenas insinúan formas antiguas, como las del Templo de Diana, están las restituciones de edificios del área forense, a escala real, que se alzan insolentes, sin ser conscientes de haber perdido la prestancia insustituible que da la pátina del tiempo.

Lugares de indispensable visita en Mérida son los restos arqueológicos relacionados con las peregrinaciones, aunque no jacobeanas. Bajo la actual ermita de Santa Eulalia, se encuentra la cripta donde fue enterrada esa mártir y a unas decenas de metros, el primer hospital de peregrinos del que se tiene noticias: el *xenodoquio* que fundase el obispo Maseria en el siglo VI, para atender a quienes venían a venerar las reliquias de la santa.

## JORNADA 12ª

22 de julio. Mérida.

Volvemos a recuperar el camino donde lo dejamos. Llegamos tarde a Mérida. Esta vez nos hemos enterado de la existencia de un albergue juvenil, que aún no está abierto, situado a siete kilómetros de la ciudad. Se trata de la rehabilitación de un poblado vinculado a algún tipo de explotación agropecuaria. Los que fueron chalés de los ingenieros ya están reformados y listos para el uso. La familia que cuida del recinto se muestra muy amable y obsequiosa con nosotros. Por la noche estuvimos largo rato hablando sobre los cambios operados en Mérida desde que se convirtió en la capital de Extremadura. Hay más trabajo, pero todo es más caro y se ha desatado la especulación, se quejan.

Mirando la puesta de sol, junto al Guadiana, soy consciente de mi incapacidad para interiorizar e interpretar el paisaje, como hacen los buenos escritores. No puedo evitar acordarme de la obra de Cees Nooteboom, *El desvío a Santiago*, cuyo recuerdo es imborrable. No conocía a este autor y llegué a él de mera casualidad. Cuando lo vi en los escaparates, esperaba encontrar una especie de libro de viajes sobre el camino de Santiago. Pero nada de eso. Se trata de la suma de recorridos por España, hechos por un hombre que conoce nuestra forma de ser, geografía y culturas con una profundidad admirable. Pero tampoco son las narraciones de varios viajes a la manera usual. Para Nooteboom, guiado por un ansia y curiosidad insaciables, el paisaje que ve, desde la atalaya de cualquier cuarto (por cierto, casi siempre en un parador), es una mera excusa para hacer volar su conocimiento erudito y planear por nuestra historia (que en ocasiones es también la suya), reviviendo de forma tangible episodios claves de épocas pretéritas, desde los que releer el presente. Es un nuevo Gerald Brenan cautivado por el laberinto español y su inextricable pasado. Quizás sólo eche en falta a la gente de hoy, a quienes se encuentra en la calle. En su libro son meras sombras sin dibujo o perfil alguno. Para entrar en el mundo de Cees Nooteboom hace falta haber vivido en otro tiempo y llegar a él a través de las páginas de un libro, o impactar con fuerza a través de la foto de un diario, como cuando reflexiona sobre el problema del terrorismo en el País Vasco, relacionándolo con el dilema de Antígona. Sólo así sus inquietos ojos podrán enfocarte, y entonces formar parte de su universo personal. Una lectura desafiante e irrenunciable, que recoge la mejor tradición de la preocupación por el paisajismo literario de la generación del 98, donde Santiago es una mera excusa para hilvanar esa trama histórica, aunque guarde para su breve experiencia como peregrino de a pie una de las páginas más bellas del libro.

## JORNADA 13ª

23 de julio. De Mérida a Alcuéscar.

La etapa de hoy ha sido, con mucho, la más dura. Comenzamos pronto, a las cinco sonó el despertador; cuarenta minutos más tarde estábamos en camino. De vuelta y conocido, los siete kilómetros que nos separaban de Mérida se hicieron cortos. Paramos en la estación de autobuses a desayunar. ¡Gran error!, echamos casi hora y media.

Emprendimos el camino hacia el pantano de Proserpina por un sendero con mucha gravilla de cuarzo, producto de la descomposición del granito. La antigua presa romana está rodeada de casas y urbanizaciones, con varios chiringuitos que ofrecen sus servicios a los bañistas. Cuando pasamos sólo había uno abierto. Paramos de nuevo para tomar café y llenar las cantimploras. La propietaria entabló conversación con nosotros: le gustaría ir a Santiago, pero con un negocio, resulta imposible.

En Carrascalejo hicimos un alto para comer frutos secos. De nuevo en camino, llegamos a Aljucén, donde conocimos a Loli y Polo que se dirigen hacia Astorga a caballo; después no saben si seguirán hasta Santiago. Mientras hablábamos los vecinos discutían sobre las diversas penalidades de cada tipo de peregrinación. “Yo creo que es peor ir a pie”, decían algunos. Mientras que otros ponderaban los inconvenientes de ir montados a caballo, lo que corroboraban con amplios ademanes los jinetes. Al despedirse nos dijeron con total seguridad: ya nos veremos en Alcuéscar, son sólo dieciséis kilómetros; además nos han asegurado que hay agua por el camino. Varios vecinos confirmaban a coro tales apreciaciones. Las mujeres se mostraban más dubitativas; los hombres no. Al despedirse Polo le dijo a un señor mayor (al parecer herrero de profesión) “Bueno, como dice el refrán, no te mueras antes de que vuelva a verte”. Laura y yo nos miramos atónitos, el aludido sonreía perplejo. Por su expresión debía dudar entre mentarle a su madre o agradecerle el cumplido.

Vimos alejarse los caballistas y poco después, tras pasar la gasolinera, seguimos viendo sus huellas, como antes de llegar a Aljucén, pisando otras anteriores de ciclistas. Más tarde supimos que los ciclistas eran once vizcaínos. De Aljucén se sale por una carretera que bordea el río hasta la carretera nacional, por la que seguimos para una gasolinera. Allí da comienzo el cordel del Gato, vía pecuaria que con diversas apelaciones continúa hasta Cáceres. En ese punto, una indicación en madera invita a recorrerlo como vía verde. El cordel sigue el río y más tarde las torrenteras que confluyen en él. Nada dice el cartel sobre el camino de Santiago, aunque las anónimas flechas amarillas hablan por sí solas.

La vegetación que circunda el camino se compone de encinas y, conforme se gana altura y el subsuelo cambia de granito a pizarra, también se ven más alcornoques. Estos árboles se distinguen muy bien por el naranja interior de sus troncos, recién despojado de su rugosa corteza.

Al avanzar el calor aprieta y acusamos el cansancio, pues esta etapa entera son casi cuarenta kilómetros. Las paradas se hacen más frecuentes y largas. En una de ellas, descansamos casi tres cuartos de hora, a Laura le dolían los pies y le hice una cura de emergencia; pero sin puntos de orientación y con las dilaciones de tiempo, carecemos de elementos seguros para pronosticar el tiempo que nos falta. Cuando atravesamos una pequeña y polvorienta meseta son aproximadamente las tres de la tarde. El calor es tan intenso que ahoga. Corre un aire de levante abrasador que provoca remolinos de polvo. Bajo los pequeños chaparros se refugian las ovejas; en el camino tenemos menos suerte. Laura se encuentra cada vez peor, aunque se queja poco; en una parada vomita y me asusto porque creo que le ha dado una insolación. Nos queda poca agua y no hay el menor indicio de fuentes o pozo donde beber. Por supuesto, nadie vive por estos lares. Mi desesperación se vuelve contra la guía que no da indicación alguna para orientarse anterior a la cruz de San Juan, de la que por cierto no hay indicio alguno en las proximidades. Cuando

llegamos a "la valla que nos acompaña hasta la Cruz de San Juan" (no especifica la guía durante cuántos kilómetros) estamos realmente desfallecidos; la única reserva de agua es un quinto de una de las cantimploras. Por fin llegamos a la famosa y anhelada cruz, pero sigue sin haber sombra. Son más de las cinco de la tarde y aún no sabemos cuánto nos falta. La boca ha pasado de estar reseca a pastosa, para ahorrar saliva apenas hablamos. De repente, saliendo de un recodo, topamos con un todoterreno de la Guardia Civil. Les hacemos señales y paran buscando la sombra de un eucalipto. Bajan con botellas de agua, bebemos como descosidos, sobre todo de una gran garrafa que contiene agua fría. Habían venido a buscarnos.

Los jinetes les habían llamado por un teléfono móvil porque la mujer se había caído del caballo mareada por el calor; los animales también presentaban síntomas de extenuación. Al parecer cuando ocurrió esto ya estaban cerca del pueblo y alguien les había socorrido, proporcionando agua para que bebiesen ellos y sus monturas. Se llevaron a Loli al consultorio. A la vuelta se acordaron de que <<unos chicos>> venían a pie y que podíamos estar en situación más angustiada aún. Entonces salió en nuestra búsqueda el coche del benemérito instituto.

Tras beber, nos seguían flaqueando las fuerzas y les pedimos que nos acercasen al pueblo, faltaban aún unos tres kilómetros más o menos. Nos condujeron hasta el centro de los Esclavos de María y los Pobres. Allí estuvimos un rato hablando con la caballista y los hermanos de este instituto religioso, comentando los avatares del camino, mientras esperábamos a Polo que venía de recoger las monturas.

Los Esclavos de los Pobres fueron fundados en 1939 por un sacerdote de Alcuéscar y tienen como dedicación la custodia de menores. De hecho, esta casa -que es la principal- fue otrora un colegio. Su causa, según me comenta Javier -un hermano de veinticuatro años que estudia para ordenarse- es el medio rural y los más pobres. Actualmente el instituto cuenta con veintitrés componentes, con una media de 26 años. Normalmente suelen ordenarse sacerdotes, aunque hay algunos que prefieren <<quedarse en hermanos>> (Javier *dixit*). Nos ofrecieron de cenar sopa de tomate con ajo, huevos cuajados en guisantes y fruta. No nos pidieron nada a cambio de la cena, pero dejamos un donativo a la mañana siguiente, cuando nos fuimos. Esta institución está llamada a convertirse en un punto de inexcusable visita en la peregrinación jacobea por la ruta de la Plata, espero que la afluencia de personas no deteriore la relación que hoy existe entre estos hermanos y los peregrinos.

Con el ánimo recobrado, comenzaron a caerme mejor los caballistas, pues cuando tuvimos el primer encuentro me parecieron algo arrogantes desde sus monturas. Opinión que si bien no ha mejorado a lo largo del día, es preciso matizar. Ella y él son muy distintos. Ella habla más bien poco y es bastante más comedida en lo que dice. Polo no es necio, pero tiene un peculiar sentido de la oportunidad, que lo remata con frases tan fuera de lugar como ininteligibles. "Nos debéis la vida, como quien dice. Pero con mi caballo me lo hubiese pasado mejor", me comentó tras el incidente de esta tarde. A pesar de este estrabismo mental, la conversación con ellos durante la cena fue agradable. Nos enteramos de que eran de Astorga y que se dedican al próspero negocio de las pompas fúnebres. No quiero pensar en los comentarios de Polo a sus afligidos clientes.

## JORNADA 14ª

24 de julio. De Alcuéscar a Valdesalor.

Salimos temprano de Alcuéscar. La brisa fresca anunciaba un día de menos calor que el anterior. Los primeros kilómetros siguen discurriendo por una vía pecuaria (aún nos encontramos en plena España ganadera y trashumante) entre fincas con linderos de piedra. Pronto llegamos a Casas de Don Antonio, pequeño pueblecito precedido de un hermoso puente antiguo, casi derruido. La vía pecuaria enfilando el puente y nosotros bajando con nuestras mochilas debió componer una de esas imágenes jacobeanas, tan explotadas por la propaganda oficial, que no debía envidiar en nada a las del camino francés. Nuestro deseo era desayunar allí. Preguntamos a un par de ancianos dónde había un bar. "En la plaza hay uno, pero no abren hasta las once. Total para cuatro viejos que estamos aquí, ¿qué razón hay para abrirlo antes?". Así que hubimos de ir a la carretera, donde sí había uno abierto, pero sin pan. "Hasta las once no viene el pan...". Junto a nosotros estaba sentado un vejete que quería matar el aburrimiento con preguntas, cada vez más personales. Le dimos conversación durante un rato, pero para aumentar la curiosidad del buen señor, le solté alguna que otra trola; entre ellas, que teníamos un negocio de pompas fúnebres. Creo que no apreció mi sentido del humor, pues cortó en seco la conversación con cara de desagrado. Yo pretendía seguir la conversación, pero Laura me hizo desistir y nos pusimos en marcha. Hasta Aldea del Cano se marcha por un carril, junto a la carretera. Al rato de andar nos alcanzaron los de Astorga. Llevaban un día negro. Por la mañana, él se había dormido (aunque la noche anterior nos aseguraba no necesitar de mucho sueño para descansar); además uno de los caballos se les había escapado. Menos mal que un observador se interpuso y lo apaciguó.

En Aldea del Cano ellos estaban en un bar, pero nosotros fuimos buscando una fuente: el agua es insustituible para apaciguar la sed. En esta localidad, el agua corriente viene de un pantano sin filtrar y no se recomienda para beber, pero afortunadamente se mantienen aún sendos pozos magníficos. Uno junto a la iglesia, sin bomba, de forma que es preciso sacar el agua con cubos; el otro, más reciente, tiene apariencia de una minúscula pérgola con bancos en torno a un gran cilindro de fábrica rematado en un farola, del que sobresalen los grifos. Según la gente, el agua de cada pozo es distinta. La del primero es un poco más sosa que la del segundo. Desde luego, de ambos sale fresca y abundante. Aunque no como el día anterior, estábamos sedientos y era un placer indescriptible beber cuanto se nos antojase. Decidimos almorzar junto al pozo, a la sombra de una pared. En el rato que estuvimos allí discurría un continuo ir y volver de gente con garrafas y cualquier otro tipo de gran envase, para coger agua. Ésta se usa no sólo para el consumo humano, sino también para abreviar al ganado y a las bestias del campo, llevándola en garrafas. Ignoro cuánto tiempo durará el pozo, habida cuenta del intensivo uso que se hace de él. Para evitar un posible problema de sequía sería conveniente racionalizar su consumo. Al menos, los animales podrían beber agua del pantano, aunque la del pozo sea gratis y la otra no.

El camino hasta Valdesalor se hacía algo más penoso conforme avanzaba el día, pero nada comparado con lo de ayer. Llevábamos agua suficiente y la brisa que corría no era tórrida. Pudimos repostar de agua en un aeródromo deportivo, unos ocho kilómetros antes de llegar. Además, a poco de salir de allí, desde la meseta se divisa el pueblo hacia dónde vamos, lo cual es siempre un estímulo.

Finalizar la etapa de ayer, aunque fuese un breve trecho, en coche, me ha dejado cierto sabor amargo, a derrota. Tengo asociado peregrinar con desplazarme a pie. Me ufana mucho ser capaz de resistir esas largas caminatas y ahora tengo esa sensación de haber sido vencido por la fatiga y el calor. Sé que es algo intrascendente, pero no puedo evitarlo, ignoro por qué.

En Valdesalor nos esperaba la pareja de caballistas muy enfadados con el alcalde pedáneo (un chico joven) porque, al parecer, no podían usar una cuadra que antiguamente tenían los

militares allí. El alcalde repetía una y otra vez que aquello no era propiedad municipal y sus actuales propietarios (una asociación privada) no le habían dado permiso. Finalmente se les alojó en un descansadero de ovejas, junto al cordel que pasa a un kilómetro del pueblo. También tuvieron problemas para encontrar comida para los caballos, algo que de igual forma reprochaban al alcalde. Con nosotros el primer edil tuvo menos problemas. Nos facilitó el salón de plenos para dormir y el uso del minúsculo cuarto de baño del Ayuntamiento para asearnos. Mientras nos acompañaba no paraba de disculparse por no poder hacer nada más por los de Astorga. La ducha la solventamos con una manguera en la piscina. Durante la cena, Polo y Loli nos contaron que traían unas bolsas llenas de ceniceros de regalo, con un recordatorio de Astorga, y que habían dejado uno en Alcuéscar. Según confesó, los llevaba para promocionar el pueblo. Afortunadamente nosotros no debimos pasar el bochorno de presenciar la escena de entrega de semejante joya a los benefactores Esclavos de María; tampoco lo haremos ahora, porque nos dijo esto como preámbulo para explicar que Valdesalor se quedará sin cenicero <<recuerdo de Astorga>>.

Valdesalor es el caso típico de pueblo de colonización de los sesenta, con urbanismo reticular de anchas calles arboladas, con casas de una sola planta y amplios patios traseros. Los lotes de tierra repartidos entre los colonos fueron los peores, reteniendo los grandes propietarios las mejores tierras de cultivo. A esta mala situación de partida, se le ha unido la retirada de la concesión para plantar tabaco, ya que no han podido afrontar las draconianas condiciones impuestas por Tabacalera para cambiar del negro al rubio. Tampoco han funcionado las cooperativas agrícolas por razones no muy claras, o al menos no las supimos entender bien. Así Valdesalor tiene ahora apenas dos millares de vecinos, de los que muy pocos siguen siendo agricultores y, desde luego, ninguno desea que sus hijos se queden en ese lugar. La mayoría trabaja en Cáceres.

## JORNADA 15ª

25 de julio. De Valdesalor a Cáceres.

Esta etapa era deliberadamente corta (apenas doce kilómetros) para que nos diese tiempo a visitar la ciudad y volver a Sevilla por la tarde. Del camino, que discurría junto a la carretera, nada memorable, salvo la subida al puerto de las Camellas que nos separa de la ciudad y el encuentro con la cueva de Maltravieso, a la entrada de Cáceres. Mientras ando no paro de fijarse en los senderos dejados por las hormigas en el polvoriento camino. No sé cuántas hormigas son precisas para hacer esos surcos tan nítidamente dibujados en la tierra. Su laboriosa tenacidad en su afán de buscar comida bien puede medirse por las huellas que deja ese incesante ir y venir. Me caen simpáticos estos bichos, antes incluso de que viese *Hormiga Z*. No obstante, si las hormigas tuviesen el tamaño de un gato serían temibles, no dejarían nada vivo sobre la faz de la tierra.

La cueva de Maltravieso está pendiente de apertura al público, pero le pedimos al guarda que nos dejara entrar y aceptó. Mientras nos asomamos para entrever los famosos paneles con siluetas de manos en rojo (algunas de ellas con dedos mutilados), de enigmático significado, estuvimos hablando con él sobre el propósito de nuestro viaje. En esta conversación comprobaba, de nuevo, que la mayoría de la gente sólo entiende la peregrinación a Santiago desde Sevilla andando si existe una promesa por en medio; si no, te consideran loco. Conforme andas por el camino, la sorpresa cambia. Inicialmente la exclamación es por el destino: "¿A Santiago, andando?", te preguntan con curiosidad. Después, a medida que te alejas del punto de partida, se tiende a poner el acento en el origen ("¿Desde Sevilla andando?"), pero la incredulidad es la misma.

## JORNADA 16ª

30 de julio. De Cáceres al Casar de Cáceres.

Como ya hiciese la otra vez que fui a Santiago, el mismo día que me daban las vacaciones, nada más salir de trabajar, me cambié y me puse en marcha. Esta vez no fue en un tren para Irún, sino en autobús para Cáceres, a continuar solo la peregrinación.

A las ocho de la tarde he comenzado a caminar para El Casar. Prácticamente todo el camino, unos once kilómetros es por carretera. Como no hacía calor el paseo ha sido agradable, tan sólo molestado intermitentemente por coches.

Durante toda la tarde, influido por la lectura de *La soledad era esto*, que traigo conmigo, he intentado matar mi soledad estableciendo conversación con mi páncreas. Pero nada. Ignoro si el fracaso se ha debido a que pasa de mí o a que me lo extirparan de pequeño, en una operación que no recuerdo. Tras un rato de continua intentona, probé si tenía mejor suerte con el estómago. Nuevo fracaso, no tenía ni ruidos; nada mejoró con la bilis. Intenté cambiar de interlocutor. No hubiese estado mal descubrir que tenía un amigo en el esternocleidomastoideo sin saberlo. En fin, habrá personas a quienes les vaya mejor hablando con sus vísceras y a otros, con sus músculos. Desafortunadamente este cambio de táctica no ha dado mejor resultado; supongo que en pleno esfuerzo de marcha tampoco estarían de humor para chácharas. Descartados los huesos, a quienes no les atribuyo inteligencia alguna, quise recurrir al corazón como valor seguro, habida cuenta la fama que tiene y el continuo interrogatorio al que le someten poetas y cantantes. Pero desistí antes de intentarlo siquiera. He dejado tantos jirones de él en las alambradas de la vida, que no me atrevo a preguntarle cómo está. Admitida mi incapacidad para este tipo de comunicación, me centré en otros pensamientos y contemplaciones al ritmo del <<reloj de tus pasos>>, que decía Cees Nooteboom.

El Casar es un pueblo que crece a base de paseos. A la calle Larga, orientada hacia la carretera de Cáceres, le ha seguido un paseo arbolado que continúa en esa misma dirección. Como se queda corto, la gente anda dos o tres kilómetros más por un brazo abandonado de la carretera que, supongo, terminará formando parte de la población. Me he duchado con una manguera en los servicios del Ayuntamiento, abierto a esas horas debido a la celebración de un pleno extraordinario. El albergue de peregrinos está sobre unos soportales en la misma plaza del Ayuntamiento. Son los archivos del juzgado de paz. Están haciendo un refugio, pero de momento se usa el suelo para dormir. Lo peor es que carece de servicios. Cuando llego coincido con Javier, un ciclista de Salamanca, que el año pasado hizo el camino francés, comenzó en Sevilla y lleva tres días.

## JORNADA 17ª

31 de julio. De El Casar de Cáceres a Cañaverál.

Salí temprano, a las seis; aún era de noche de luna llena, pero inopinadamente había mucho movimiento. Por el camino no cesaban de pasar coches, incluso una señora mayor estaba ya en la plaza vendiendo tabaco. Al cabo de unas horas de andar llegué a una pequeña presa, donde descubrí el motivo de tanto movimiento. Al borde del pantano estaban formados en batería los coches de los pescadores, que dispersos en pequeños grupos o individualmente se esparcían por la orilla, afanándose en preparar sus cañas. Este hallazgo intrascendente no fue el único que hice al llegar a la cola del embalse: reparé que no había señales amarillas, tampoco había referencia a este hito en la guía, luego me di cuenta de que estaba perdido.

Serían casi las diez cuando llegué a ese descubrimiento. Había cometido un fallo imperdonable: tras pasar la ermita de Santiago, entre seguir por una vía pecuaria o desviarme por la vía romana, opté por la primera, que me llevó dónde los pescadores. A esas horas apenas si veía las flechas amarillas y luego pensé que como debía seguir recto el camino, quien balizó el sendero con las marcas amarillas juzgó innecesario ponerlas hasta el final. Pero me equivoqué y hube de desandar todo el camino y comenzar de nuevo, a tres kilómetros de El Casar. Nada fastidia tanto como dar la vuelta, desandar lo andado. Llevaba cuatro horas caminando y apenas me había alejado una décima parte de lo que tenía previsto recorrer en esta etapa. Además el resto del camino seguía una carretera para cruzar el embalse de la cola del Tajo, lo cual hace bastante inhóspito ese trayecto, a pesar de la belleza del paisaje circundante. Sobre las dos pregunté a una pareja que esperaba en un stop, dónde podía comer algo. Como se ofrecieran a llevarme hasta Cañaverál, no lo dudé y me subí con ellos. Al pasar por la carretera vi el puente de Alconétar, medio hundido en las aguas del Tajo, reubicado río arriba de su situación original. Me sigue remordiéndome subirme a un coche, pero la equivocación de esta mañana me pesaba aún más.

En Cañaverál sólo encontré interesante la iglesia de piedra, los soportales que la rodean, las chimeneas y la piscina. El Ayuntamiento estaba cerrado, pensé entonces que podría hacer noche en el pórtico de la iglesia, que tenían buena pinta como aposento improvisado, pero decidí combatir mi mala suerte mimándome un poco y me alojé en el hostel, no sin antes intentar sin fortuna hablar con el alcalde, al que fui a buscar a su bar. Su hijo, de mirada hosca y algo becerril, me dijo que no estaba.

El hostel está situado junto a la carretera; lo único memorable de ese sitio es que tiene lavadora, pero apenas llevo ropa sucia. Cuando llegué, una chica me enseñó una ruidosa habitación. Al preguntarle el precio, dudó.

- Son 2.000 pts, pero creo que para <<ustedes>> es más barato, 1.500 pts ¿Papá, cuánto es la habitación simple? -preguntó a gritos.
- ¿Es un andarín? -contestó otra voz cuyo dueño no se veía.
- Sí
- 2.000

Como mi racha no mejoraba, decidí pasar la tarde en la piscina. Ahí, por fin, acerté. El rato pasado allí, fue un auténtico placer. Chapotear en medio del calor compensa de tanto sudor, tanto sol y tanta sed. Me zambullía en el agua, una y otra vez, tratando de apurar esos momentos de relajación y plenitud sensual que proporciona sentirse rodeado del líquido elemento, como dicen en los documentales de TVE 2. No tengo interés en tomar el sol e intentar corregir el bronceado parcial de mi cuerpo: sólo cuello, brazos y piernas de mitad del muslo a los tobillos; el resto blanco. Semejante tipo de minucias carecen de relevancia ante lo importante: sumergirme en el

agua y aguantar bajo ella el máximo de tiempo posible, ya tendré tiempo de respirar mañana durante todo el camino.

Por la tarde, un camión, desproporcionado para las dimensiones de las calles del pueblo, sembraba una confusión acrecentada con por la carga que llevaba: una jaula con dos inmensos tigres. Una voz femenina repetía "Vengan al Circo París. Esta noche única sesión. Payasos, domadores, trapecistas... en el mayor circo del mundo, ahora aquí". La grabación se interrumpía para añadir, ya sin música y con otro tono de voz, "Junto a la piscina municipal".

Por la noche, los hombres estaban en los bares viendo el Real Madrid/ Inter de Milán; las mujeres y niños iban al circo. En la piscina, todas las chicas allí presentes discutían si llevar falda o vestido. Sólo había un acuerdo unánime: todas irían con plataformas.

Por la tarde fui a que me sellara el cura. Tras aguardarle durante un rato en la puerta de su casa, me hizo pasar. Me preguntó que si había estado en la misa. Ante mi negativa, me dijo que era una pena, pues en el sermón había instado sobre la necesidad de contar con un albergue en Cañaverál. Me refirió que hacía poco un matrimonio extranjero había tenido que dormir en la calle con una niña pequeña y que él no había podido hacer nada. Mientras me contaba esto, yo miraba la amplitud de la casa en la que vive, trataba de calcular mentalmente la anchura del pasillo y me daba espacio suficiente para acoger tres sacos de dormir, sin contar con el patio.

## JORNADA 18ª

1 de agosto. De Cañaverl a Galisteo.

Salgo a las siete y cuarto tras desayunar un café. Esta etapa apenas si tiene de carretera un kilómetro hasta la ermita de San Cristóbal. Por cierto, una vez allí, me percaté de que la fuente mencionada en la guía se ha secado. No me fijé si las azucenas estaban marchitas, como dice la canción; pero sí que desde allí el camino se vuelve verde. En efecto, a partir de ese lugar, el paisaje anuncia la entrada en dominio serrano, aunque se adviertan los efectos del desmonte y la repoblación. El entorno de la ermita y la subida al puerto de los Castaños están dominadas por eucaliptos y pinos, pero no he visto ningún ejemplar de castaño.

Poco después, en la zona alta del monte, con suelo de pizarra, la dehesa está muy poblada por alcornoques, la mayoría de los cuales han sido descorchados recientemente. También se ven bastantes jaras, pero ya sin flores; en sus hojas, con el sol, brilla el lédano que las protege de la transpiración y del que toma el apelativo de <<pringosa>>. En las zonas más calvas están presentes las aliagas, que los catalanes llaman genistas, después aparecen las encinas.

La ruta sigue las lindes de las grandes fincas en que se divide esta región. En ocasiones se trata de senderos entre dos alambradas, de lo que deduzco que son delimitaciones de vías pecuarias; en otras, no hay ningún elemento que lo delimite. Por lo demás, el trayecto va de portela en portela cruzando dehesas. A veces me desespero con la guía, que resulta demasiado escueta. Si, a la salida de una de ellas, las flechas dejan de lado el camino que se seguía, semejante cambio brusco de itinerario debería advertirse en sus indicaciones, pero nada de eso. Esas ausencias me han obligado a desandar varios centenares de metros. Cuando dejo de ver flechas, desconfío y me vuelvo. No quiero que me ocurra nuevamente lo de ayer. Con tanta cautela, avanzo despacio pero seguro.

Conforme me acerco a Galisteo, la sequedad del paisaje aumenta, sobre todo en el tramo de camino que sale de la carretera de Ríolobos para llegar a ese pueblo. Como ya apenas si me queda agua, debo subir a lo alto del cortijo que está a la entrada del camino. Una chica joven saca solícita una botella del frigorífico, pero apenas puedo beber; rellenar mi cantimplora, ni pensarlo. Está sola y la debo poner nerviosa: sólo sabe decir que su marido vendrá en cualquier momento. Le doy las gracias y bajo para continuar el camino. Me gustaría encontrar un lugar para descansar algunos minutos, pero no hay sombra alguna. Además he perdido el sombrero, que se ha debido soltar de la mochila. Por fortuna, se observan indicios del cambio que va a sobrevenir. Al principio, la presa; después, varios tramos de canales de riego con abundante agua. De repente, al bajar una colina, encuentro un mar verde regado artificialmente en el que, junto a los sembrados, pastan reses con total tranquilidad. El aire incluso me parece que está más fresco. Es un milagroso regalo en absoluto contraste con la sequedad que me ha venido persiguiendo desde que salí de Sevilla. El agua canalizada de la presa de Ríolobos y la industria del ser humano han operado esta conversión. Se plantan maíz, algunas gramíneas y también árboles frutales. Tuve ganas de bañarme en el canal o en alguno de los estanques que jalonan el camino, pero me contenté con refrescarme los pies. Incluso el universo sonoro se ha transformado de forma radical: a la monótona chicharra, le sucede el trino de muchísimos pájaros que revolotean en frondosos árboles. Creo experimentar la misma sensación que un beduino al llegar a un oasis, tras larga travesía por el desierto.

Mientras paseaba absorto por el espectáculo, tropecé literalmente con un bifaz (un auténtico instrumento lítico prehistórico). Con cierta precisión, podría definirse como un ejemplar cordiforme, realizado sobre una amplia lasca extraída de un canto rodado de cuarcita, con reserva de córtex en su extremo proximal. No lo pensé dos veces y, aunque no sea partidario de cargar con más peso, lo guardé en la mochila.

Conforme me acerco se divisa en lo alto de un cerro la villa de Galisteo, de la que sobresalen sus murallas que, al estar descubiertas, le dan un porte distinguido. Antes de subir y cruzarlas se pasa por un puente sobre el río Jerte de perfil en ángulo que recuerda su origen medieval.

Las recias murallas de la ciudad están hechas de cantos rodados trabados con cemento de cal y arena, reservando la piedra granítica para las partes más nobles de la edificación, esto es las jambas y arco de acceso a las puertas. Se conservan en bastante buen estado, aunque han sido restauradas de forma bastante agresiva con cemento. No sé si son almohades o cristianas, o ambas a la vez, que será lo más probable.

Cuando perdieron su función principal, se rodearon de casas bajas, tanto por el interior como el exterior, en ocasiones hasta el escarpe, como palpable señal de tiempos de paz duradera y cambios en las estrategias guerreras. Las intervenciones de restauración tienden a dejarlas limpias de estas construcciones, denominadas parásitas, creando un paseo por el perímetro exterior e interior, sin jardines, ni árboles, con un pavimento inhóspito de hormigón. Estas restauraciones certifican más que ninguna otra cosa, que las murallas han dejado de ser parte significativa de la forma urbana de la ciudad y han pasado a convertirse en patrimonio histórico, un <<convidado de piedra>> en la ciudad, cuyo principal fin es el reclamo turístico. La denominada Picota, la única torre que queda de un antiguo alcázar, actualmente está destinada a espacio de exposiciones. Esta adecuación de la parte baja contrasta con la superior, donde se ha instalado un depósito de agua, que afea enormemente el conjunto.

La plaza de la villa tiene soportales de piedra en uno de sus frentes, el resto es nuevo. El suelo es de granito, con líneas duras y pequeños arbolitos, inservibles para amortiguar el sol de justicia que debe caer a medio día. De los edificios que puedo ver en mi deambular buscando el refugio de peregrinos, el de mayor interés es sin duda su iglesia, de la que sobresale el ábside con su doble fila de esbeltos arcos ciegos.

He vuelto a pasar la tarde en la piscina. Es más cara que la de Cañaveral y con más cloro en el agua, pero la he disfrutado igual. Mirando en mi entorno, me entretengo en clasificar niños, jóvenes y mayores en razón de su obesidad. La línea comienza con los senos firmes, estómagos planos y espaldas anchas, en los jóvenes. La juventud termina cebándose para instalarse sobre los treinta y pocos, una vez casados, en una docena o más de kilos de exceso, que ya les acompañará el resto de sus vidas. Viendo sus caras y los pocos gestos afectivos que se dispensan las parejas, se me ocurre pensar que este desorden en el peso no sólo afecte a su salud, sino también a su vida sexual y que, en el fondo, esa renuncia no la lleven tan de buen grado como aparentan.

Galisteo tiene refugio para peregrinos denominado <<Refugio Vía de la Plata>>. Está situado en el bajo de un bloque de aspecto bastante feote; anteriormente fue una consulta médica. Todos los cuartos son ciegos, menos la pieza inicial usada como salón, donde están la puerta y una ventana, que permiten una iluminación natural. El dormitorio tiene dos literas con mantas. A pesar de sus deficiencias, es un logro que haya algo similar en la vía de la Plata. Para recibir las llaves del refugio es imprescindible llevar la credencial para que la sellen.

Dando una vuelta por la ciudad topé con un grupo de chicos forasteros que la veían con una improvisada guía local; me uní a ellos. Al final del recorrido le di a la chica el bifaz que recogí, con el ruego de que se lo hiciese llegar al concejal del Cultura, para que lo enviase al Museo Provincial de Cáceres.

Hay mucha vida en el pueblo. Se nota que durante el verano la población se triplica. Los mayores siguen sentándose a las puertas de sus casas y manteniendo conversaciones en corrillos con sus vecinos. Los jóvenes que estaban en la piscina se apiñan en torno a la música que sale del bar *Aquí mismo*. Novios formales, junto a casados, se sientan en las mesas de la terraza y hablan de coches y dinero, con el aire grave y categórico que les otorga la seriedad de su condición.

Mientras estoy escribiendo sentado en un banco de la plaza, algunas personas se acercan

curiosas con ánimo de establecer conversación. Siempre repito lo mismo: "voy peregrino a Santiago" o "estoy de peregrinación a Santiago". Si puedo evitarlo, no uso el verbo ser: no soy peregrino; es una circunstancia transitoria, aunque mientras dure sea como un estado. "Desde Sevilla a pie, vaya paliza". "En primavera se ven muchos extranjeros. Yo les doy un poco de conversación porque hablo algo de alemán, de cuando estuve allí en la emigración, ¿sabe usted?". Esas son las pocas variaciones sobre un mismo tema que oigo casi siempre.

## JORNADA 19ª

### 2 de agosto. De Galisteo a Carcaboso.

Esta etapa la he acortado, pues la prevista en la guía (hasta Aldeanueva del Camino) resulta demasiado larga con sus cuarenta y nueve kilómetros. Además, siento molestias al andar; debo estar haciendo una periostitis, lo que me sucede con frecuencia. Se impone tener algo de cautela si quiero llegar a Santiago. Cuando hice el camino francés, fui parte del trayecto cojeando y lo recuerdo como un auténtico infierno. Andar en ese estado terminó por agriarme el carácter; menos mal, que duró sólo unos días.

He salido temprano, traté de desayunar en Aldeanueva del Jerte, pero fue imposible. El bar no lo abren hasta las doce. Todo el camino es por carretera local, afortunadamente hay poco tráfico.

En Carcaboso, la parroquia dedicada a Santiago tiene un pórtico recogido, en forma de cuarto, ideal para pernoctar en caso de apuro. Fui al nuevo edificio que comparten Ayuntamiento y consultorio. El personal del Ayuntamiento está formado por dos o tres funcionarios, el alcalde y algunos municipales. Cuando entré para pedir albergue, todos se acercaron formando un círculo en torno a mí. Me explicaron que estaba previsto construir un albergue, pero de momento no tenían nada. Uno de los presentes era el director de la casa parroquial. Más experto en estas lides que el resto, me explicó que normalmente los peregrinos suelen hospedarse en un bar que tiene camas; para ducharse, nada. Ante mi insistencia de que con una simple goma me basta para darme una ducha, el alcalde, mudo hasta entonces, medió para decirme que fuese al polideportivo, allí tendría duchas y lugar techado para dormir.

El polideportivo es amplio y está relativamente limpio. Y todo para mí. No sé si por morbosidad o porque les atribuyo más orden e higiene que a nosotros, decidí pernoctar en el vestuario femenino. Al llegar no tuve ningún problema y me dieron las llaves sin recelo alguno.

Cada vez me resulta más evidente que la vía de la Plata es un empeño laico y que las facilidades encontradas por los peregrinos, tienen más que ver con el Estado asistencial, que con el interés de la Iglesia por fomentar algo que le supone más una carga que otra cosa. Es el Estado quien tiene un mayor convencimiento en este tema, por el rendimiento político que pueda sacar. A escala menor, la que afecta a los peregrinos de a pie o en bicicleta, toda la parafernalia institucional nos redunda en beneficio si deja algún tipo de instalación, que facilite la pernocta al final de una etapa. A este respecto, la vía de la Plata, por lo que llevo visto, presenta aún considerables lagunas. Normalmente son los ayuntamientos quienes disponen de mayores medios para ofrecer algún tipo de ayuda. No obstante, también hay algún instituto religioso de carácter benefactor (los Hermanos de María de Alcuéscar) que presta auxilio a los peregrinos. Hasta el momento, los más renuentes a hacerlo son los párrocos.

El alcalde me pidió la credencial para sellarla, ya que este favor sólo se hace a los peregrinos "debidamente documentados con la credencial; no vaya a ser que se nos cuele algún turista". Osea, la diferencia entre un turista y yo es que él debe pagar (no sé dónde porque aquí siquiera hay pensión) y yo no. Se supone que los peregrinos hacen esto no por placer, sino por un imperativo moral irrenunciable (la famosa y tradicional promesa), al que no tienen más remedio que someterse. Si estuviese haciendo una ruta senderista por el Jerte, tendría que dormir en la calle o irme de la ciudad. Si -peor aún- estuviese buscando trabajo, entonces pasaría directamente a engrosar el cómputo de los indigentes. Está claro que en España todavía la moral católica y la penitencia pública despiertan fervor. Preferiría pensar que del Estado de bienestar ha quedado una cierta conciencia difusa sobre la necesidad de ayudar a quien se encuentra en precariedad. Y que si estuviese de tránsito en busca de empleo, este alcalde me hubiese dejado igualmente el polideportivo.

Carcaboso es un pequeño pueblo que prácticamente ha sustituido su caserío tradicional por nuevas construcciones de dos plantas, sin mayores rasgos de personalidad. En este afán de renovación han dejado huérfana la plaza de España, lugar cuadrangular con piso de hormigón, más relacionado con el ensanche de una calle que con un lugar de encuentro y esparcimiento. Quizás debido a su fealdad han desaparecido de ella tanto la iglesia como el Ayuntamiento. Las flechas amarillas pasan junto a una casa parroquial que bien podría servir de albergue provisional para peregrinos. La piscina no ofrece mayor novedad salvo una balaustrada de cemento blanco, estilo imperio, en todo idéntica a los ejemplares que ornan los balcones de las casas más pretenciosas.

## JORNADA 20ª

### 3 de agosto. De Carcaboso a Aldeanueva del Camino.

Salí a las siete y cuarto y terminé los treinta y siete kilómetros de recorrido a las cuatro y media, aproximadamente. Las flechas se han comportado razonablemente bien, aunque quienes las hayan pintado siguen ahora un criterio distinto. La principal diferencia es su menor presencia. Si continúan un camino, lo marcan al principio y al final, con pocos puntos intermedios. Lógico, pero desconcertante cuando, acostumbrado a una mayor frecuencia, llevas varios kilómetros sin ver ninguna.

Conforme me alejo del Jerte, el verde del paisaje deja de nuevo paso al ocre y los árboles de ribera son sustituidos por encinas y alcornoques. Por cierto, pocas veces antes he visto ejemplares de alcornoques tan esbeltos y elegantes. Intento en vano asociar este cambio del paisaje y su vegetación al del tipo de suelo, pero no me resultan fáciles esas asociaciones dado mi nulo conocimiento de edafología. Echo de menos mi guía de vegetación mediterránea. Creo recordar un pasaje del libro de Cees Nooteboom en que menciona su costumbre de llevar siempre algún clásico griego o latino en edición bilingüe, entre otros textos que considera indispensables amigos de viaje. Sólo cuando se hacen viajes en coche, como acostumbra él, pueden tenerse semejantes caprichos. No me lo imagino cargando con varios libros en la mochila, entre ellos la edición bilingüe de la *Naturalis Historia* de Plinio. Ni a él ni a nadie. Yo, por mi parte, sólo llevo uno; cuando termino su lectura, lo envío a casa y compro otro. De momento, acabado el de Millás, estoy leyendo *El Peregrino*, de Paulo Coelho. Más allá de cuanto dice, me ha llamado la atención el hecho de que cuando me he encontrado caminando con alguna persona brasileña, casi siempre me ha comentado que una de las causas que la animó a volar tantos kilómetros para después realizar otros centenares a pie, fue la lectura de esta obra. Ningún libro sobre el camino de Santiago, creo que ni el propio Aymeric Picaud y su *Codex Calixtinus*, ha gozado de tal poder de convocatoria.

A poco de salir de Carcaboso el camino te obliga a elegir entre dos direcciones, la guía aconseja seguir recto, junto al río. Yo, en un alarde de confianza en mí mismo y para vencer esa sensación de inseguridad que me atenaza cuando me creo perdido, opto por el otro camino. El itinerario conduce por un campo adhesionado donde resultaría imposible orientarse si no fuese por las flechas amarillas. El uso continuado de este camino por el ganado transterminante (es decir, el que hace pequeños recorridos no forzosamente estacionales) ha descarnado el suelo terroso y emergen de él afloramientos rocosos del subsuelo que, por su forma, se asemejan a crestas y escamas de impresionantes monstruos subterráneos. Crucé campos cercados, cuyos límites debía saltar ante la inexistencia de portelas. En algunos casos, con indudable afán de colaborar, los propietarios han reforzado los linderos de piedra con alambres de espinos en los pasos que sirven para saltar de una finca a otra. Para saltar has de quitarte la mochila, tirarla por encima de la alambrada y después trepar por ella y saltar desde arriba. Mientras procuro no dejarme la piel entre los pinchos, devuelvo el favor que nos hacen a los peregrinos, acordándome de sus familias. A partir de la finca Venta Quemada, donde no parecía vivir nadie, el itinerario sigue por la cañada de la Plata, aunque ya no trashume ningún pastor, se camina con bastante comodidad por ella. Antes de llegar al arco de Cáparra, algunas casas dan cierto alivio, porque todo este tramo ha sido de una soledad casi monacal. El arco, se vislumbra unos centenares de metros antes de llegar. Si fuese más tarde, me hubiese quedado a dormir bajo él.

El arco de Cáparra es la representación clásica de la ruina romántica. Solo en un paisaje agreste, su mutilación aumenta aún más esa imagen. Junto a él unas excavaciones sin concluir han puesto a la luz parte de los edificios de área forense de la antigua ciudad. Es un lugar sorprendentemente muy visitado. Cuando llegué coincidí con una familia que estaba aparcando su

coche con intención de verlo; otra, acababa de irse. El cabeza de familia resultó ser un erudito onubense especializado en ermitas, que arrastraba a su mujer y dos hijas pequeñas en sus correrías investigadoras. Ahora estaba interesado en las advocaciones transmitidas a través de la vía de la Plata. Como favor personal, me pidió que anotase cuántas ermitas viese.

Una vez pasado el arco, el camino sigue la cañada, superpuesta a una vía romana de la que se distinguía el empedrado, que sus constructores denominaban *summa costra*. Al final de él se llega a una carretera de servicio larga y tediosa, porque no vive nadie en sus alrededores. Las únicas casas estaban abandonadas desde hace muchos años.

Llegué rendido a Aldeanueva, con la mala sensación que deja entrar en el pueblo atravesando sus pestilentes y humeantes vertederos incontrolados. Una vez dentro, una fuente tuvo la virtud de quitarme casi todos los males y las visiones desagradables. Con estos nuevos ojos, la localidad me pareció bonita, manteniendo en cierta forma su arquitectura tradicional con balcones volados. Son frecuentes los castaños y los frutales asoman curiosos por encima de las tapias de los huertos. En las tiendas de comestibles se pueden adquirir verduras y frutas de las huertas caseras. Compré unas manzanas que me supieron a gloria. Para buscar alojamiento esperé en el Ayuntamiento a que apareciese el alcalde. Es un chico joven y servicial que rápidamente me ofreció cuanta ayuda podía dispensarme. Me acompañó a la piscina para que me duchase. Antes me invitó a un par de cervezas, en el transcurso de las cuales estuvimos hablando de política municipal. Está lleno de ideas y proyectos que espero sea capaz de llevar a buen término. Como en la inmensa mayoría de los pueblos pequeños, su dedicación a la vida pública la comparte con su trabajo, aunque ahora no recuerdo cuál me dijo que era. Una vez duchado, me acompañó hasta la Casa de la Cultura (antiguo cuartel de la Guardia Civil, reciclado en salón multiusos), donde había montado un escenario, sobre el que se podía dormir perfectamente. El resto del local estaba vacío.

Al salir a visitar el pueblo me encontré, con sorpresa, a una pareja de peregrinos de Gijón, que iban a pie. Se llaman Alfonso y Teresa y comenzaron esta ruta en Mérida, durante la Semana Santa, llegando a Caracaboso. Esta misma mañana salieron de allí, después que yo. Pernoctaron donde me indicó el director de la casa parroquial. Al parecer un sitio infecto e incómodo. Todo el día de hoy habían ido detrás de mí. Sabían que alguien les precedía por las huellas frescas que observaban. Por su aspecto y equipo se advierte que son peregrinos expertos (después me enteré que habían hecho el camino francés dos veces). Rápidamente entablamos conversación sobre los tópicos habituales. Tras arreglarse, fuimos a cenar a un pequeño restaurante de carretera, donde nos había indicado el alcalde. Durante la cena me cuentan que mañana quieren ir a Hervás, para ver el barrio judío. Les propongo acompañarles y aceptan encantados. Después andaremos hasta Baños de Montemayor. Por la noche ha caído una tromba de agua corta pero intensa.

## JORNADA 21ª

### 4 de agosto. De Aldeanueva del Camino a Baños de Montemayor.

El día ha amanecido algo encapotado. Tras desayunar nos dirigimos a Hervás, que no está propiamente en el camino, pero la distancia que lo separa de Aldeanueva es corta (apenas cinco kilómetros) y la fama de esta localidad hace que merezca la pena esta desviación. Uno de los elementos más conocidos de Hervás es su barrio judío. Se trata de un conjunto urbano caracterizado por una organización no planificada, de raigambre musulmana, con calles estrechas y sinuosas que cortan los fríos vientos serranos y ofrecen en verano agradables sombras. El caserío es humilde pero se advierte que está realizado con mucho mimo; su estado de conservación es aceptable y aún es fiel a las técnicas constructivas tradicionales. Las casas aumentan su capacidad aislante protegiendo exteriormente las paredes con maderas y tejas. Los vuelos de los balcones se sujetan con pies derechos que apoyan directamente en la calle, lo que ofrece pórticos para refugio de viandantes. Quizás sea ésta una de las principales características de la estampa urbana. Las casas situadas fuera del este núcleo urbano tienen huertos destinados a la producción de verduras y legumbres para el autoconsumo. También son frecuentes las fuentes de caño continuo, sin grifos. Después de comer y probar los dulces típicos de Hervás, nos dirigimos a Baños de Montemayor.

Esta pequeña población presenta como aliciente la explotación de un conocido balneario, pero tiene la grave incomodidad de estar atravesada longitudinalmente por la CN-630. En la travesía no hay semáforos y sólo un paso de cebrá, con lo cual el tránsito de coches y camiones no sólo es continuo, sino peligroso por veloz. No obstante, se ve gente paseando arriba y abajo por la carretera nacional en albornoz, sin aparente mayor preocupación. Baños ha crecido en torno a la carretera, supongo que cuando era menos amenazante, pero ahora pide a gritos una desviación y que la travesía se convierta en un agradable paseo urbano. El balneario es el principal motor económico de la población; todo gira en torno a él. Apenas existen comercios que no sean tiendas de recuerdos y hoteles. La abundancia en la oferta hotelera parece haber dispensado al Ayuntamiento de atender a la pernocta de los peregrinos. El párroco sólo se preocupa por los indigentes; pero además, como tiene que atender a tres poblaciones más, apenas si se le puede pillar en la parroquia. Finalmente decidimos meternos en un hotel repleto de personas mayores, clientes del balneario.

El trato con Alfonso y Teresa es agradable. Uno de los principales alicientes del camino, para ellos, es conocer nueva gente. Están llenos de divertidas anécdotas sobre sujetos con los que han coincidido en otras ocasiones. Tras este día en que apenas nos hemos separado, mañana cada cual hará su propio camino; si nos concuerda nos veremos en Fuenterroble, pero no es seguro. En el camino, la amistad y la compañía se distinguen perfectamente.

## JORNADA 22ª

5 de agosto. De Baños de Montemayor a Fuenterroble.

El camino comienza por una calzada reconstruida hasta llegar a la CN-630, a la que se une para subir el puerto de Béjar. Este tramo resulta especialmente molesto y peligroso, debido al tránsito de camiones. Al llegar a la cima del puerto, junto a las flechas amarillas, aparecen trazos rojos y blancos de algún GR.

En la trasera de una casa, que resulta ser un bar (*Casa-Alberto*), se lee un rótulo "Se sellan credenciales". Fui a que me sellaran. La mujer que atendía la barra me ofreció un pin o una concha, al observar que no llevaba ningún símbolo jacobeo. No lo compré, tampoco consumí nada. Me molesta el uso de este tipo de reclamos para hacer negocio con los peregrinos. Es como los clásicos <<menús de peregrinos>> tan habituales en el camino francés. Después no tienen nada de ganga, ni tampoco están especialmente pensados para quienes hacemos el recorrido andando; es sólo un guiño para que entres en el sitio y consumas allí. Da igual que le llamasen <<menú de turista>> Ya nada es gratis. Recuerdo que al entrar en Logroño, me paró una anciana, Felisa de nombre, para sellarme la cartilla. Estaba sentada en una mesa junto a su casita, en el patio de la cual crecía una higuera. Como había gente que al pasar le pedía agua o algún higo, ella fue enterándose de esto de las peregrinaciones y decidió ofrecer el fruto de sus higueras y el agua de su pozo a un módico precio, a la vez que ofrecía poner un sello. En él, junto a la tradicional concha y cruz de Santiago, estaban unos higos y una jarra de agua; en la leyenda ponía: "Felisa: higos, agua y amor". Pero se le olvidó indicar el precio.

Crucé solo el límite provincial entre Cáceres y Salamanca. A partir de aquí Extremadura es polvo en los pies del peregrino. Ya queda menos para Santiago, según mis cálculos 521 km.

El camino baja por una vía romana auténtica, de la que aún se conserva buena parte de su empedrado. Al cruzar el puente <<Malena>>, me alcanzan Teresa y Alfonso. Desde aquí son abundantes los miliarios romanos, la mayoría de ellos anepigráficos; es decir, sin texto grabado. La guía comenta la existencia uno especialmente interesante. Anduve atento a verlo, pero no lo encontramos. Pasando junto a una casa, preguntamos por él. Lo habíamos dejado atrás sin advertirlo porque ya no está expuesto junto al camino, sino en el interior de una edificación. Decido volver a verlo; los de Gijón siguieron.

En el picadero *El Miliario Romero*, se encuentra este magnífico ejemplar, que al contrario de los demás, presenta un larguísimo epígrafe, que no me entretuve a descifrar ni a transcribir porque me hubiese llevado toda la mañana. Está situado dentro del patio de un establo que me admiró tanto como la pieza arqueológica, por la exquisitez y simpleza de su factura. Lástima que en lugar de ser por la mañana temprano, no fuese de noche: me habría quedado allí a pernoctar.

Al cruzarme con unos ciclistas de Sevilla que iban en dirección a Santiago, les pedí que hiciesen el favor de decirles a la pareja que encontrarían más adelante, que me esperasen en el bar del primer pueblo. Allí (en Calzada de Béjar) los encontré tomando un refresco. Con la mujer del bar estuvimos hablando sobre el número de peregrinos que pasaban. Recordaba la pareja de caballistas de Astorga, que se habían quedado allí a dormir. Conservaba un cenicero <<recuerdo de Astorga>> que le habían dado.

Paramos a comer en Valverde de Valdecasas. En el bar había nuevo cuño para caminantes a Santiago. Éste lleva la figura de un peregrino en actitud de avanzar. También tienen libro de notas. De allí recogí una de mi tierra:

"Un trianero  
de Sevilla salió  
en Valverde se paró

el trago se echó  
y a Compostela siguió."

A partir de aquí todo el camino es por carretera, sin mayor incidente que reseñar que el paso por un bosque de robles y castaños. Y por último entrar bruscamente en una planicie calva a un kilómetro de Fuenterroble.

En este pueblo se encuentra otro signo de lo que he venido en denominar <<afrancesamiento>> de la vía de la Plata. Se trata del sacerdote del lugar (Blas) y la casa parroquial que sirve de albergue. Me explico.

Uno de los factores que hizo triunfar al camino de Santiago asegurando su continuidad, fue la unificación en un mismo trayecto de peregrinaciones anteriores. De forma que la ruta a la tumba del Apóstol se convirtió en un rosario de cortas y continuas visitas a otros centros devocionarios preexistentes o creados aprovechando el paso de peregrinos. El *Códex Calixtinus* recoge con minuciosidad las existentes en el siglo XII.

Pues bien, algo de esto sigue ocurriendo en la actualidad. En el camino francés -por supuesto el más conocido y concurrido- han surgido determinados personajes que por el servicio prestado a los visitantes, normalmente en forma de alojamiento, a lo que unen ciertos aires de peculiaridad, han terminado por constituirse en imprescindibles lugares de pernocta, sobre todo para quienes aspiren a realizar la peregrinación como mandan los cánones inducidos por la ortodoxia emanada de las asociaciones de amigos del camino de Santiago. *El Jato*, Manjarín o Arroyo Sambol personifican lo que quiero decir. Miembros del estamento eclesiástico también se han sumado a este proceso. Los albergues de San Juan de Ortega y de Grañón, entre los que yo he estado, hacen al caso.

Fuenterroble busca instituirse en el primero de estos hitos en el decurso de la vía de la Plata. Sin embargo, entre ambas rutas hay diferencias. Mientras que los antes mencionados son un hecho consolidado de forma incontestable en el camino francés, en la vía de la Plata es una aspiración y ello requiere tenacidad, perseverancia y mucha iniciativa. Y aquí es donde entra la figura de este sacerdote, cuya impronta personal y capacidad emprendedora está convirtiendo a esta localidad en un referente de esta ruta. Cuando hablé con él se mostró siempre amable y servicial. Aunque esta conversación fue bastante entrecortada tuve la sensación de que era, en ocasiones, arrogante y de que le gustaba poco ser contrariado, pero en general me resultó un conversador bastante más ameno que el cura de Grañón, por ejemplo, que además pretendía que fuese a rezar tras la cena (lo que no conseguí, por cierto).

Blas ha convertido la casa parroquial en un albergue, al que le está añadiendo nuevos módulos construidos por él mismo con la ayuda de los hijos de miembros de la asociación. En torno a ella, ha montado un parque temático dedicado a la vía de la Plata. Consiste en unos paneles explicativos de la construcción de vías romanas, ilustrada por una reproducción a escala 1:1 de la sección de una de ellas, junto otros referidos a la función histórica desempeñada por la vía de la Plata. El montaje es pequeño pero gracioso y bien documentado. La casa parroquial tiene pintado un peregrino en actitud de avanzar, modelo del cuño que me han puesto desde que he cruzado el puerto de Béjar.

Dentro de sus actividades de promoción de este itinerario destaca su monumentalización. Antes de la cena, que iba a ser cabeza de jabalí, pero al estropearse el horno tuvimos que apañarnos con una suerte de ensaladilla rusa improvisada por Blas, nos contó cómo colocaron la enorme cruz que veríamos mañana en el punto más alto del camino, a imitación de la cruz do Ferro de Foncebadón. Subirla debió ser un esfuerzo ímprobo para los que lo hicieron, que él justificaba como señalización de que los peregrinos se encontraban, al pasar por ese lugar, a mitad del camino entre Sevilla y Santiago. Le objeté que mucha gente comenzaba en otro lugar, Mérida por ejemplo. "Para ellos, lo importante es que Santiago está más cerca". Dado el tono en que

contestó, juzgué más prudente cambiar de conversación.

También ha reeditado el libro de Salvador Llopis *Por Salamanca también pasa el Camino de la Plata*, editado en 1965, y que estaba agotado. Esta obra -de la que compré un ejemplar- resulta más interesante por las imágenes que ofrece de una Salamanca rural, donde los caminos arrieros mantenían su función de comunicación, que aún no había eclipsado la alquitranada carretera nacional, y el incipiente desarrollo de la automoción, que por su contenido histórico, que para entonces ya era de rancio sabor a erudición local.

En fin, empresas todas loables y que a buen seguro le permitirán alcanzar el objetivo de promocionar esta ruta jacobea, a la par que Fuenterroble se consagra como parada obligada en ella. Lo cual también repercutirá favorablemente en la población. Con toda probabilidad el carácter resolutivo de esta persona haya sido la fuerza motriz capaz de conseguir los últimos beneficios llegados a este perdido rincón del mundo. No me extrañaría que la gente estuviese muy contenta con él.

Esta noche han llegado dos chicos que vienen andando, uno desde Mérida y otro desde Cáceres. El primero ya lo ha hecho otra vez, pertenece a una asociación catalana de Amigos del Camino y tiene conocidos comunes con Blas.

De madrugada se desató una tormenta con aparato eléctrico realmente asombrosa. Llovió con fuerza, lo que nos dio lugar a comprobar las numerosas goteras que había en las buhardillas donde dormíamos. Sobre las cuatro todos estábamos en danza, procurando buscar un sitio seco donde seguir descansando.

De Fuenterroble comenta Salvador Llopis en su libro antes citado:

“Fuenterrobles, nombre de eufonía recia, mantiene el carácter jacobeo. Por el sitio llamado <<los barro coloraos>>, descendía la calzada romana, hoy convertida en camino muerto surcado por carrilones. Es un paraje amplio a la vera de la Sierra de Tonda, no lejos de la Calzada, todavía existe la Fuente de Santiago, según tradición servía para saciar su sed los caminantes. En la proximidad en otro tiempo, hubo una ermita dedicada al culto de Santiago. En unos peñascales se descubre el quicio de una cruz también desaparecida. El sitio invita al recuerdo y por el valor espiritual que encierra debiera recobrar el aspecto prístino, sereno y de recogimiento.”

En cierta forma, Blas está llevando a término este deseo.

## JORNADA 23ª

6 de agosto. De Fuenterroble de Salvatierra a San Pedro de Rozados.

Salgo con los de Gijón un poco tarde, tras desayunar. El tiempo amenaza con lluvia. El inicio de la etapa es llana, a través de campos de triguales. Subimos al Pico de las Dueñas, donde se encuentra la famosa cruz, desde hace dos o tres años. Para lo cual es preciso dar un rodeo gratuito. Según explicó ayer Blas, es el punto medio entre Sevilla y Santiago y el más alto del camino. Sin embargo, como ya he dicho, creo que su función es la de cualificación simbólica de este itinerario de nueva creación, remedando aquellos hitos célebres en el camino francés. Como en la cruz do Ferro de Foncebadón, aquí también se aconseja echar una piedra o incluso, como el propio Blas propone, ayudar a esculpir la cara en relieve del mismísimo Santiago apóstol. Ignoro si hay muchas personas que se dediquen a golpear en la dura roca siguiendo los trazos pintados en spray amarillo de las facciones del hijo mayor del Zebedeo; nosotros, desde luego, no.

La novedad de esta nueva ruta lo confirma que, según Salvador Llopis en su libro sobre los caminos de Santiago en la provincia de Salamanca, el camino original pasaba por Frades de la Sierra, para ir desde allí a Calzadilla de Mendigos, sin necesidad de subir hasta esta altura.

A partir del Pico de las Dueñas se inicia una bajada cuyo punto final es Salamanca. El paisaje está adhesionado y son frecuentes los toros de lidia. Al llegar al cortijo de Calzadilla, donde ya no queda ninguno de los vestigios de la calzada a los que se refiere Salvador Llopis en su libro, algunos hombres estaban preparando y marcando ejemplares jóvenes de reses bravas para su venta. Paramos a comer allí. En ese momento comenzó a llover, por fortuna estábamos a cobijo. Cuando escampó continuamos la marcha hasta San Pedro.

Al llegar a esta localidad, los ciclistas peregrinos con los que nos habíamos cruzado durante el día estaban concentrados en el bar *Moreno*, donde dice la guía que te procuran alojamiento. Nosotros también nos unimos al grupo.

Esperamos un rato a que dejase de llover, pues a dos kilómetros del pueblo comenzó a chispear de nuevo. Un chico nos acompañó al albergue. Se trata de un mísero cuartucho junto al colegio, de apenas cuatro metros cuadrados. En su interior hay una colchoneta inmundada y una estantería con restos de latas de comida abiertas y no apuradas (leche, bolsitas de té...). El lugar está sucio y lleno de humedad. Para colmo, anejo a él se encuentra un servicio, con un váter y lavabo, que conserva las huellas de los veinticinco o treinta últimos usuarios. Ante nuestras quejas, el chaval fue a pedir a su madre (dueña del *Moreno*), las llaves del pabellón grande. Pero vino con la respuesta de que si no queríamos dormir allí deberíamos ir a la casa rural, chalet de alquiler que le pertenecen a ella y cuyo precio eran dos mil pesetas por persona. Lo más cínico de esta historia es que la dueña del bar, nos recibió con una sonrisa seráfica, nos puso un sello muy historiado y no se privó de decirnos que pertenecía a la Asociación de Amigos del Camino de Santiago y que ella había alguna vez sido peregrina, como nosotros lo éramos entonces. Pero estas experiencias compartidas no parecían suficientes para entrar en conflicto con el negocio.

Mientras nos conducía a ver la casa rural, se disculpó del estado en que se encontraba el salón del grupo escolar que hacía las veces de albergue. Por supuesto, a ella le dolía la boca de pedir al municipio que lo adecentase, pero nada. Entonces nos omitió que, según se desprende de la guía y de una carta de agradecimiento de la Asociación de amigos de la Vía de la Plata de Sevilla, que encontramos fotocopiada en el bar, el alguacil (ese <<ángel del camino>> que dice la guía -que por cierto no vimos-) ofrece una habitación en el hogar del jubilado, junto al Ayuntamiento. Todos decidieron quedarse en el chalet, pero yo me negué a semejante abuso: me pareció un chantaje. Le pedí simplemente que me dejara ducharme con la manguera que había para regar el jardín de la casa rural. Se negó, enviándome a la piscina.

Estaba dispuesto a dormir en el soportal del patio del grupo escolar. En el cuchitril era

imposible, pero al aire libre, resguardado de la lluvia, no me importaba. Cuando se fue la mujer, Alfonso y Teresa me dijeron que durmiese en el salón, junto al cuarto que ocupaban ellos y que me duchase en el cuarto de baño contiguo a su dormitorio. Agradecí su sincera generosidad, pero sobre todo disfrutaba pensando que estábamos burlando a esta señora. Nos molestaba que, por un lado, fuese de una asociación de amigos del camino y, por otra, no le importase aprovecharse de nuestra condición de transeúntes. Ha visto el filón de las peregrinaciones y pretende sacar ganancia a toda costa.

Este trato, despectivo y mercantil prestado al común de los peregrinos, difiere notablemente de la cortesía que guarda para los viajes organizados por las asociaciones. En esos casos mantiene las apariencias; les recibe con una copa de vino español, les acompaña y, por último, de vuelta les despide el autobús en la plaza del pueblo. Eso, al menos, es lo que se desprende de una almibarada carta de agradecimiento de la asociación sevillana de Amigos de la vía de la Plata. La carta me indignó de forma superlativa. Me alegré de no pertenecer a ese tipo de asociaciones. Prefiero ir por libre, aunque ello suponga ser presa del lado más mezquino de muchas personas.

## JORNADA 24ª

7 de agosto. De San Pedro de Rozados a Salamanca.

He vuelto a salir pronto, sobre las siete y cuarto. Quería llegar a Salamanca con tiempo para descargar unos cuantos kilos de la mochila y enviarlos a Sevilla. El camino lo he hecho en solitario. Santiago y Carlos, los dos compañeros de Barcelona y de Madrid que encontré en Fuenterroble y a los que sólo había visto después en las poblaciones de fin de etapa, me seguían como a un par de kilómetros.

El paisaje era suavemente acolinado, lo que me ha hecho subir y bajar de forma continua. En ocasiones, vacas sueltas con sus becerritos ocupaban el camino, impidiéndome proseguir. Una de ellas me miró fijamente y realmente me entró un poco de <<jindama>>, pues a pesar de la inexpresividad de su cara, tenía la sensación de que no le caía bien que pasase tan cerca de ellos. Desde la altura de Miranda de Azán, por la que no se pasa, los pocos rastros que quedan de dehesa dejan paso a los cultivos de secano.

Llegué a Salamanca sobre las once y media, con tiempo para hacer cuanto necesitaba. Al final sólo envíe dos kilos y medio, pero se han notado.

Busqué para dormir esa noche una pensión que estuviese situada en la zona céntrica. Me metí en la primera que encontré, en un bloque antiguo, ocupando toda la segunda planta. Era cutre, pero suficiente para ducharme y pasar la noche. El propietario me miraba con recelo y sólo se quedó tranquilo cuando le pagué por adelantado. Había quedado con Alfonso y Teresa en la Casa de las Conchas a las tres de la tarde. En torno a las dos comenzó a llover copiosamente, imaginé que no vendrían pero a las cuatro y poco aparecieron, había encontrado acomodo en el albergue juvenil, por la descripción bastante mejor que mi pensión. Giramos visita a la zona monumental; los tres ya habíamos estado allí en otras ocasiones y hacia nuestra estancias previas se encauzó la conversación. A media tarde nos despedimos. Ellos tenían ganas de estar solos.

En nuestro paseo nos encontramos con los otros dos peregrinos. Carlos se volvía a casa; el otro continuaba a pesar de tener los pies hinchados y con ampollas.

Una vez solo, me senté en el suelo de la plaza Mayor para tomar el sol, pues la tarde se había abierto y lucía un sol espléndido que calentaba pero no quemaba en absoluto. Ignoro si todos los novios que se casan van a la plaza Mayor a fotografiarse; pero en el par de horas escaso que estuve allí, pude ver al menos a trece parejas.

## JORNADA 25ª

### 8 de agosto. De Salamanca al Cubo de la Tierra del Vino.

Contra lo que venía teniendo por norma, me levanté tarde, a las ocho y media (y eso que la cama no presagiaba un feliz descanso). Me encontré mientras desayunaba con los asturianos y decidimos partir juntos. Esta etapa ha sido larga y fatigosa, con más de veinticinco kilómetros de carretera que no están suficientemente especificados en la guía. Tampoco está bien balizado el itinerario, aunque esa responsabilidad cabe atribuírsela a las modificaciones producidas por las concentraciones parcelarias.

El día abrió con sol y nubes, pero conforme íbamos caminando se fue cerrando. De las dos primeras tormentas pudimos guarecernos en improvisados refugios; la tercera nos pilló en plena carretera. Ante la imposibilidad de evitar tal adversidad, nos pusimos los chubasqueros y seguimos andando. Los camiones al pasar arremolinaban todo el agua caída en el asfalto a nuestro alrededor, lo que hacía más incómodo nuestro avance, pero nada de eso nos arredró. Llegado un momento, a los asturianos, que venían tras de mí, los paró una furgoneta del País-Aguilar que estaban preparando una guía de la ruta de la Plata. Querían saber sus impresiones: cómo era el camino por esa zona y si se podía transitar en el coche que llevaban. Tras anotar todas las respuestas, les hicieron unas fotos con sus ponchos de lluvia, mientras andaban bajo la tormenta. En *La Ruta de la Plata a pie y en bicicleta*, se les ve. Yo había encontrado refugio unos cientos de metros más adelante, en una caseta junto a una báscula para camiones y no me inmortalizaron en la foto. De la cuarta tromba de agua, también pudimos escapar, pues comenzó a apretar cuando llegamos al Cubo.

Sin embargo, el día de hoy no ha estado presidido por la lluvia, sino por la muerte de animales. Tras andar no sé cuántos kilómetros por caminos terreros de todo tipo viéndolos vivos, en éstos que he hecho por carretera, los he visto aplastados contra el asfalto. Al menos he contado cuatro aves de tamaño respetable y dos serpientes. El remate ha sido en el Cubo, que celebraban la festividad de Santo Domingo con la lidia de un novillo, que terminó descabellado. No fui a ver semejante brutalidad, pero por la tarde, me topé con el tractor que arrastraba al pobre animal, mientras los novilleros festejaban la faena con los trajes perdidos de barro, brindando con ademanes de cantantes ante la concurrencia.

El albergue es una escuela frente a la casa de la alcaldesa, con servicios, pero sin ducha. Los asturianos han optado por una señora que alquila habitaciones. Le pregunté cuánto pedía por dejarme duchar, me contestó que seiscientas. Vi el cuarto de baño y preferí quedarme como estaba. Mientras comentaba esto con Santiago (uno de los chicos que conocí en Fuenterroble y que había llegado al Cubo antes que nosotros, instalándose en el albergue) y si era normal o no que se aprovecharan de los peregrinos, llegó la alcaldesa. Rápidamente le pedí una goma de regar y me duché en el huertecito trasero de su casa. Agua fría (lo que no es baladí, pues aunque estemos en agosto hace un frío que pela), pero estupenda y sin riesgos de coger algo inenarrable. La ropa está tendida bajo techado, pero no creo que con tanta lluvia vaya a secarse. El resto de la tarde lo paso con Santiago; los de Gijón han preferido descansar en la pensión.

Para cenar, Santiago pide huevos fritos. Le gustan con <<puntillitas>>, pero no le va a ser posible. No hay manera de encontrarlos en ninguno de los dos bares con que cuenta esta localidad. Tiene mala suerte porque lleva añorándolos desde que salió de Mérida y aún no ha conseguido probarlos. A veces porque hay mucha gente; otras, porque está la dueña sola o porque el camarero no saber hacer comida... en el Cubo porque la gente en los bares bebe, pero no come, con lo cual no hay cocina.

A pesar de esta anécdota y de la gracia con la que cuenta sus cuitas, Santiago es persona de pocas palabras y su hablar es un tanto entrecortado, sin acento catalán perceptible, a pesar de ser

oriundo de Barcelona. Sobre el camino, es de natural conformista (por ejemplo, no le da mayor importancia a que se aprovechen de nuestra condición de peregrinos) y, como buen asociado, piensa que la intervención estatal es nefasta. A este respecto siempre le doy la razón, aunque mi punto de vista no coincida con el suyo en cuanto a la bondad exenta de dudas de todos los <<santones>> del camino.

La promoción que se hace del camino de Santiago, usa de los peregrinos a pie para hacer fotos de carteles por parajes casi idílicos, pero, más allá de eso, es poco lo que puede esperarse de los xacobeos. El gran interés, es el negocio generado por la visita multitudinaria y el consumo que genera. Eso está pensado para quienes se desplazan en coche o autocar. A la intervención estatal lo único que le interesa es la espectacularización de un fenómeno como éste que, hasta hace bien poco, estaba restringido a pequeños grupos de personas. Las asociaciones pertenecen a un mundo no mercantilizado, que rehuye las muchedumbres y prima la peregrinación a pie o en bicicleta, pero no la masificación. Por ello cuida que los caminos estén convenientemente señalizados o que pueda pernoctarse al final de cada etapa. Las administraciones públicas tratan de convertir a los peregrinos en turistas, con toda la carga de consumismo y degradación que conlleva semejante transformación. El folclore de las asociaciones, que no comparto, es con respecto a esto un mal menor.

## JORNADA 26ª

9 de agosto. Del Cubo de la Tierra del Vino a Zamora.

He salido de mañana con Santiago, sin probar bocado. La noche había sido algo angustiada debido al penetrante olor que tiene la crema usada por él para los pies, que por cierto tienen unas varices notables, con venas del grosor de un dedo. Además, la parranda festivalera duró hasta bastante entrada la noche.

Al salir andaba cojeando un poco, pero tras un par de kilómetros se embolsó hasta aventajarme casi un kilómetro de distancia. No obstante, consciente quizás de mi propensión a perderme -que yo mismo le he contado-, en los cruces que consideraba difíciles me esperaba hasta cerciorarse de que veía el camino que seguía. He calculado que en cada paso me saca aproximadamente diez centímetros de ventaja. Tiene un andar muy vivo y, aunque sea algo defectuoso a causa de los problemas de circulación, lo hace con cierto aire marcial, efecto que aumenta la gorra y los pantalones paramilitares que lleva.

Me contó que había hecho dos veces el camino francés, desde Roncesvalles y Somport, y en tres ocasiones desde Gijón. Además ésta era la segunda vez que lo hacía desde Mérida. Es un adicto al camino, no sé que le pasaría si un día tuviese que dejar de caminar.

Le gusta llevar un podómetro para hacer un cálculo personal de las distancias, le da más fiabilidad que las estimaciones hechas por otros. Lo que lleva de camino le hace pensar que las distancias que aparecen en la guía de la asociación sevillana -la misma que llevo yo- son mayores que las reales. En el camino francés también usé un artilugio de ese tipo. Mi idea era saber cuántos pasos había entre St. Jean de Pied de Port y Santiago. Cuando comencé la andadura me olvidé de que lo había traído. Lo encontré días más tarde, cuando deshice mi mochila en Pamplona para enviar la ropa sobrante. Para entonces tenía pocas ganas de andar con monsergas y también lo facturé para Sevilla. La verdad es que si bien resulta esencial tener una orientación sobre los kilómetros de una etapa, o no se puede evitar preguntar a los naturales cuántos faltan para llegar a tal o cual sitio, nunca he tenido una especial curiosidad por saber con exactitud lo que he andado. Santiago opina que, para personas como yo -esto es, con especial propensión a perderse- el podómetro puede servir de guía para chequear si vas o no por buen camino, pero yo no estoy tan seguro. Ese artefacto se basa en contar los golpes que recibe entendiendo que son pasos y después multiplicarlos por una unidad en centímetros, asignada a la longitud estimada de cada paso. Nadie, ni siquiera él, tiene los pasos tan regulares, entre otras cosas porque el terreno cambia: no es lo mismo subir que bajar una cuesta, andar por un terreno fangoso que hacerlo por otro seco. Al final, el cómputo de kilómetros resulta tan aproximado como los cálculos que puedas hacer por otros medios.

La primera parte del camino ha sido magnífica, a través de un paisaje arbolado, aunque no exactamente adhesionado, paralelo a una vía de tren. La luz de la mañana y la ausencia de calor hacen que esta marcha sea un paseo, a pesar del trote de Santiago.

Nuestra primera parada fue en el bar de la familia Jambrina, donde llegamos antes de abrir. Al preguntarnos qué deseábamos para desayunar, Santiago dijo sin mucho entusiasmo

- Yo le digo lo que quiero y usted verá si puede darnos eso.
- ¿De qué se trata? -inquirió con sorpresa una de las Jambrina, parando el meneo de la fregona.
- Dos huevos fritos con jamón.
- Y algo de vino -agregué yo.
- Eso está hecho -dijo con resolución la señora.

No sabría cómo ponderar el efecto salúfero de ese desayuno, tan simple, pero exquisito, al

que le siguió un café y una copa de orujo de hierbas, por cuenta de la casa. Mientras devorábamos las viandas, la señora -satisfecha de las ganas con que lo hacíamos- nos contó lo preocupada que estaba con *Lupo* y *Tambor*, sus perros. A uno de sus hermanos le habían envenenado uno y ella misma había perdido otro, no hacía mucho. Pero nadie sabía en Villanueva de Capeán quién podía albergar tan malos sentimientos hacía los canes. Conscientes de la gravedad de la conversación, sus perros la miraban sin perder detalle de cuanto decía su ama, esperando oír de sus labios la certeza de que ellos estarían a salvo de semejante energúmeno.

Tras el desayuno, nos presentó el libro de anotaciones. No pudimos negarnos a dejar escrito algo. Santiago no estaba muy inspirado y me pasó a mí el lápiz. No sabía qué decir, no soy muy dado a este tipo de ritos. Lo único que se me ocurrió fue elogiar los huevos fritos con jamón. A la señora Jambrina le pareció adecuado. Satisfecha, sonrió; nosotros también.

A partir de este pueblo se toman diversos caminos de concentración que nos obliga a dar quiebros en ángulo recto. Antes de llegar a Zamora, al alcanzar a un señor que paseaba, éste nos abordó con ánimo de que entablásemos conversación. Pronto supimos que su principal cometido castrense había sido preparar la peregrinación a pie del regimiento en el que sirvió desde Zamora a Santiago, hacía ya más de veinte años. Por el entusiasmo con el que contaba los detalles intrascendentes y las felicitaciones que recibió del coronel, se adivinaba que guardaba esa anécdota como oro en paño.

Desde que se divisa Zamora hasta que se llega, pasan al menos dos horas de caminata. Antes de llegar a ella, debe cruzarse el Duero, ese río tan machadiano.

La pensión recomendada en la guía ha cambiado de propietario. Ahora pertenece a un francés con la mano llena de anillos, que nos hacía un precio de peregrino especial de 5.000 pts. Al final hemos dado con una fonda, donde también sirven comidas, regentada por una familia de gallegos que nos llevan la mitad.

Como venía Laura desde Sevilla no me he quedado a comer, pero los garbanzos con bacalao que observaba de reojo a uno de los comensales, tenían apariencia de estar riquísimos. Tras recogerla de la parada de autobuses, hemos salido a ver Zamora, en el trayecto nos ha caído un fuerte aguacero. No obstante, mientras comemos en un restaurante veo al inefable Montesdeoca anunciar en el telediario que mejorará el tiempo. Casi no recordaba Zamora de la última vez que estuve aquí. Me ha dejado buen sabor su caserío no especialmente machacado por las modernas edificaciones; la catedral con esa cubierta que asemeja la piel de un saurio extinguido y la abundancia de iglesias románicas distribuidas en el interior de la ciudad.

Tras un paseo largo, vamos a la fonda para cenar. Allí nos hemos reunido con Santiago. No lo he pensado dos veces y he pedido los garbanzos con bacalao. Afortunadamente quedaban y, tal como me parecía, eran una bendición. Durante la cena Santiago contó que tenía una estupenda colección de libros sobre el camino de Santiago. Recomendó que leyésemos los publicados en los sesenta, que eran, a su gusto, los mejores. Seguía atacando de forma visceral la intervención del Estado en las cuestiones del camino y, sobre todo, mostraba gran estima por personas como Blas, el sacerdote de Fuenterroble, a quien además apreciaba personalmente.

Nuevamente, le estuve explicando que para mí, que coincido en su rechazo por la ingerencia estatal, lo más importante del camino eran los caminantes, abrirte a la gente que encuentras, compartir vivencias y opiniones. Esta experiencia, junto al desarrollo personal y al sano ejercicio de tolerancia que comportan, hace que el camino de Santiago recupere su dimensión política originaria, al comienzo de un nuevo milenio. Romper las fronteras del individualismo atroz y egoísta en el que nos desenvolvemos en las ciudades, para descubrir que tenemos intereses comunes, puntos de vista análogos o no, pero que somos capaces de conversar, de explicarnos y de escuchar, no sólo en nuestro habitual círculo de amigos, sino con gentes con las que coincidimos por espacio de unos días o sólo unas horas, dan al camino de Santiago una fuerza asombrosa, por encima de los intentos de manipulación del Estado, la Iglesia o, más

modestamente, de las asociaciones que se sienten poseedoras del tarro de las esencias sobre la pureza en el peregrinar, aunque valore los esfuerzos desinteresados que hacen por mantenerlo vivo. Para él, de natural bastante reservado, la gente le suele molestar Por eso elige caminos poco transitados, como éste o los que parten de Gijón. Sólo se encuentra a sus anchas cuando está en compañía de personas que conoce, normalmente de asociaciones.

- Pero a nosotros no nos conocías de nada...

- Bueno, tampoco soy un bicho tan raro. De vez en cuando hago excepciones –dijo riéndose.

## JORNADA 27ª

10 de agosto. De Zamora a Montamarta.

Comenzamos con etapas cortas para que Laura pueda adaptarse a caminar. Esto ha significado que Santiago ya no nos acompañará. No tiene prisa, pero necesita tramos largos para desfogar su andar vivo. Además, nosotros seguiremos por Sanabria y él quiere llegar a Astorga. Así que ni siquiera se lo planteo, antes de irnos a dormir nos despedimos hasta otra ocasión en que quizás coincidamos por algún camino. No hemos estado mucho tiempo juntos, pero le echaré de menos, me agradaba su compañía.

Por vez primera en muchas etapas del camino, he podido comprar buen pan, hecho en horno de leña para llevarlo en la mochila. Esto no es baladí, porque el pan blanco de tipo baguette -el más habitual- se seca en seguida y apenas si aguanta comestible un día. Por contra, éste seguirá estándolo durante varios.

La ruta se inicia por carretera, para continuar por un camino terrero. Un pastor nos informó de que la cañada seguía derecha hasta Montamarta, dando un ligero rodeo. Pero ahora las flechas amarillas usan los caminos producto de la concentración parcelaria, obligando al caminante a torcer en ángulo recto con mucha frecuencia. Decía no entender por qué se le seguían llamando camino de Santiago, si era completamente nuevo. Se notaba que no le gustaba esta nueva reordenación que, con toda probabilidad, había cambiado sus hábitos de pastoreo con el ganado. Al pasar junto a él, tras saludarle, comentó "mal terreno para andar" y a partir de ahí, comenzamos una animada charla en la que nos contó lo que acabo de resumir, arropado de más de 25 años dedicado al pastoreo. "Una vida dura, una vida muy dura y llena de sacrificios; no me extraña que la juventud ya no la quiera. Ahora no encuentras a nadie que quiera sacarlas -refiriéndose a las ovejas- ni un día siquiera".

Por esta zona, que denominan Tierra del Pan, las casas tradicionales tienen zócalos de piedra y paredes de adobe; materiales que da la tierra y que han servido para construir viviendas desde la más remota antigüedad. En Roales de Pan, entablamos conversación con una señora que nos explicó cómo se hacía el adobe en las adoberas (cajones de madera que servían para darle forma, antes de secarlos al sol). Ella y su marido participaron activamente en esa tarea durante la construcción de su casa. "Ahora se compran ladrillos, pero antes no. Yo hacía adobes mientras él los colocaba", dice mirando con orgullo su casa de una sola planta, pocos huecos al exterior y pintada de blanco con jambas gris azulado. Además estaba embarazada de su primer hijo. "Eso no lo hace ahora nadie", concluye.

Desde que se ve Montamarta hasta que pisamos sus calles pasó una hora de continuo caminar. El tramo nos resultó un tanto agónico porque se nos hizo eterno y creíamos creer que nunca terminaría. Cuando por fin llegamos fuimos conducidos por la hija del alcalde a una casa en la que se da albergue a los peregrinos. Es una casa normal y corriente, de la que ignoro por qué motivos sirve para este propósito. Las piezas principales están en buen estado, aunque huerto, corral y trastero necesitan de evidentes mejoras. El interior, semi amueblado con las pertenencias de la familia que debió habitarla, trasluce la humildad de la vida campesina. Supone un estupendo remanso de paz donde poder descansar. Limpiándola y adecuándola un poco, no me importaría pasar un verano allí; durante el invierno debe ser otro cantar.

Mientras nos acercábamos a ella, vino tras nosotros un señor con evidentes signos de trastorno síquico. Al pararnos se contentó con saber si Sevilla era un pueblo cercano a Don Benito; después preguntó con mucha cortesía si él también podía ir a Santiago. Por un momento pensé (y en cierta forma temí) que se pegase a nosotros durante unos días. Pero se fue ante la negativa de la hija del alcalde a darle cobijo en el refugio y se conformó con un poco de comida. Estuve tentado de darle dinero, que suele ser el modo habitual de calmar nuestra mala conciencia.

Supongo que él, con su carta de recomendación de Cáritas, también es peregrino y tendrá derecho a todos los beneficios derivados de tal condición. En la Edad Media, muchos de quienes emprendieron el camino eran enfermos y tullidos e incluso el término peregrino era sinónimo de pobre, pero a los peregrinos posmodernos, vestidos con ropas compradas en tiendas de aventura o viajes, este tipo de situaciones nos incomodan y hacemos lo posible por quitarnos de en medio elegantemente.

Durante la siesta llamaron a la puerta, eran unos ciclistas granadinos. Venían desde allí ya que, según parece, la ruta está casi preparada entre esta ciudad y Mérida, a falta de un pequeño tramo en Córdoba.

Coincidimos todos para preparar una cena en la cocina, ésta tiene necesariamente que ser fría pues la hornilla es de las antiguas, de carbón y no hay manera de guisar nada. Uno de los ciclistas comentaba, viendo la cocina, que le recordaba la de su abuela, cuando él era pequeño. “Cuántos tazones de leche migada con pan se habrán calentado aquí”, exclamó sin explicar qué tenía de especial ésa y no otra cualquier comida.

Mientras cenábamos también se presentó un chico de Madrid con una pequeña mochila, decía venir de Zamora. Contó que, en otra ocasión, había hecho el camino desde Roncesvalles a Santiago, a una media de cincuenta kilómetros/día y que había tardado *sólo* tres meses. Mientras narraba sus hazañas, los demás nos miramos con cierta complicidad: a esa velocidad se llegaría en algo más de dos semanas. Además hace falta ser un auténtico atleta para resistir semejante ritmo y él no tenía ese perfil. No obstante, nadie le hizo ver que no nos tragábamos su farol. Me da la sensación de que lo único que busca es diversión y, cuando considere que lleva bastante tiempo fuera de Madrid, volverá. Sin embargo, creo que no es ésta la ruta más adecuada para eso. Le aconsejamos con la mayor de las prudencias para no herir sus sentimientos que tomase un autobús y llegase a Astorga, para seguir por el camino francés.

## JORNADA 28ª

### 11 de agosto. De Montamarta a Granja de Moreruela.

Salimos algo tarde porque nos quedamos a ordenar y barrer la casa. Los ciclistas granadinos nos ayudaron, el de Madrid seguía durmiendo. El camino continúa por pistas de recorrido angular, producto de las concentraciones parcelarias. De momento, todo iba bien hasta el cruce de las carreteras nacionales 630 y 525. A partir de ahí se sigue en dirección al embalse de Ricobayo, formado por el Esla. El tramo paralelo a la cola del pantano está muy mal señalizado. Las flechas antiguas están borradas; otras nuevas indican el inicio de un camino, pero no resuelven las dudas ante los cruces. El caso es que bajamos hasta el nivel del agua y hubimos de dar un rodeo enorme. Cuando llegamos a Fontanilla de Castro, donde nos indicaron el camino correcto, paralelo a la carretera nacional, llevábamos más de dos horas de retraso con respecto del horario programado; eso supone andar inútilmente casi diez kilómetros. Desde allí, la ruta sigue la carretera con lo que es casi imposible volver a perderse.

Ese día la noticia en la prensa era un eclipse parcial de sol, pero nosotros no pudimos verlo a causa del encapotamiento del cielo.

A la llegada, por casualidad fuimos a preguntar a la persona más indicada para resolver nuestras dudas: Ignacio. Peregrino que había balizado la ruta entre Granja y Tábara. Desconocía quién lo había hecho hasta llegar allí, pero sabía de la confusión existente entre los dos tipos de señales.

Ignacio nos enseñó dónde sellar. Era un bar en el que también pudimos comer un plato combinado, aunque ya habían cerrado la cocina. Tras descansar un rato, apareció con dos bicicletas para que fuésemos al monasterio de Moreruela, de renombrada fama por haber servido de prototipo a los monasterios cistercienses. Actualmente está en ruinas ya que fue una de las propiedades de la Iglesia afectada por la desamortización de Mendizábal en el siglo XIX. A pesar de su estado lamentable, se aprecia perfectamente la planta de la iglesia y queda en pie su cabecera, con siete capillas absidiadas. La moderna restauración a la que se está sometiendo este inmueble ha despejado algo el paisaje de su entorno, haciendo que resalte la imagen orgullosa de los ábsides, rematados por una espadaña.

A la vuelta encontramos un par de chicas que venían de Zamora, habían hecho cuarenta kilómetros en su primera etapa del camino. Tenían los pies rotos al llegar y, ante todo, querían descansar. Pero, de momento, no lo tenían fácil. En la casa de la Cultura, que hace las veces de albergue, había una conferencia de un rapsoda local, que entonaba cánticos a su pueblo, a la inmortal Zamora y a la bandera de España, ante un grupo de quince o veinte personas. Todo un récord, puesto que Granja cuenta con poco más de doscientos habitantes.

Sobre las once y media, llegó de nuevo Ignacio interesado en nuestro alojamiento. Nos preguntó si habíamos cenado, y como en efecto habíamos repartido nuestros alimentos con las dos chicas, de las que supimos que estaban estudiando sus últimos cursos de restauración en la Facultad de Bellas Artes de Granada, fuimos a dar una vuelta con él. Nos contó una experiencia casi mística que había tenido en el camino francés. Al parecer conoció a un personaje singular, llamado Saulo, que curaba los dolores con las manos. Esta capacidad suscitaba enorme curiosidad en Ignacio que -según nos dijo- le preguntaba a solas quién era en realidad, sin hallar respuestas satisfactorias. Tras esa confidencia estuvimos un rato caminando en silencio; él estaba absorto pensando en algo. Aunque no llegó a confesarlo, creo que le atormentaba creer que había caminado con algún santo o apóstol, no por el hecho en sí, sino por su significado. Le preocupaba encontrar una respuesta a por qué le había ocurrido a él. Algo más tarde, se despidió cortésmente. Ha sido de las personas más amables que hemos conocido en el camino. Y, gracias a él, Granja también, uno de los pueblos más acogedores.

Mabel y Amparo, las estudiantes granadinas, estaban despiertas cuando llegamos. Mantuvimos una simpática conversación sobre los sinsabores y anécdotas del camino, mientras echábamos un vistazo a sus pies. Laura se ha convertido en una experta curando ampollas y poniendo esparadrapo. Aunque sea en pequeñas reparaciones como éstas, resulta muy reconfortante que te cuiden cuando sientes que se ha cebado en ti la mala fortuna. La perorata nos duró hasta muy entrada la noche.

Mientras los demás dormían, yo, que había perdido el sueño, me puse a leer. No es algo que pueda hacer con frecuencia en el camino, pero siempre me gusta llevar un libro. Llevo leídos unos cuantos capítulos de *El Peregrino*, de Claudio Coelho. De momento, de todo lo acontecido, me quedo con la sensación de que para mí sería imposible hacer el ejercicio de la velocidad:

“Camine durante veinte minutos a mitad de velocidad a que normalmente acostumbre a andar. Preste atención a todos los detalles, personas y paisajes que están a su alrededor. La hora más indicada para hacer este ejercicio es después del almuerzo. Repetir el ejercicio durante siete días”

Reconozco que, en el fondo, se aprendería mucho si nos apeásemos del ansia de velocidad que llevamos dentro, pero me pone malo sólo pensar en ir andando, no de forma más relajada, sino como si fuese a cámara lenta.

## JORNADA 29ª

### 12 de agosto. De Granja de Moreruela a Tábara.

Mabel y Amparo se levantaron pronto. Aunque trataron de no hacer ruido, las oímos al primer movimiento. Me hubiese gustado caminar con ellas, pero siguen hacia Astorga y nosotros nos desviaremos por la ruta mozárabe. Nos despedimos tras desayunar zumo y galletas. A las ocho estábamos todos andando. El día se presentaba claro, con pretensiones de calor confirmadas más tarde.

El camino resulta de lo más variado, atravesando sembrados y una zona de monte bajo cubierto por jaras. Pasando el puente de Quintos debe subirse por una senda entre encinas y jaras; desde allí se tienen vistas magníficas del río Esla. En Faramontanos paramos para almorzar. Pedimos huevos fritos con jamón. Nos sirvieron huevos fritos con bacón y picadillo; pero no estábamos de humor para protestar. Sobre todo porque nos puso un vino rosado de Toro muy frío que entraba de maravilla. Al rato, toda la familia del propietario del establecimiento, incluida la política, hablaba con nosotros del camino y de los peregrinos que ya habían pasado. No salían de su sorpresa cuando comentábamos que veníamos desde Sevilla. Debían pensar que llevábamos hecho todo el trayecto de un tirón y no faseado a lo largo del año. Nosotros tampoco quisimos sacarlos del error.

Al llegar a Tábara cruzamos por un bosquecillo de encinas y robles, testigo relicto de un paisaje hoy día extinto. Pasado medio día dimos con el monasterio de torre románica, situado al otro lado de la carretera, que anunciaba la entrada al pueblo. Al preguntar por el albergue, la respuesta unánime fue "Espere al alguacil". Sobre las cuatro y media, tras casi dos horas de espera, decidimos ir a buscarlo. Lo encontramos a escasos metros, montando un escenario para un teatrillo que se representaría esa noche: llevaba allí toda la tarde y nadie nos lo había señalado. No tenía la llave del salón de actos que era donde dormiríamos. Tras buscarla por medio pueblo durante más de media hora, resultó que estaba en el llavero del coche usado para traer los materiales. Tenía una sensación de impotencia extraña. Hasta ahora, todo lo que habíamos necesitado estaba al alcance de la mano, pero nos llevaba una eternidad encontrarlo. Como no había ducha, se prestó a buscarnos las llaves del polideportivo, pero agradeciendo su amabilidad decidimos buscarnos la vida por nuestra cuenta, seguro que nos costaría menos tiempo. Conseguimos que nos permitiesen ducharnos con una manguera en una obra, para regocijo de los peones, no por mí sino por Laura.

Lavar la ropa fue un empeño más fácil. La fuente principal tiene aún un lavadero anejo y allí mismo, en compañía de una señora que hacía lo propio con unos vaqueros, lavamos nuestras prendas. Lo hicimos con un placer sólo comprensible si se piensa que esta tarea, obligada en el camino si no quieres cargar con no sé cuántos kilos de ropa sucia, la venimos realizando en los servicios más cutres de toda la mitad occidental de España. Frotar contra la piedra de pizarra, aclarar en las pilas expresamente dedicadas a ese menester, supuso todo un lujo. La señora de los vaqueros se ofreció a dejarnos tender la ropa en el tendedero de su casa, frente al lavadero público.

A las siete emprendimos nuestra habitual gira turística, compra de vituallas e inspección de la salida del día siguiente. En la plaza central, si es que cabe esa denominación a un espacio tan falto de conformación arquitectónica y urbanística, se estaba montando el pequeño escenario, junto a un diminuto parque triangular, decorado como si se fuese a representar una obra costumbrista de los Quintero. Junto a él, se apilaban los camiones y las rulotes de los feriantes, que también estaban atareados montando sus chiringuitos. Por los altavoces se oía a Mecano sin parar, preludio de lo que nos esperaba.

No hemos visto muchos negocios o comercios en el pueblo, salvo dos funerarias. Lo

sorprendente es que el lugar cuenta con doscientos vecinos. En una de ellas un cartel reza "Se fabrican ataúdes".

Al poco de dormirnos entraron los asistentes al teatro en el local donde estábamos para buscar sillas. La tromba nos despertó e involuntariamente nos convertimos en una atracción más. Mientras que unos chistaban y decían en voz alta, para que se enterasen los del final, "Silencio, por favor, que hay peregrinos durmiendo"; otros, más piadosos, comentaban "Mira, los pobres están durmiendo en el suelo". Hubo incluso quien quiso mostrarnos las gracias de su retoño: "Niña, dile algo a los peregrinos". Cuando me incorporé en el saco no había menos de quince personas observándonos. Con ingenuidad, alguien preguntó, "¿Os hemos despertado?".

## JORNADA 30ª

### 13 de agosto. De Tábara a Santa María de Tera.

Hemos salido un poco tarde porque las panaderías no abrían hasta las nueve y media. Aquello de que los panaderos trabajaban de madrugada ha pasado al mundo de los mitos.

En la iglesia de Tábara encontramos un par de peregrinos durmiendo en los soportales. Habían comenzado en Sevilla y esta última etapa, en Zamora. Aunque algo más incómodo que el suelo del local donde dormimos, al menos se libraron de tomar parte en el circo de anoche.

El trazado del camino es muy ondulante, como lo fue el día anterior, con dos cuestas de consideración. El paisaje no se parece en nada al descrito en las hojillas que me sirven como guía para este trayecto. En ellas se mencionan bosques de robles, pero yo sólo veo encinas y jaras, muchas jaras. Antes de llegar a Bercianos de Valverde se observan muchas bodegas excavadas en las arcillas blandas. En ocasiones, se encuentran agrupadas en núcleos separadas por calles, asemejando en todo necrópolis etruscas. Al acercarnos a Bercianos, el paisaje cambia. De nuevo se transforma de seco en jugoso, merced a la canalización del río Tera. Allí riegan todo tipo de plantas; sin embargo, el pueblo carece de fuente. El agua, metida en garrafas, la traen del manantial de un pueblo vecino.

Antes de llegar a Santa Marta de Tera, pasamos por un pequeño pueblecito donde habían acondicionado el río para bañarse en él. Paramos a comer en un bar. Queríamos saber algo del mundo, pero era imposible enterarse de nada, debido a la cantidad de gente que hablaba. Cuando nos levantábamos, se iniciaba una de vaqueros. Con gusto me hubiese quedado a verla, de haber podido hacerlo con tranquilidad.

En Santa Marta de Tera estábamos a las cuatro de la tarde. De forma inmediata fuimos conducidos al albergue. Se trata de unas antiguas dependencias municipales situadas en la plaza mayor, junto a la famosa iglesia románica. La visitamos después de arreglarnos. Se mantiene en un magnífico estado de conservación, sobre todo el suelo de pizarra oscura, que le da un aspecto recogido al interior. El día que lo cambien por uno de mármol blanco -desafortunada transformación que se ha vuelto muy habitual en las restauraciones de iglesias- no merecerá la pena entrar en ella. Obligada era la visita del famoso Santiago peregrino, escultura de moda este año por haber sido elegida como cartel anunciador del Xacobeo'99. Este lugar sigue manteniendo el cementerio en torno a la iglesia, como era normal hasta que las normas higienicistas ilustradas, los sacaron de los lugares habitados. El principal inconveniente de este magnífico templo es que se halle en un lugar de tan incómoda visita, junto a un cruce de carreteras, aunque esté dentro ya de la población.

El albergue tiene una sala amplia y destartalada que, afortunadamente, presenta abundantes ventanales. Nos hemos instalado en el pasillo de la parte superior. El cuarto de baño es pequeño y sucio. Esta vez no hemos podido encontrar una buena manguera para ducharnos y nos hemos lavado como los gatos. Los chicos que vimos en Tábara están debajo. Dicen haber hecho el trayecto desde Sevilla en dieciséis días. Eso supone etapas de más de sesenta kilómetros diarios.

## JORNADA 31ª

14 de agosto. De Santa Marta de Tera a Mombuey.

Hasta Olleros de Tera el camino discurre paralelo al río, cruzando en ocasiones un bosque de galería formado por álamos. Al llegar a Olleros, la guía advierte tres señalizaciones distintas. Efectivamente, junto a una caseta con muelle para cargar camiones, dos flechas indican los caminos a seguir (el que pasa junto a la ermita -recomendado en la guía- y el de la presa). A poco de seguir la primera opción, flechas amarillas señalan otro camino accesorio. Confundidos, seguimos por él. A los pocos kilómetros, las flechas comenzaron a escasear hasta que desaparecieron en medio del monte, entre encinas y jaras. Volvimos atrás, hasta la última señal vista y, desde allí, seguimos buscando una nueva, pero nada. A unos quinientos metros de la última señal había una carretera, donde tampoco había rastro de señales amarillas. De manera intuitiva seguimos en dirección norte por la carretera esperando encontrar la presa. Un kilómetro más adelante volvimos a encontrar flechas amarillas que indicaban una vereda que bajaba hacia el pantano. Cometimos un nuevo error siguiéndolas. Una hora más tarde, terminamos en una pequeña playita sin continuidad. Resultaba imposible bordear toda la cola del pantano, por lo cual tuvimos que desandar lo andado hasta llegar de nuevo a la carretera y seguir por ella hacia la presa. Pasada ésta, nuevas flechas coincidían con las indicadas en la guía. El pantano invitaba a bañarse, pero el cansancio y el cabreo, no.

Habrán personas que ante tal adversidad, sacarán del fallo, virtud y terminan pasando una estupenda tarde de baño en el pantano. A nosotros nos pesaba excesivamente la responsabilidad de llegar hasta Mombuey. No sé bien explicar dónde nacía tal responsabilidad, puesto que nada ni nadie nos esperaba allí, pero sentía la necesidad de salir de esa sensación poco agradable de sentirte perdido. Por fin, a las tres y media de la tarde llegamos a Villar de Farfón, donde decidimos descansar un rato. Como en el pueblo no hay fuente, una amable señora nos rellenó las cantimploras en su casa.

Las flechas amarillas son para nosotros lo que un perro lazarillo para un ciego. Es irresponsable establecer <<rutas alternativas>> sin detenerse a explicarlas; más aún dejarlas a la mitad o pensar que desde un punto a otro está claro el camino aunque sea distante, pues la mayoría de las personas que las seguimos carecemos del conocimiento topográfico de la zona. Además, quien libremente asume la responsabilidad de balizar un itinerario debería ser consciente de la necesidad de indicar cuál es la opción correcta en cada cruce o bifurcación e, incluso, poner señales de confirmación cada cierta distancia. Me habría encantado poder decirle todo esto al sujeto que se ha entretenido en pintar flechas entre Olleros de Tera y Villar de Farfón, pero si lo llego a conocer en ese momento, mi explicación no hubiese sido tan asertiva y pacífica.

A partir de Villar de Farfón, seguimos el camino sin problemas. Al pasar por Ríonegro del Puente, nos detuvimos a fotografiar el antiguo hospital de peregrinos, actualmente en ruinas. Para los peregrinos jacobitas, esta localidad muestra el testimonio solidario de las primeras cofradías de peregrinos. Se trata de la Hermandad de Nuestra Señora de la Carballeda, también llamada Hermandad de los Falifos. Según sus estudiosos, la documentación pontificia del siglo XVI referida a esta cofradía cita, de manera concluyente, las dedicaciones de sus devotos componentes: los cofrades <<falifos>> reparaban los puentes, limpiaban los malos caminos y atendían los hospitales de la ruta donde se hospedaban los peregrinos que se dirigían a Compostela.

Dada la hora a la que comenzamos a caminar por la mañana, debíamos haber llegado a Mombuey a las cinco y media o las seis de la tarde, parando una hora y media para comer. Pero en realidad, tras parar menos de una hora en total, llegamos a nuestro destino a las nueve de la

noche.

Mombuey tiene una iglesia soberbia de estilo románico, con una torre de varios pisos con arcos que ensalzan su esbeltez. Pero para nosotros, tanto o más importante que su arte, es el albergue casi nuevo que mantienen abierto a los peregrinos. Mejoraría si hubiesen quitado de allí objetos apilados, como cabinas de votaciones, pero nada que objetar. Es sin duda el mejor albergue desde que salimos de Sevilla. Cuando llegamos nos encontramos a los otros dos caminantes, que habían llegado a las seis, siguiendo el camino directo a la presa; también estaban otros dos ciclistas que volvían de Santiago.

Laura comienza a imbuirse del camino. Se despacha a gusto narrando los diversos avatares en que nos hemos visto envueltos. Recuerdo que en Zamora, difícilmente podía aguantar la charla que manteníamos Santiago y yo sobre el camino, durante la cena. Por lo demás, la noche pasada en Mombuey fue un concierto de ronquidos.

## JORNADA 32ª

### 15 de agosto. De Mombuey a Puebla de Sanabria.

Este tramo discurre por parajes muy bonitos, que anuncian un cambio en la latitud y el clima. Estamos en el tránsito entre la comarca de la Carballeda a la de Sanabria. Ya hemos perdido de vista las encinas y entramos de lleno en el dominio de los robles, sobre todo del denominado carballo (de ahí el nombre de la comarca), característico también de Galicia, aunque cada vez sea más difícil encontrar carballedas en estado climácico. No obstante, en ocasiones atravesamos pequeños bosquetes en los que éstos aparecen mezclados con castaños, acebos y serbales. Bajo este dosel arbóreo, la tierra está cubierta de helechos, únicos arbustos capaces de aguantar con tanta sombra.

Hemos recorrido buena parte del camino con los dos chicos que encontramos en Tábara, que son de Barcelona. Su andar es bastante más suelto y rápido que el nuestro, nos adelantan sin dificultad. A veces se quedan esperándonos en los cruces más liosos o en el bar de alguna población. Pero llegó un momento en que los perdimos de vista.

En Remesal de Sanabria paramos a comer junto a una fuente, bajo un nogal centenario. La gente nos trataba con amabilidad, pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando algunos jóvenes nos invitaron a tomar un refresco o un café en un local habilitado como pub. Habían hecho el camino desde Villafranca del Bierzo. Sabían en qué consistía ser peregrino y volcaron todo su compañerismo con nosotros. Nos dieron a probar un aguardiente casero magnífico. Después nos acompañaron por el antiguo camino hacia Otero de Sanabria, para que conociésemos la antigua ermita y su magnífico campanario barroco. Desde arriba pudimos apreciar una vista sin igual de la comarca y la dirección del camino, indeleblemente marcada en el paisaje por la horrenda autovía que enlaza con Galicia.

En Otero no pudimos recargar las cantimploras: las fuentes estaban secas, algo que no conocían en el lugar desde hacía por los menos cuarenta años. Esta sequía preocupaba a los vecinos de la comarca, por lo anormal. En Triufé, una señora se acercó a preguntarnos si queríamos agua, pues tampoco había en la fuente. Su hija acababa de venir de Santiago y ahora, según decía, estaba más atenta a las necesidades de los peregrinos.

Cuando llegamos a Puebla de Sanabria irrumpimos, tras una inenarrable subida por una empinadísima escalinata, en medio de la vorágine de un mercadillo medieval. Husmeando de puesto en puesto, creo que los únicos vestigios de medievalidad en ese tinglado éramos nosotros. Pero la verdad es que aprovechamos el evento para comprar bocadillos de lomo y bizcochos hechos en hornos de leña. Decidimos quedarnos a descansar allí un día. Aunque había albergue en el polideportivo, preferimos buscar una pensión.

## JORNADA 33ª

16 de agosto. Puebla de Sanabria.

Puebla de Sanabria, al igual que la mayoría de otros pueblos de la comarca sanabresa y de la Carballada, se llena en verano de turistas y de los que regresan en vacaciones a sus lugares de origen. En invierno sólo quedan cuatro personas mayores que se resisten a dejar la tierra que los vio nacer y crecer, y en la que desean morir.

Este descanso no ha sido sólo producto del desahogo de tiempo con el que contamos para llegar a Santiago, ni tampoco en razón de un agotamiento extremo. Existe un problema de mayor peso, sin cuya solución sería muy difícil seguir con nuestra peregrinación jacobea: necesito urgentemente un zapatero.

Tras mil ochocientos kilómetros (que nos es mucho, para el precio que tienen y el rendimiento que se les debe suponer), tengo casi gastada la suela de una de mis botas y se ha abierto una raja en ella. No me imposibilita andar, pero me voy clavando todas las piedrecillas que encuentro y, sobre todo, por lo que observo la cosa va a más, pues gastada la goma, apenas una delgada capa de fibra separa mi pie del suelo. Puebla de Sanabria era conocida como <<el pueblo de los zapateros>>, pero ahora no hay ninguno. Bueno, realmente, tras mucho preguntar, nos enteramos de que sólo queda uno, pero está ya jubilado. No obstante, dimos con él. Se llamaba Julio, alias <<El Pajarito>>. Cuando nos llegamos a verlo a su casa, estaba ocupado recogiendo peras en su huerto. Tras explicarle el problema, le enseñamos la bota herida. Julio la examina y retuerce con manos expertas. Entonces devolviéndomela, diagnostica: "La suela de la bota no puede cambiarse, porque no son normales, sino especiales y no se pueden reparar. Cuando se rompen hay que tirarlas". Después, sentencia: "No tiene solución; pero estrenar ahora un nuevo par sería aún peor".

Entonces, con un hilo de voz, hablamos del camino, de la sed que pasamos en Extremadura, de las ocho etapas que nos quedan hasta llegar a Santiago... Tras breves instantes de silencio por su parte y la nuestra, da la solución: intentará pegarle un parche de goma. "No aseguro nada, pues la suela no es de goma, sino galvanizada; esto es -aclara-, de pasta de goma y posiblemente no pegue bien, pero algo es algo". Le agradecemos su esfuerzo. Nos cuenta que fue guardia civil en Santiago y recuerda con emoción los desfiles de los años santos. No lo dice, pero está claro que intentará solventarnos la papeleta porque somos peregrinos. Su hija, sus nietos y nosotros escuchamos sus recuerdos con respeto. Acto seguido, se pone manos a la obra, a la par que se queja de lo malos que son los modernos zapatos. Cuando ha terminado, le preguntamos cuánto le debemos. No quiere cobrarnos nada. "Sólo un abrazo al Santo de mi parte, que también me llamo Santiago. Lo de *El Pajarito* es porque criaba canarios. Pero me llamo Santiago, Julio de primer apellido". Al irnos nos da unas cuantas peras.

Aunque el caso de *El Pajarito* sea el más evidente, se nota un cambio de sensibilidad entre quienes han hecho el camino, o están relacionados directamente con ellos, y quienes no. Mientras que para éstos somos bichos raros o fuente de sorpresas, para los otros no perdemos el estatuto de personas. Esta comprensión, amén de un cierto compañerismo, facilita la hospitalidad, al menos, en su faceta de amabilidad de trato. En la pensión, la dueña se ofreció a meter nuestra ropa en la lavadora, junto con las sábanas, porque su hijo, que había hecho el camino desde Roncesvalles, se lo había sugerido. Supongo que si pasaran por Puebla dos o tres mil peregrinos diarios, la hospitalidad pronto se tornaría en indiferencia o búsqueda de negocio. Pero, de momento, nos beneficiamos de ser *rara avis* en este entorno. Ojalá sea así por mucho tiempo.

Esta es, sin duda, una de las principales diferencias entre el camino francés y la vía de la Plata. En el primero, la mayoría de las personas que prestan un servicio a los peregrinos lo hacen, o terminan haciéndolo, por un interés meramente crematístico. No puedo olvidar la sensación tan

desagradable que tuve cuando, en mi peregrinación desde St. Jean de Pied de Port, llegué a Estella. Allí el refugio era una casa moderna, con aire de local comercial, a la que se entraba por una puerta de cristal que se cerraba con una persiana metálica. Cabían tantas personas como camas había y quien lo regentaba trataba el asunto como un negocio. Cobraba quinientas pesetas por noche y como no podía hacerlo sin ofrecer una cama, despachó sin contemplaciones a una pareja de franceses ya mayores que venían de vuelta de Santiago. Antes había otro refugio en el que sólo se podía dormir, pero eran más flexibles con la entrada. Por fortuna, pudimos rebelarnos. Por la noche cerraban la puerta y bajaban la persiana metálica, imposibilitando la salida. Una de las personas que estaba esa noche resultó que ser bombero en Madrid, creo recordar que se llamaba Clemente, y montó un zipizape exigiendo que no se bajase la persiana porque iba contra las medidas lógicas de seguridad en caso de incendio. Si se producía un fuego dentro aquello sería una ratonera. Todos le apoyamos y el alberguero no tuvo más remedio que acceder a nuestra petición. Sus manifestaciones de mal humor tremendo, sólo hicieron más grata nuestra victoria. Gregorio Morán también detalla algunas anécdotas sobre este tipo de proceder en algunas de las personas encargadas de los albergues.

El conjunto histórico de Puebla de Sanabria está entrando a marchas forzadas en el proceso de escenificación, característico de aquellas ciudades que pierden el ritmo propio de vida para convertirse en atracción turística. Los vecinos que quedan terminan por formar parte del parque temático en que acaba por parecerse la ciudad en que viven. Ayer había un mercado medieval en la zona alta, junto al castillo e iglesia. Es el mismo tipo de mercadillo que encuentras en Sevilla, pero mientras que en la capital andaluza adopta la forma de <<feria alternativa>>, aquí explotan el entorno medieval. Los puestos de esencias y abalorios hechos a mano son atendidos por personas disfrazadas con jubones sobre los vaqueros. Pero, a lo que veo, esta apuesta por la escenificación medievalista no ha llevado de momento a una valorización real del castillo, que sólo funciona como telón de fondo. Su recorrido interior deja bastante que desear, no sólo carece de explicaciones y una mínima ordenación de la visita, sino que además sirve de almacén semipermanente de vallas, cañones de fuegos artificiales, cajas, arena, cemento, tubos de PVC; en fin, los restos de todo cuanto sobra. Por lo demás, la pretendida imagen turística de la villa no ha servido para apartar los coches de la parte alta, peatonalizarla y fomentar el recorrido a pie, lo que hubiese contribuido en mucho al placer de su visita.

Por la tarde nos apostamos en un bar para tomar café y orujo de hierbas. Se trata de una antigua casa rehabilitada con mucho mimo por los propietarios, una pareja joven oriunda de Zamora. El resultado conseguido es tan notable que merecería aparecer en una revista de arquitectura. Animados por esta charla, echamos la tarde jugando al dominó y bebiendo orujo con ellos.

## JORNADA 34ª

### 17 de agosto. De Puebla de Sanabria a Lubián.

El día de descanso en Puebla nos debió parecer poco, pues no hicimos ningún ademán de movernos cuando sonó el despertador a las seis y media. No comenzamos a caminar hasta tres horas más tarde.

En este tramo estrenamos la tercera de las guías que llevábamos, dedicada especialmente al camino mozárabe. Al comprarla en Sevilla sólo la hojéé. Ahora, cuando me afano en su lectura para ver cómo es la ruta en la que entramos, me doy cuenta de que se trata de una estupenda guía para quienes deseen hacer turismo por esta zona. Ofrece interesantes y curiosos datos sobre la etnografía y el arte de estos pueblos, pero como referencia para caminantes deja bastante que desear. No da las distancias parciales, ni tampoco presta mayor atención a describir el recorrido, o a las posibles rutas alternativas, para colmo los planos y gráficos no están a escala. Quizás cuando la autora hizo el recorrido fuese ligera de equipaje, con coche de apoyo para llevar las mochilas, porque resulta comprensible que en esas circunstancias sean irrelevantes ciertos detalles sobre distancias y recorridos. Quizás confíe en las flechas amarillas y haya renunciado a escribir una topoguía del camino, para entrar de lleno en literatura turística, pero todo eso podría haberlo expuesto de forma más clara en el título. Cuando lo leí y vi los planos, imaginé que se trataba de una guía para caminantes, pero está claro que me equivoqué.

El camino sigue básicamente la CN-525, amenizado con desvíos para pasar cerca de ríos trucheros o seguir un tramo de vieja carretera nacional mutilado del nuevo trayecto. Las tres vías que dan acceso a Galicia a través del Padornelo son toda una lección práctica de evaluación de impacto ambiental. La más antigua, que apenas si soporta tráfico rodado, está pegada a la topografía, con abundantes bucles, curvas y contracurvas para bajar o subir una cuesta o pasar un valle. En un trazado posterior, la CN-525 rectificó tanto serpenteo, juzgado en los setenta innecesario y lento. Se apostó entonces por tramos más rectos, para lo que era preciso separarse de la topografía mediante obra civil con las que atravesar barrancos y montañas. Pero estas rectificaciones tampoco han satisfecho las ansias de velocidad, y la moderna autovía de las Rías Baixas arrolla la topografía. Hendida en el paisaje como si fuese un corte profundo, no desdeña ninguna posibilidad para hacer alardes de ingeniería, para mayor gloria de sus promotores. Mientras que en algunos tramos de la antigua carretera la naturaleza está disgregando el asfalto para digerirlo, la herida ocasionada por la autovía nunca cicatrizará, siempre será visible la agresión infringida a la naturaleza; su impacto es irreversible.

Supongo que si se inspeccionase con meticulosidad los trayectos abandonados de la carretera por la que vamos, que es la más antigua, entre la vegetación que casi los cubre, podrían encontrarse algunos de sus pavimentos originales. Éstos, casi sin duda alguna, se remontarían a los tipos establecidos en el Circuito Nacional de Firmes Especiales, vasto plan de modernización del sistema de carreteras españolas para la automoción aprobado en 1926. En él se dividieron los casi siete mil kilómetros de las principales rutas existentes entonces en tramos, según el aforo de vehículos. Cada uno de ellos tenía un firme en adecuado a las condiciones de uso. El más frecuente era el macadán ordinario con riegos superficiales asfálticos o alquitranados. El grueso calibre de estos macadanés es característico de su época, aunque se comprimiese pasando un rodillo. También se debe a este momento la construcción y reparación de las últimas casetas de camineros, pero aquí no hay ninguna. En su mayor parte, el asfalto que pisamos es bien posterior. No creo equivocarme demasiado si las capas más antiguas las atribuyo al programa que se denominó Red de Itinerarios Asfálticos, de los años sesenta y setenta, al que se debe el primer asfaltado de las carreteras españolas. Dado el continuo mantenimiento de estos firmes, sólo quedarán manchas originales en los lugares menos erosionados por el desgaste del uso, el resto

está renovado con centenares de parches posteriores, casi hasta nuestros días, aunque aquí ya nadie haya echado una palada de alquitrán desde hace quince años o más.

A poco de salir de Puebla, una flecha en un poste de la luz nos indujo a seguir un camino equivocado, que nos obligó a vadear un riachuelo, en el que hundí un pie hasta la rodilla. Al final lo cruzamos descalzos. La broma nos costó una hora.

En Santiago del Terroso nos quedamos maravillados con la belleza de su iglesia, junto a la cual aún perdura el cementerio. Según nos informaron en la edificación aneja a la iglesia están preparando un albergue. Si la idea cuaja algún día, se convertirá en parada obligatoria para los peregrinos. Desde aquí se ha vuelto a abrir la antigua ruta cortada por la autovía, que llega hasta Requejo, dando un rodeo por un precioso bosque de pinos. Es más largo, pero compensa por el contacto con la naturaleza. En esta localidad almorzamos de bocadillo y fruta. Siento debilidad por las fuentes de caño continuo, tan frecuentes aquí. Bebo en todas, aunque no tenga sed. De momento recargo la cantimplora, que siempre procuro llevar llena. Imagino que cuando me acostumbre a la frecuencia de manantiales dejaré de hacerlo y eliminaré esta carga inútil. En Requejo, desaconsejan seguir el camino a causa de la maleza, así que continuamos por la carretera nacional antigua hasta Padornelo, pasando por encima del túnel.

El pequeño pueblecito de Padornelo está perfectamente adaptado para soportar la nieve. Sin embargo, como nos decía una señora anciana, "desde la posguerra ya no nieva como es debido". Sus casas de piedra, cubiertas con tejados de pizarra, con pocos huecos al exterior, con la zona de habitación en alto, sobre las cuadras y, por supuesto, una chimenea, parecen aguardar el frío y la nieve que nunca llega. Quizás cuando lo haga, ya nadie viva aquí para verlo.

Hasta Lubián hubimos de seguir la serpenteante carretera, oculta en el bosque de pinos. Esta vieja vía tiene un aire de solidez que le otorga el uso de piedras en los muros quitamiedos, los mojones kilométricos y los pivotes piramidales que rematan sus pontanillas. En fin, todo hecho para una época -ya pasada- menos veloz, cuando las carreteras aún seguían manteniendo algo de caminos y, si bien el vehículo a motor era predominante, no habían aniquilado al caminante o a los vehículos de tracción animal. En una palabra, eran más humanas.

En Lubián dormimos en el Ayuntamiento. En la escuela había una pareja de jóvenes que venían de Barcelona y la mujer del alcalde, que gentilmente nos atendió, prefirió respetar nuestra intimidad. Para ducharnos nos aconsejó que fuésemos a la casa del párroco, quien en ocasiones presta ese favor. Pero preferimos la independencia de una manguera de agua fría. Después estuvimos charlando con los otros colegas caminantes. Contaron que habían salido de Puebla de Sanabria ayer y se encontraban mal. Al cansancio había que sumarle algún virus que les había descompuesto el vientre. La mujer del alcalde los cuidaba como si fuesen sus hijos.

Después fuimos a comer algo caliente. En el único bar de la localidad nos dijeron que no había nada, que carecían de cocina. Decidimos, pues, ir a una tienda a comprar provisiones y prepararnos bocadillos. La tendera no daba crédito a sus oídos, cuando le relatamos la negativa del bar. "Con lo fácil que es preparar una cena. Hay gente que no sabe hacer negocio -decía-. A mí eso no me hubiese ocurrido".

Ojeábamos la guía mientras comíamos y, en ésas, llegó el alcalde. Nos la pidió, la curioseó y no pareció hacerle mucha gracia, pero se abstuvo de criticarla. Nos aseguró que el camino hasta A Canda estaba despejado, pues lo habían limpiado hacía poco. De Padornelo a Lubián lo harían la semana que viene. Tras hablar de otras cosas se fue, sin habernos preguntado de dónde veníamos. Creo que haya sido la primera persona en no hacerlo.

## JORNADA 35ª

18 de agosto. De Lubián a A Gudiña.

La guía definitivamente resulta desafortunada. La explicación de este tramo es algo caótica, aunque la información etnográfica e histórica resulte muy interesante.

Hemos salido tarde, sobre las diez y pico, porque Laura fue al médico para curarse los pies. El cielo amenazaba con lluvia a primeras horas de la mañana. Esta vez el seguimiento de las flechas ha sido bastante más fácil, aunque el camino se ha introducido en una carballeda. Llegamos al alto de A Canda algo exhaustos y sudados. La bajada se hace por un camino abierto por la Xunta que, lejos de haberse limitado a desbrozarlo, al meter una máquina han removido toda la tierra vegetal hasta la roca base. Es como una autopista para peatones y bicicletas; igual de extraña e invasora en el paisaje que la rodea. Desde A Canda, el camino es más normal, discurriendo entre prados cercados con sus muretes de piedra. Cuando preguntamos cuántos kilómetros faltan para tal o cual sitio, lo mismo te dicen ocho que quince; en realidad, todos hemos perdido el hábito de caminar y calcular las distancias con cierto tino. Yo tampoco sé decir, cuando atisbo un pueblo en la lejanía, a qué distancia está o cuánto tiempo tardaremos en llegar. También resulta muy habitual que te manden por la carretera.

- Pero hombre, pudiendo ir por la autovía que es más recta, no se meta por el bosque.
- Es que por la autovía está prohibido ir andando.
- Pues coja la nacional.
- Preferimos el camino.
- También iba yo a meterme en el monte, pudiendo ir cómodamente por la carretera ¡Ya son ganas!

El monte es lo contrario a la civilización. No es la sierra, que suena a lugar de vacaciones; es donde no habita el ser humano, aunque se aproveche de sus recursos (caza, leña...), sino las bestias y, en otra época, singularmente el lobo. El monte ha sido una frontera y ahora no es fácil comprender que vengan forasteros a reivindicarlo como un espacio idílico para andar.

Paramos a comer en un hostel de carretera en Villavelha. Caldo gallego, ternera estofada, vino, flan, café y chupito de orujo de hierbas ¿qué más se puede desear? Cuando llegamos a A Gudiña, entramos en el primer albergue dispuesto por la Xunta de Galicia en esta ruta, una placa inaugurada por M. Fraga, nos los recuerda. Como todos los de este tipo, resulta bastante confortable, amplio y funcional. Los encargados de este albergue son los de Protección Civil, que se mostraron muy atentos con nosotros. Pero, como también es habitual en los establecimientos regentados por la Xunta, carece de cacharros de cocina, con lo cual es imposible prepararte nada caliente para cenar. Está así dispuesto para obligarte a salir y consumir fuera. Es el tránsito de peregrinos a turistas culturales. Para la Xunta, lo único que importa es que consumas. Te ofrecen alojamiento, pero te imposibilitan que compres comida y la hagas tú; debes necesariamente ir a un bar a comer; o bien, comer embutidos, queso, fruta y pan.

Como predijo el último de los zapateros que quedan en Puebla de Sanabria, a los dos días se me ha despegado el parche de goma de la bota. Afortunadamente, en A Gudiña hay otro zapatero, también mayor, que compagina este oficio con el de vendedor de calzado. Éste me ha puesto otro parche de goma, más grande y flexible. Tampoco garantiza nada, pero por quinientas pesetas no puedo pedir mayores seguridades.

No deben ser muchos los peregrinos que pasan por aquí. Según contabilicé en el libro de visitas, 598 en lo que va de año. Hoy somos seis. Una pareja recién llegada en tren y los que vimos en Lubián. Es uno de los principales valores que tiene esta ruta, con respecto del camino

francés. La masificación del camino y la concepción de que la peregrinación es como unas vacaciones en las que te pagan el alojamiento, provoca una especie de carrera para ver quién llega antes y coge un lugar en la litera de un cuarto donde van a dormir treinta o cuarenta personas. Aquí no es preciso salir de prisa y corriendo a las cuatro de la mañana de un albergue para llegar pronto al siguiente y apoderarse de una cama. Yo nunca lo he hecho, pero sí lo he sufrido. En la vía de la Plata, aunque llegues a las siete de la tarde, encuentras sitio suficiente para dormir en cómodos dormitorios, donde aún se desconoce qué sea la masificación. Esto también incide en el trato entre los peregrinos. En general, se despliega bastante amabilidad y, salvos casos raros, solemos compartir los víveres que compramos, aunque normalmente apenas si probamos lo que nos ofrecen, o prueban lo que ofrecemos.

## JORNADA 36ª

19 de agosto. De A Gudiña a Laza.

Por fin hemos vuelto a recuperar el hábito de levantarnos pronto, a las ocho iniciamos el camino. El día ha comenzado con brumas que se convirtieron en niebla baja conforme ascendimos al alto del Espino, de 1.088 m. Cuando se levantó la niebla, los tímidos rayos de sol comenzaron a calentarnos y pudo verse con precisión. Observamos entonces los valles pelados que conforman la orografía de esta zona. Pasamos junto a un cerezo que, según la guía, es dos veces centenario. Cruzamos algunas aldeas minúsculas, donde las mujeres se afanan en coger hojas de berza o sacar patatas. Por todos lados se oye el tintineo de los cencerros.

Como norma, la intervención administrativa en la conformación del camino lleva aparejada la adopción de alguna señal de prestigio. En este caso, son las esculturas realizadas *ad hoc* por un tal Carballo. Parece que las tradicionales flechas amarillas no sean suficientes, ni tampoco los monolitos con el azulejo de la Xunta, la Diputación de Ourense hizo este encargo para << cualificar >> aquellos puntos estratégicos del camino, rivalizando con los monolitos xunteros. Lo más significativo del caso es que ni unos ni otros son suficientes para conducirte hasta Compostela, siguen siendo precisas las flechas amarillas para no tomar el camino equivocado en los cientos de cruces y desviaciones por las que se atraviesa. La redundancia de este gasto fútil la manifiesta palmariamente las fuentes diseñadas por el citado escultor ourensano, que están completamente secas, lo cual es bastante difícil en Galicia.

Como si yo también fuese un aprendiz de mago, sigo con fidelidad el rito del agua. Bebo y lleno mi cantimplora en cada fuente. Nacido en Marruecos y criado en Andalucía, el fantasma de la sed lo debo llevar incrustado en los genes. Me gustaría poder distinguir el sabor de los distintos manantiales o, al menos, entre regiones, pero todas me parecen igual de frescas y buenas.

En los campos donde no se ha roturado para plantar o cuando las plantaciones se han abandonado, crecen por doquier los urces (que es cómo se conocen aquí a los brezos), cuyas raíces, como dice la guía, se apilan en las leñeras para hacer fuego. Los árboles se concentran en pequeños bosquetes en las laderas de los valles, al abrigo de los vientos. Llegados a Campobecerro, nos disponemos a comer en el único bar. Nos hacen esperar casi una hora para dos huevos fritos con jamón y una ensalada. Tras descansar un rato, seguimos el itinerario que discurre ahora por el monte, pero esta vez, en lugar de pelado, está cubierto por pinos que dan cobijo a un inextricable campo de helechos. Conforme subíamos, las vistas del pantano y los pequeños pueblecitos situados en los valles, nos ha proporcionado una de las estampas más bellas de todo el camino. Ninguna fotografía les haría justicia.

En Porto Camba preguntamos por un bar a unos chicos, tras contestar que no había bares, llamaron a su tía para que nos preparara café. Esta amable y obsequiosa señora y su marido nos hicieron pasar un rato muy agradable en torno a una taza de café. Mientras lo tomábamos, como veíamos en la TVG un programa en gallego, pregunté si ellos hablaban gallego. Me respondieron a la vez que desde pequeños, que era su lengua natal, aunque en la escuela hablaban en español. Entonces, les pedí su opinión sobre el gallego de los presentadores de TVG. Entre risas me contesta ella. "Mi padre, que en gloria esté, al principio de la televisión gallega se ponía de mal humor. Pero qué están diciendo estas mujeres, ¡si ni siquiera saben hablar!". Para resaltar su magisterio, me aclara: "él sólo hablaba en español cuando iba a la ciudad". "Pero ahora ya hablan mejor -dice el marido-. Ahora se las entiende muy bien".

Llegamos a Laza sin mayores problemas o contratiempos. Nos alojamos en un polideportivo cubierto en el que también pudimos ducharnos con agua caliente y lavar la ropa.

## JORNADA 37ª

20 de agosto. De Laza a Xunqueira de Ambía.

La noche ha sido espantosa. Pasadas las dos y media, me despertó un picor en los pies y en las corvas. Supongo que en la colchoneta del polideportivo donde dormimos hay pulgas; o bien, en otro lugar, y una de ellas se aposentó en mi saco de dormir. No es mal chollo, la paseo durante el día y por la noche la alimento, y todo gratis. Por lo menos, podría dejarme dormir. Cuando me rascaba en un sitio, al poco rato me picaba en otro y así durante casi toda la noche. Ignoro si era una o había más, también si una pulga -o lo que fuese- tiene esa capacidad de movimiento. De madrugada decidí ducharme y después salir fuera del polideportivo con el saco para buscar a la responsable de tanta mortificación, sin despertar a Laura y a los dos chicos catalanes, con los que hemos vuelto a coincidir. No me volví a dormir hasta casi las cinco.

Esta mañana me he despertado tarde, sobre las ocho y, para colmo, estaba rendido. En una mesa, junto a la cama, hay propaganda del Xacobeo'99. Se anuncian festivales de música y danza durante todo el verano. En eso se va el presupuesto, después no queda ni para fumigar de vez en cuando los colchones.

Los días amanecen con frío, para calentar a partir de las doce y terminar como empezaron. Somos conscientes de la suerte que tenemos, al menos de momento no hay lluvia, aunque Paco Montesdeoca nos pronostique chubascos a diario.

Galicia nos regala cada jornada un largo tramo de carretera y una hermosa cuesta para mantener nuestro nivel de transpiración a punto. Siempre que hablo de sudor, me acuerdo de un comentario que leí en el libro de Gregorio Morán sobre su viaje *non finito* a Santiago. Llegado un momento, dice que su acompañante, un dibujante del mismo rotativo donde trabajaba él, aprendió a controlar su transpiración. Cómo es posible hacerlo, me pregunto. Y sobre todo, por qué no explica cómo lo logró. Ya me vendrían bien algunas lecciones.

La subida de hoy, al Requeixal, ha sido especialmente cruel. Al desierto desolador producido por un incendio, se suma la devastación ocasionada por las máquinas para abrir el camino. Una franja recta de ocho o nueve metros de anchura que corta el monte por la mitad. En su ejecución se han llevado por delante suelo, arbustos, pinos pequeños y cualquier cosa que sirva para sujetar la tierra. En el camino se ha llegado hasta la propia pizarra, que al ser muy blanda se ha partido. Pero es la gratuidad de esta barbarie, la que la convierte en escarnio. Existe un camino, aún visible en algunos tramos, que asciende al mismo lugar, pero de forma sinuosa, más adaptada a la topografía, algo más largo quizás, pero esa tardanza se compensa con la dosificación del esfuerzo. Subir por él debía ser magnífico cuando había árboles en el monte y la administración que fuese no se molestaba en ayudar a los peregrinos. Unos monolitos, sin el azulejo aún, testifican que semejante destrozo es obra de la Xunta. Es la misma lógica que la autovía. Su contribución a los caminantes es esa: una máquina arrasando el monte.

En un descanso, paramos a comer algo junto a un coche de Protección Civil. Sus ocupantes que hacían como nosotros, nos cuentan la secuencia de señalizaciones en el camino. Primero fueron las flechas amarillas, iniciativa de las asociaciones y sobre todo de Eligio Rivas, gran impulsor de este camino. Después, merced a la intervención de este señor, la Diputación Provincial ourensana acondicionó parte del camino. Ambos se encargaron de ritualizarlo. Éste poniendo cruces con milladoiros y aquella mediante señalizaciones de diseño, encargadas al famoso escultor (a propósito, vengo observando que estas obras de arte tienen, en ocasiones, formas tan originales que para clarificar el sentido de la marcha, una mano anónima y caritativa ha pintado una flecha amarilla, ya que de otra forma no se sabría cuál dirección tomar). Bueno, siguiendo con la secuencia de las señalizaciones: finalmente, la Xunta ha puesto su aportación arrasando el monte bajo y triplicando la indicaciones en los puntos más emblemáticos con sus

tradicionales monolitos con o sin azulejo.

Mientras subíamos la fatigosa cuesta me acordaba de nuevo del pasaje del libro de Paulo Coelho sobre el ejercicio de la lentitud. Caminar de tal forma que apenas se avancen en veinte minutos la distancia que normalmente se cubre con dos pasos. Ignoro cómo Paulo se hizo con la técnica de manera tan rápida sin desesperarse. Me pongo malo sólo con pensarlo. Por fortuna no busco ninguna espada, ni estoy en los secretos de la Tradición. Me contento con mirar el paisaje mientras ando. En ocasiones, aparece un paisaje asombroso. Pararse entonces y deleitarse con él es uno de los mayores regalos que te hace ir caminando. Hoy, un momento de singular belleza ha sido cuando bajábamos hacia la Limia. Desde arriba, se advierte con nitidez la planicie cercada de montes, posiblemente un lago en otros tiempos. La altura permitía una vista de pájaro magnífica, siendo posible incluso ver la retícula de caminos que la surcan.

Sobre mediodía paramos a comer un bocadillo en Vilar de Barrio. Al entrar en el pueblo, una mujer lavaba la ropa en el lavadero público con un sombrero para cubrirse del sol. "Aquí bajo la delicada que queda mejor; la otra, en la máquina". Acto seguido, nos entretuvimos buen rato hablando con unas señoras que comían ciruelas. Su principal interés era saber qué promesa nos obligaba a venir a Compostela desde tan lejos. Por no defraudarlas, les conté una trola enorme sobre una promesa hecha a mi padre en el lecho de muerte.

Durante el telediario, el amplio bar donde comíamos un bocadillo se fue llenando de gente que, agrupados en número de cuatro por mesa, más uno o dos mirones, pasaban el rato jugando a las cartas. Como nos dormimos esperando los bocadillos, la dueña del bar nos aconsejó parar allí, que había un albergue. Después nos enteramos que era un destartado polideportivo, con unos servicios inmundos.

Ignoro cuántos bocadillos llevo comidos en este viaje; pero deben ser muchos. Casi todos los días, uno para almorzar. Para cenar procuramos comer algún plato más elaborado. Recuerdo haber leído una disquisición interesante sobre la alimentación en la ruta jacobea. Se ha calculado que el gasto energético de un día de camino, dividido en tres tramos de ocho horas, de los que se anda uno, el otro se reposa en vigilia y el tercero se duerme, son de 3.500 calorías aproximadamente. Pues bien, durante toda la Edad Media los peregrinos debían mantenerse consumiendo poco más que pan y vino, dando por cierto lo dicho por el conocido refrán. Sólo en algunos hospitales y en contadas ocasiones, se acompañaba este condumio con algo de queso y, en mayor medida, pescado: sobre todo arenques (sardinias saladas) y bacalao, de dónde extraerían un aporte proteínico extra. Nosotros, realmente no podemos quejarnos.

Camino de Bóveda, por polvorientas sendas reticulares, nos fuimos acercando a una persona que avanzaba con una guadaña al hombro. Le preguntamos cuánto quedaba hasta Xunqueira de Ambía. "Una legua", fue la contestación. Algo desconcertados, tratamos de aclarar, "¿una hora de camino?". "Sí, eso, una hora a buen paso. Hala, con Dios". Estábamos acostumbrados a que equivocaran los kilómetros, pero no a que nos respondiesen en unidades cuya longitud en metros desconocíamos. Yo pensaba que ya nadie se expresaba en leguas, pero claramente estaba equivocado.

En Xunqueira de Ambía nos instalamos en el polideportivo municipal. El albergue aún no está terminado. El encargado de aposentar a los peregrinos en un chico muy majó, que trabaja para el Ayuntamiento en aquello que sería imposible asignar a ningún funcionario. A pesar de no ser muy locuaz, le gusta conocer gente y resulta difícil no echar una hora hablando con él mientras te enseña las instalaciones. Como recordaba a la pareja de asturianos, a los catalanes, que habían pasado hacía escasos días, estuvimos un rato largo hablando en una entretenida charla. Después nos acompañó a un bar donde aseguró que seríamos tratados bien para cenar. En efecto, la cena fue suculenta. Potaje y carne con patatas fritas en abundancia. Debo decir que las patatas de la Limia hacen honor a su fama.

Repasando la guía, me sorprende que la autora haya tardado tres horas en subir al

Requeixal; nosotros sólo, una hora y media. Quizás sea que tuvo la suerte de hacerlo por el viejo camino. Pero ni siquiera, este ahorro de tiempo justifica la barbarie de la máquina. También observo un error en la lectura hecha del epígrafe existente en la capilla de Soutelo Vede, el primer pueblo que encontramos al salir de Laza. Ella transcribe "Pasajero vas caminando, socorre las almas que van penando". Pero el texto dice exactamente: "Caminante que vas andando, acuértese de las almas que van penando".

## JORNADA 38ª

21 de agosto. De Xunqueira de Ambía a Ourense.

La etapa de hoy apenas si tiene algún aliciente, salvo evitar morir atropellado por un coche, pues sigue la carretera todo el trayecto. Pasamos por la calle principal de una población declarada de interés cultural por sus valores etnográficos. Por tal motivo ha sido objeto de restauración, pero sólo se ha acometido en esta travesía, el resto está en ruinas. En otro lugar, nos acercamos a comprar <<pan del país>>. Y fue un verdadero acierto. La tienda era pequeñita, pero estaba abarrotada de panes y dulces a cual más suculento, al menos a la vista. Nuestras alabanzas fueron recompensadas con el regalo de la pieza de pan que queríamos comprar. En compensación adquirimos empanadas.

Ourense presenta, a primera vista, un aspecto muy provinciano. Por fortuna, el nivel de sustituciones del caserío tradicional en el caso histórico, en torno a la catedral, no es muy alto y mantiene un paisaje urbano bastante acogedor. El albergue está recién inaugurado; motivo por el cual resulta un auténtico lujo en el camino. Pocas bicocas como ésta se nos han presentado.

El edificio forma parte de un convento franciscano del siglo XIII, cuyo claustro, anejo al albergue, es visitable. La zona dedicada a la hospedería de peregrinos, recién rehabilitada, comparte esta función con una sala de exposiciones. Pero las partes dedicadas a ambos usos están separadas por una pared que no llega hasta el techo, aunque lo suficiente como para guardar la privacidad de los peregrinos. Por la trasera, las vistas se abren a un antiguo cementerio.

Al llegar tuvimos suerte, ya que había unos chicos dentro y no tuvimos que esperar a que nadie viniese a abrirnos. Más tarde se incorporó un grupo de ciclistas vallisoletanos. La cena se convirtió en una animada tertulia. Los chicos que habían llegado primero, dijeron que tenían un cazo para cocinar. Oportunidad que no desaprovechamos y fuimos de compras para cenar algo caliente y guisado por nosotros. Revuelto de verduras con jamón y huevos, vino y fruta. Todo un festín. Decidimos quedarnos allí, el día siguiente. En previsión de que se nos fuese el cazo por la mañana temprano, también hervimos pasta para almorzar una ensalada fría.

Después de comprar, la tarde del sábado la dedicamos a lavar y tender. Sobre las tres de la madrugada alguien comenzó a llamar a la puerta. Pronto todos estábamos despiertos. Los chicos le identificaron como un vagabundo que toca la guitarra por las calles. Él sólo quería ducharse y dormir. Le dijimos que no podíamos abrirle, que llamase a la policía local. Otra vez el conflicto entre transeúnte y peregrino. Quién no nos inspira confianza está condenado a no encontrar asilo entre nosotros. Me costó trabajo volver a conciliar el sueño.

Por la mañana apuramos el pan del país para hacer tostadas con aceite, tomate y sal. Un lujazo, habida cuenta de la imposibilidad de encontrar algo semejante en un bar cualquiera por estos lares.

## JORNADA 39ª

22 de agosto. Ourense.

Hoy ha sido otro día de descanso. Nos levantamos tarde y ya que teníamos la comida prácticamente hecha, hemos dedicado la jornada a pasear por la ciudad. Desconocía la grandiosidad de la catedral de Ourense. Pero sobre todo me ha sorprendido la cantidad de cultos a santos casi olvidados y a advocaciones de la Virgen, que siguen vigentes aquí. Minúsculos retablos colgados de la pared tienen velas eléctricas encendidas o gente parada frente a ellos rezando. El Museo Arqueológico está instalado en el antiguo palacio episcopal, edificado en el primer tercio del siglo XII. Se abrió en 1896, trasladándose a esta nueva sede en 1951. La exposición está muy ordenada, pero carece de contenido museológico claro y actualizado. Las vitrinas están abarrotadas de pequeños fragmentos de cerámicas con algún interés para especialistas, pero sin él para la inmensa mayoría del público. Además, las explicaciones -cuando existen- son meras descripciones y los gráficos brillan por su ausencia. En definitiva, necesita una importante renovación de contenidos y una presentación más didáctica y pedagógica.

Mientras hacíamos estos comentarios, una vigilante participó de nuestra conversación. Pronto estuvimos de acuerdo en que este tipo de cultura no le interesa a los poderes públicos. Esta funcionaria, de fuertes convicciones sociales, llevaba en el alma la pena de pensar que trababa en algo importante, por su interés general, pero, tras llevar muchos años de servicio, estaba segura de que nunca levantaría cabeza. Es como un barco a medio hundir, ni lo sacan a flote ni lo ayudan para que vaya definitivamente a pique. Todo lo que pueda hacerse será obra del voluntarismo de los profesionales que trabajan en esas instituciones, pero los poderes públicos no parecen estar por echar una mano.

A media tarde volvió el chico de la guitarra. De forma bastante cortés, pidió disculpas al encargado por haber despertado a la gente la pasada noche. Sólo quería ducharse. El encargado no le puso objeciones. Pero le dijo que no podía seguir dándole cama. Por lo visto había hecho el camino y ahora estaba de vuelta. En ambas ocasiones, se buscaba la vida tocando por las calles. Por la tarde nos encontramos con él, llevaba una mochila y cantaba frente a la catedral antigua. Creo que Ourense carece de albergue para transeúntes, pero tiene uno para peregrinos. Diferencias como éstas, hacen más patente en Galicia, que en ningún otro sitio, la conversión de los peregrinos en turistas culturales de mediano poder adquisitivo. Es lógico que quiera pasar la noche en el albergue. Posiblemente los derechos que le otorga la credencial de peregrino, sean lo único que le salve de la indigencia. Nosotros no le dejamos entrar la noche pasada, aunque quizás si hubiese llegado a las once, en lugar de a las tres, nadie hubiese osado negarle el paso. Si vuelve a intentarlo esta noche, le abro. Si bien esta vez quizás sea más difícil pues han llegado un grupo de catorce o quince personas y no será fácil convencerlos.

## JORNADA 40ª

23 de agosto. De Ourense a Cea.

"Después de recorrer 1.200 kilómetros desde Marbella (en coche claro, que nadie piense ninguna locura), iniciamos camino en Ourense el 20/7/99. Después de horas de camino, aparecemos aquí para descansar y darnos una ducha. Seguiremos hacia adelante hacia donde el destino nos quiera llevar. Felices y contentos hacemos el camino para llegar a Santiago y disfrutar del Ribeiro. Hace tiempo que no lo bebo y debe ser un placer volver a sentirlo en el paladar fresquito, fresquito. Acordándome de mis amigos de Marbella (...) y de mi familia en Quintanar de la Orden (Toledo), de donde soy yo. Un saludo a todos los peregrinos y ánimo. Todo sea por la juventud, por la aventura y por Santiago".

Nos ha costado comenzar, creo que el cansancio acumulado se hace notar. El descanso dominical también nos ha relajado en exceso. Después viene la consabida cuestecita. Esta vez la guía acertó: dos mil doscientos metros de interminable pendiente del 19%, que cubrimos en media hora de fatigosa ascensión. En el resto del camino apenas hemos pillado carretera y sí bastante bosque. La única anécdota ocurrió donde nos quedamos a comer, un pueblo cuyo nombre no viene en la guía. Rápidamente subió a vernos una vecina del mismo, natural de Granada, que lleva viviendo allí más de cuarenta años. Su marido era teniente de Regulares. Bastante dicharachera, hablaba por los codos, con gran solaz de quienes la escuchábamos. Contó sus dificultades con la marcha atrás, para sacar el carné de conducir. Al parecer nunca había sido lo suyo. Con ese sistema había tenido cinco hijos. Los gallegos se partían de la risa; nosotros también, más que la originalidad de las ocurrencias, tenía toda la gracia del mundo en la forma de contarlas.

A lo largo del camino vamos coincidiendo con otros peregrinos que pasaron la noche en el albergue de Ourense. En concreto con una amplia prole de origen abulense. Son varias familias compuestas por hermanas -ya mayores- que han venido con el marido de una de ellas, y un porrón de hijos. Tienen el aire arrogante y pija de los miembros del Opus Dei. Ellas comentan con cierto alborozo la ilusión que les hace la peregrinación, con su buena porción de indulgencias que conlleva; todas visten el *kit* de <<nancy peregrina>>, con la inevitable concha con la cruz de Santiago en rojo colgando del cuello y pañuelo con estampaciones de cachemira anudado en la muñeca. El marido, que difícilmente puede ejercer de cabeza de familia ante la alianza femenina, parece estar relacionado con la construcción. Gracias a él pudimos poner en funcionamiento el albergue. Los chicos mayores conducen tres coches de apoyo, donde llevan mochilas, tiendas de campaña y las vituallas, a la vez que recogen a los más pequeños cuando se cansan. Muestran esa característica indiferencia y distanciamiento de quienes no son como ellos, que esconde miedo a la diferencia. Nosotros lo tenemos de vagabundos y transeúntes, ellos no sólo de éstos, también de nosotros. Pero lo que más me repatea es ese clima de mundo-feliz-y-educado que reina entre ellos y en su mínima relación con nosotros.

En Cea, la Xunta también ha construido un albergue nuevo, como el de Ourense. Al llegar, estaba todo cerrado y apagado. El encargado, no vendría hasta la noche; su mujer nos abrió la puerta, pero desconocía dónde estaban los interruptores de las luces y el diferencial. El de Ávila se situó y fue descubriendo las claves del edificio. Se le veía contento de su dominio del tema; su mujer también manifestaba satisfacción por la escena, porque mostraba lo acertado de su elección: un hombre tan solvente como esposo, padre de sus hijos y buen cuñado de sus hermanas. Lo más positivo es que esto pareció abrirles un poco más al resto de nosotros.

Aquí hemos coincidido con cuatro vigueses que iniciaron el camino en Ourense; otros dos

de Allariz, que habían hecho hoy una etapa de cuarenta kilómetros y uno de Barcelona que había empezado en Puebla de Sanabria. Éste llegó pasado el mediodía, se duchó y cuando le preguntamos si se iba a quedar un poco de tiempo en el albergue, para dejarle las llaves por si alguien más venía, nos contestó que estaba muy cansado para aceptar responsabilidades. Con éstas, se fue y no apareció hasta la noche. Laura salió a comprar y yo me quedé a cargo del albergue hasta que me relevaron los de Vigo.

Por la noche, nos sentamos todos en mesas contiguas y estuvimos en charla cruzada. No salíamos de nuestro asombro, cuando el catalán, más relajado que al llegar, nos contó su viaje. Al parecer, como no se fiaba de las flechas amarillas, iba siempre por carretera. El Padornelo lo cruzó por el puente y túnel de la CN-635. Cuando uno de los de Allariz se refirió a que era más bonito ir por el camino, respondió: "Chorradas, tengo comprobado que se ahorra al menos un 10% por la carretera. Además muchas señales se han borrado y no tengo tiempo que perder". Las familias del Opus estaban en misa, cuando volvieron, ya habíamos cenado y nos estábamos distribuyendo en las literas. Entre sonrisas los vigueses comentaron que les habían puesto de mote la *Kelly Family*.

Aquí hemos encontrado un libro de visitas del que he entresacado la anotación que he copiado al principio de las anotaciones del día de hoy.

## JORNADA 41ª

24 de agosto. De Cea a Boto.

A la salida de Cea nos dirigimos hasta Oseira con intención de visitar el convento cisterciense. Esta inmensa mole fue construida en el siglo XII, ampliándose con posterioridad durante el Renacimiento y Barroco. El conjunto tiene un porte monumental y grandioso, fiel reflejo del poder que tuvieron los monasterios rurales durante la Edad Media y el Antiguo Régimen. Por su perfecta adecuación para la autosuficiencia, podría decirse que es un falansterio antes de tiempo. Al llegar, un monje nos dio dos explicaciones someras, con objeto de que nos agregásemos a un grupo cuyo recorrido de visita acababa de iniciarse. El monje que nos guiaba se recreaba en las explicaciones. Desde luego tenía una fina sensibilidad artística, amén de conocimientos de historia del arte, más que regulares. No se limitaba a repetir un rollo, sino que se deleitaba en los detalles, acompañando su charla de pocos gestos con las manos, pero muy precisos. No me extrañaría que hubiese tomado parte en la reciente restauración de la que había sido objeto el monasterio, cuyos principales impulsores y ejecutores habían sido los propios monjes.

Al salir del convento apareció la *Kelly Family*. Estaban sudorosos, cansados y con inconfundibles e inocultables síntomas de enfado y disensión entre ellos. Según contaron, se habían perdido y habían debido hacer veinticinco o treinta kilómetros, por lo menos.

Eran las doce y media y habían salido a las nueve. No había razones para creer que se hubiesen perdido; simplemente no estaban acostumbrados a andar. El esfuerzo hecho les debía parecer poco proporcionado para recorrer sólo siete u ocho kilómetros. Cotejamos los itinerarios del camino por el que fueron y salvo una o dos indicaciones que no reconocimos, el trayecto, buena parte del cual era siguiendo una carretera local, era el mismo que habíamos realizado nosotros. Los mayores echaban la culpa a los más jóvenes, ellos decían que no había habido error alguno, lo que ocurría era que sus padres eran muy lentos y habían estado parados descansando mucho rato. Lo cierto es que las tres hermanas y el habilidoso marido/cuñado estaban desparramados en el suelo muertos de agotamiento.

Nadie me creería si dijese que no disfrutaba con la escena. Los chavales me parecieron más normales que sus padres; sentía simpatía por ellos. A unos que bebían en la fuente, junto a la puerta del convento, les dije que, la próxima vez, deberían intentar hacer el camino solos. Su mueca venía a decir <<cómo si fuese tan fácil...>>. El padre aprovechó que iba a comprar bebidas para hacer un aparte conmigo y justificar la escenita que habían montado aludiendo a “las lógicas disputas en familias tan numerosas”. Yo le resté importancia. Desde entonces, nos hicieron testigos involuntarios, cuando no jueces, de sus desencuentros.

El resto del camino lo hicimos por un agradable bosque, con muy poca carretera. Junto a nosotros iban los dos chicos de Allariz. De ellos, Juan es comedido y parco en palabras. Por el contrario, Paco es bastante más locuaz y abierto. Quiere que lleguemos juntos hasta Santiago. Le duelen los pies y tiene ampollas por todos lados. A ratos se queda atrás e instintivamente Juan se detiene para esperarlo. Paco incrementa su agobio de forma paulatina, porque piensa que no llegará a Santiago. Conforme seguimos andando, da muestras sobradas de su pusilanimidad. Aunque sus ampollas no son nada de broma, Laura las ha tenido bastante mayores y con el tiempo se ha hecho a seguir andando, ahora apenas si nota alguna molestia en los pies. Se lo decimos para reconfortarle, pero me parece que le gusta hacerse algo la víctima. Como le hacemos sólo un caso relativo, trata de alejar a Juan de nuestra compañía para ir con él por la carretera; lo del ahorro del 10% se le ha quedado grabado.

Llegados a Castro Dozón (nuestra inicial meta) nos dejamos llevar por la agonía de Paco y, tras tomar un café, decidimos seguir hasta Silleda o Prado, al menos. En la cafetería nos dicen que

Prado está a ocho kilómetros.

Poco después nos encontramos con un grupo de peregrinos gallegos que vienen desde un pueblo cerca de Ourense. Llevan tiendas de campaña y van al paso preciso que requiere disfrutar del camino. Cuando les viene en gana y encuentran un lugar apetecible para un baño, no lo piensan dos veces. Nos dicen que hasta Prado quedan más de quince kilómetros, según su guía. Comenzamos la encuesta de rigor entre los paisanos y, en efecto, todos coinciden en que desde luego no son ocho. Como a Paco le doliesen más los pies y los ocho se habían multiplicado por dos, decidimos llegar a Botos. Atravesamos un valle bajando por estrechos caminos entre muros de fincas. En Botos, Paco, que trabaja en un establecimiento de El Cortes Inglés, aunque ha estudiado Telecomunicaciones, nos consiguió sendas habitaciones a mil pesetas cada una, en una pensión donde decían no poder alojarnos, a causa de la fiesta que celebraba el pueblo.

Tras ducharnos, bajamos a cenar en el mismo establecimiento donde íbamos a dormir. Durante el tiempo que estuvimos allí se produjeron dos largos apagones de luz, cuando los feriantes intentaban poner en marcha las atracciones.

Por la noche Laura vio un incendio en la lejanía y, al parecer, trataron de entrar dos veces en nuestra habitación; también llovió con intensidad. Yo no me enteré de nada.

## JORNADA 42ª

25 de agosto. De Botos a Bandeira.

Salimos con amenaza de lluvia. Desayunamos rápidamente en el bar. Me acuerdo del pan tostado con ajo, aceite y tomate. Aquí es difícil que te sirvan eso. Todo lo más un café con bollería o magdalenas.

Desde poco después de la salida, Paco vuelve a la carga con Juan, convirtiéndose en una auténtica pesadilla. Para justificarse, procura incitar a la pena con la continua alusión a las ampollas. No es mal chico, pero resulta excesivo su victimismo. No obstante, le curamos o le revisamos el esparadrapo de los pies cada vez que nos lo pide. Pasa de la adulación a la indiferencia sin encontrar el término medio. Pero sobre todo, me molesta el uso parasitario que hace de su amigo Juan. A éste le gustaría seguir por el camino con nosotros, pero se debe a Paco por fidelidad. En su desconfianza, Paco se ha vuelto algo obtuso, empeñándose en seguir por carretera. Le hemos recomendado que se vuelva o bien que coja un autobús hasta Santiago. Pero nada.

Prado estaba bastante lejos en efecto. Pasando esta localidad, tomamos un camino que bajaba por un bosquecillo para cruzar un río por un antiguo puente. En el inicio del mismo, nos volvemos a encontrar con el grupo de gallegos del día anterior. Entablamos conversación con Sergio, médico, que ha estado muy involucrado desde joven en el estudio de la cultura popular gallega. Pescador con mosca, la conversación gira en torno a este arte y su relación con el camino de Santiago, para pasar después a la evolución experimentada por los ríos en relación a la disminución de fauna piscícola autóctona en ellos. Se muestra muy crítico con las actuaciones de la Xunta en esta materia.

El puente atraviesa unas pozas que sugieren la posibilidad de bañarse, pero con el tiempo como está, habremos de dejarlo para otra ocasión. Absortos mirando el río y el bosque de galería que lo flanquea, él ve varias truchas; yo alisos, fresnos, chopos, robles y un laurel. Cuando me oye referirme a los árboles, cuenta con añoranza las *carballeiras* que conoció cuando era niño, ahora transformadas en pinares y plantaciones de eucaliptos por intereses económicos de las fábricas de madera y papel. Los frecuentes incendios habidos en Galicia en estos años han estado asociados al fenómeno de la sustitución. Los robles son de lento crecimiento y están protegidos. Si no se subvenciona de alguna forma una finca con robles, resulta una ruina. Hasta hace poco la única solución era incendiarla y que después te dejaran plantar eucaliptos (cuya producción estaba subvencionada). Ahora la administración trata con mayor rigor los incendios y la descatalogación del monte protegido, una vez incendiado.

Sin mayores contratiempos llegamos a Bandeira, tras pararnos a comer en Silleda. En la oficina de información al peregrino de Silleda, una chica amabilísima nos aconsejó ir de Bandeira a Santiago por la carretera, pues el camino lo habían trazado para hacer pasar a los peregrinos por todas las iglesias de los concellos que mediaban hasta Compostela. "En el trazado han intervenido los curas y cada cual hace pasar el camino por su parroquia". En su opinión, esto había aumentado el recorrido en unos veinte kilómetros. Por carretera hay treinta y dicen que por el camino, más de cincuenta. Agradecemos su amabilidad y sinceridad.

Más tarde, cotejando los planos y las guías eran evidentes los bucles innecesarios, pero cincuenta kilómetros parecía mucha distancia. De todas formas advertimos una nueva errata en la guía que llevábamos. El plano de la etapa (Bandeira-Santiago) había confundido la ubicación del monte O Castro y el Pico Sacro que está cerca de Lestedo y no junto a Puente Ulla, como aparece en el plano. Otros desajustes apreciables pueden deberse a que el camino haya cambiado, desde que se hiciera la guía hasta ahora. No obstante, resulta más difícil comprender las sensibles diferencias entre dos planos dentro del mismo libro: el general del recorrido de la ruta mozárabe,

de las primeras páginas, y el de esta etapa.

En Bandeira el polideportivo hace las veces de albergue, acondicionado únicamente con algunas colchonetas. "Este camino no está tan cuidado como el francés. La Xunta se interesa poco en acondicionarlo", nos había dicho nuestra informante. Las colchonetas las había suministrado Protección Civil. Cuando llegamos al polideportivo, ya estaban Paco y Juan. Paco iba a que la señora que les había preparado la comida, le curase las ampollas. Desde luego, sabe buscarse la vida.

Al rato llegaron tres adultos y una chica. Querían hacer el camino desde Ourense en tres días y lo estaban consiguiendo. El primero durmieron en Cea, aquí el segundo y el tercero en Santiago. La chica estaba muerta. Era la mujer de uno de ellos y llevaba la rodilla hecha migas, pero ellos eran máquinas de devorar kilómetros. Poco después apareció la *Kelly Family*. A la primera muestra de interés sobre cómo estaban, comenzaron las lamentaciones. Habían hecho noche en Castro Dozón y el recibimiento había sido poco acogedor. Según explicaron, existe un albergue que no se abre por decisión del alcalde, quien detesta a los peregrinos. En verdad, son muchas las quejas que hemos oído de ese lugar. En Silleda, en la oficina de atención al peregrino, nos dijeron que tenían muchas hojas de reclamaciones sobre el trato recibido en ese lugar. En el bar donde habíamos tomado café en Castro Dozón, a ellos no les quisieron servir porque decían que eran muchos; tampoco accedieron a dejarles comprar en la tienda aneja al mismo. Ahora pienso que su equivocación en cuanto a los kilómetros, pudiese ser una estrategia para alejarnos de allí, pero quizás sea mucho especular.

Les permitieron dormir en una piscina, en las tiendas de campaña que llevaban. A las tres de la madrugada les apedrearon y para colmo llovió. "En fin, un desastre". Las tres hermanas eran el vivo reflejo de la extenuación. Pensaban que todos los albergues serían como los de Ourense y Cea, pero carecían de práctica para dormir cómodamente sobre una colchoneta, con lo cual apenas habían descansado; si además los apedrean y llueve..., lo tenían claro. El día de hoy habían llegado a Silleda andando, pero a partir de ahí todos habían venido en coche. "Total entre lo que anduvimos ayer perdidos y las calamidades de hoy, ya hemos hecho los cien kilómetros". Ellas querían llegar mañana a Santiago en coche, pero los niños se negaban. "Claro nos echan la culpa de todo a nosotras", decía una. "Lo primero que tienen que hacer es contenerse y aprender a dominarse, que eso es lo que te enseña la vida", decía otra, madre y tía de los revoltosos. "Si todo el mundo opina, no llegamos a ningún sitio", sentenciaba la tercera, partidaria clara de los sistemas democráticos y del fomento de los procesos participativos. Al marido no le oí decir nada, ignoro si porque estaba con el bando de los chavales o simplemente porque no suela hacerlo cuando hablan su mujer y sus cuñadas.

Al tiempo, llegaron los de Vigo. Habían dormido también en Castro Dozón. Confirmaron la pedrea, que ellos sufrieron igualmente. Pero en su caso, apenas si se habían inmutado, pues arrastraban un sueño atroz. La semana anterior a ponerse de camino habían estado de juerga en el pueblo de uno de ellos, durante las fiestas, y traían cansancio acumulado.

<<Hacer los cien kilómetros>>. Esta expresión se ha convertido en todo un hito dentro del peregrinar santiaguista. Se supone que sólo así, caminando (o recorriendo en bicicleta o a caballo), al menos, los últimos cien kilómetros se consiguen las indulgencias que conlleva la recepción de *la compostelana*, una especie de título o diploma que puedes llevarte de recuerdo de Santiago. Los sellos de los albergues deben demostrar que realmente se han hecho de uno de esos tres modos. Sin embargo, a pesar de la solemnidad con la que se toma este rito, debe ser muy reciente. Walter Starkie, irlandés que hizo varias veces este camino en la primera mitad del siglo XX, dejó escrito un libro con sus hazañas. Aunque sea poco original en sus comentarios, este personaje me cayó simpático por su especial facilidad para sacar provecho de los múltiples conocidos que encontraba en su vagabundeo. Por otra parte, aporta ciertos detalles que denotan el continuo proceso de invención que vive el ritual de la peregrinación a Santiago. Para él, ir

andando era a lo que debía resignarse cuando no podía conseguir mejor medio de locomoción. Resulta del todo extraño a su discurso, por lo demás bastante piadoso, que para alcanzar las bienaventuranzas de la peregrinación deba realizarse en medio no motorizado y no señala nada de los famosos << cien kilómetros >>. Lo importante era hacer la última etapa a pie, ver la catedral desde las afueras y entrar andando en la ciudad, pero hasta esa última etapa daba igual qué medio de locomoción se emplease. En la peregrinación original, es decir cómo se practicaba en la Edad Media, según el *Codex Calixtinus* en su libro V, que es la primera guía publicada de los peregrinos jacobitas, las etapas son de sesenta y dos kilómetros aproximadamente, luego no estaban pensadas para ir andando, sino en montura. Sólo muy recientemente -Starkie estuvo peregrinando en los años cincuenta- se ha impuesto la costumbre del peregrinaje a pie, a caballo o en bicicleta, comenzando en Roncesvalles o en Somport. Lo que se conoce de forma impropia como hacer el camino de Santiago << entero >>. Si tanto camino resulta imposible o indeseable para muchas personas, se ha puesto el límite de los ya comentados cien kilómetros; pero, vuelvo a decir, creo que carecen de soporte en la tradición jacobea.

## JORNADA 43ª

26 de agosto. De Bandeira a la ermita de Sta. Lucía (A Veiga-Eixo, Concello de Santiago).

Laura y yo teníamos la intención de llegar a Santiago, pronto, para que apenas hubiese alguien allí. Mi experiencia de la primera vez que hice el camino fue desastrosa. Cuando llegué cargado con la mochila, el único rito que me conmovía era poner la mano en el parteluz del Pórtico de la Gloria donde, grabada en el duro mármol, se aprecia la huella de la mano de millones de peregrinos. En el momento -mágico para mí- en que iba a poner mi mano polvorienta y sudorosa, un violento empujón me apartó sin contemplaciones. En mi abstracción no había visto un grupo de japoneses que estaban celebrando una boda. Yo había cruzado delante de la novia, interrumpiendo en la escena. Quien llevaba el vídeo chillaba que me apartasen, o algo así, y un señor enchaquetado ejecutó la orden. Devuelto violentamente a la realidad, se me quitaron las ganas de esperar a que se fuesen. Además, una cola larguísima esperaba para lo mismo. Por eso, esta vez quiero hacerlo sin intromisiones.

Hasta Puente Ulla seguimos el camino, que tomaba las de Villadiego para acercarse a determinados pueblos, algo alejados de la carretera. El itinerario discurre por carreteras comarcales con poco tráfico, atravesando bosquetes de eucaliptos. La bajada a Puente Ulla es dura y puede destrozarte los pies, si no tienes cuidado. En Puente Ulla coincidimos de nuevo con la *Kelly Family*. Una de ellas, con una furgoneta, estaba esperando a que se sumasen los otros dos coches. Por lo visto, habían ganado ellas y todos terminarían la peregrinación en coche.

Paramos a comer en una placita, tras hacernos unos bocadillos en un supermercado. Los vigueses llegaron al poco, haciendo lo propio. Mientras comíamos, arribó un grupo de peregrinos algo vocingleros. Quien más fuerte hablaba era un señor entrado en la cincuentena, mientras daba cuenta de un bocadillo y un cartón de vino. Decía no sé qué de una cuesta y que había dejado atrás a los demás. Se mostraba especialmente desdeñoso con una mujer de su misma quinta, quizás su esposa. Llevaban coche de apoyo, eran de Toledo y habían comenzado en Ourense. Una noche la habían pasado en Oseira y no les había hecho gracia dormir en el suelo. Suponían que les permitirían hacerlo en la hospedería del convento. Eso les había frustrado y, pronto, la discusión se centró en si debían seguir a pie o bien llegar a Santiago en coche.

Seguimos nuestro camino entre sofisticadísimos pazos. La guía, que en esta última etapa pone de relieve toda su incapacidad para servir de lo que anuncia su título, dice que uno de ellos pertenece a un ex-general golpista. Ya podría dedicarse a dar información más útil.

Dado nuestro propósito de llegar a Santiago temprano, debíamos hacer noche en las cercanías de la ciudad. A mí me apetecía pasar una noche al aire libre, en el pórtico de alguna iglesia. Nos habían asegurado que la ermita de Santa Lucía tenía uno. Y hacia allí nos dirigíamos. Al salir de Puente Ulla seguimos las flechas que atravesaban montes para llegar dando un rodeo a la ermita de Santiaguño. Después se dirigía hacia la de San Pedro, a la izquierda de la carretera. Cerca de Santiago, la señalización se complica: junto a las flechas amarillas aparecen otras, de color rojo y finalmente también están las de la carretera que tienen itinerarios alternativos para seguir a pie. Decidimos seguir hasta Lestedo por carretera, a pesar de la incomodidad. Además la mayoría de las iglesias por las que pasábamos estaban cerradas, tampoco puedes buscar albergue en ellas.

Cuando llegamos a la ermita de Santa Lucía, a dos kilómetros de Santiago, nuestro gozo estaba en un pozo: carece de pórticos donde guarecerse de la lluvia. Además, nada en su entorno tiene techo para pernoctar. Por otra parte, la fuente que había junto a la ermita estaba casi seca y el riachuelo que pasa por su lado no es de fiar para bañarse, dada la fuerte urbanización de la zona.

Preguntamos a un grupo de personas que pasaban si conocían algún lugar donde poder pasar la noche. Una chica del grupo, tras rechazar los lugares que nos decían los demás por

distintos motivos, todos ellos bastante convincentes, se ofreció a alojarnos en su propia casa, uno de los chalés del entorno. Tras los noes que la educación impone, nos dirigimos a su casa. Después de la ducha, nos integramos con todo el grupo. Según nos contaron, tras una copiosa comida habían salido para hacer la digestión. Por fortuna quedaban suficientes restos de empanadas de varios contenidos como para calmar el hambre de un regimiento de peregrinos: creo que fue la primera vez que comí una de berberechos, pero no será la última.

Cuando se hubieron ido los demás, nos quedamos en animada conversación con Elena, la dueña de la casa y quien nos había ofrecido su hospitalidad. Trabaja en la TVG, como productora de informativos. Nos contó la mano férrea con que Fraga y su entorno controlan la información.

- En Galicia no hay incendios.

- ¿Cómo?

- Fraga decidió, hace varios años que en Galicia no hubiese más incendios. Los informativos nunca dan la noticia de incendios, lo tienen terminantemente prohibido.

Nos caía bien y ella parecía cada vez menos arrepentida del pronto inicial de invitar a unos extraños a dormir en su casa. Había llevado una vida bastante bohemia y ahora, metida en la cuarentena y soltera, no pensaba cambiar. Su estresante trabajo debía pasarle factura en su forma atropellada de hablar, respondiendo sin dar tiempo a terminar las preguntas. "Espero que no os importe que me fume un porro. Sólo me queda éste", nos dijo. Esa fue la palabra mágica para que Laura sacase su cajita con *costo*. Hizo un par de *cañitas* mientras continuábamos hablando hasta que se nos vino la noche encima. Después ella se fue a su cuarto y nosotros dispusimos, alterando lo menos posible los muebles del salón, nuestros sacos en esa amplia estancia. Antes de despedirse, nos volvió a invitar a dormir esa noche, tras llegar a Santiago. Podíamos coger un autobús que nos dejaba cerca de su casa o esperarla a ella a que saliera del trabajo. Se lo agradecimos, pero le dijimos que en el Seminario menor habría alojamiento suficiente.

## JORNADA 44ª

27 de agosto. De la ermita de Santa Lucía a Santiago.

Salimos temprano y llegamos a Santiago por carretera. Nos acercamos a la catedral cuando prácticamente no había nadie. Le di el prometido abrazo al Santo en nombre de su tocayo, el último zapatero de Puebla de Sanabria. Después deambulamos por la ciudad con esa astenia que padecen los peregrinos tras su llegada a Compostela. En torno a la catedral fuimos encontrando a la gente que habíamos visto en los últimos días. Hemos buscado alojamiento en el Seminario menor, donde lo había sin dificultad alguna aunque allí debíamos estar más de cuatrocientas personas. Esta vez no me apetecía hacer cola para pedir la compostelana, diploma que acredita haber realizado el camino, y Laura tampoco manifestó mayor interés por conseguirla. Me sobra con ver mi credencial. En este documento he ido poniendo un sello en cada uno de los sitios en los que he pernoctado, amén de algunos más de otros por los que he pasado. En suma llevo más de cincuenta. Los hay de ayuntamientos, cuarteles de la Guardia Civil, comercios, restaurantes, albergues, de alguna que otra parroquia y de la institución religiosa de Alcuéscar. Todos ellos me recuerdan que lo importante de la peregrinación es realizar el camino, desplazarse a través de él, y no el hecho de llegar a Santiago.



## EPÍLOGO

Al día siguiente decidimos ir a Finisterre en autobús, ya no tenemos tiempo para hacerlo andando. Resulta un punto obligado en la peregrinación jacobea. Comimos pescado y marisco. Y no faltó la raya, siguiendo el consejo que Gregorio Morán da en su libro. A la vuelta, más de diecisiete horas de autobús nos trajeron de nuevo a Sevilla. Adormilado, escudriñaba la lejanía tratando ver hitos que me recordasen haber pasado por allí andando.

Esta vez pude poner la mano sin ningún contratiempo en la columna donde está grabado el árbol que representa la genealogía de Cristo. Ignoro cuántas historias hay impresas en esa huella, pero sé que ésta se ha unido a ellas.

## OBRAS CITADAS Y CONSULTADAS

- Alenza García, J. F. *Vías pecuarias*, Civitas, Madrid 2001.
- Álvarez Santaló, C.; Buxó, M. J. y Rodríguez Becerra, S. (coords.). *La religiosidad popular*, Editorial Antropos y Fundación Machado, 3 vols., Barcelona 1989.
- Alzola y Minondo, P. de. *Historia de las obras públicas en España*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid 2001 (3ª ed., facsímil de la que en 1899 publicó su autor).
- Barreiro Rivas, L. *La función política de los caminos de peregrinación en la Europa medieval. Estudio del Camino de Santiago*, Tecnos, Madrid 1997.
- Bellosillo, M. *Castilla merinera. Las cañadas reales a través de su toponimia*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid 1988.
- Blanco Vila, L. (director), *El Camino de Santiago*, Cursos de verano de El Escorial 1993-1994, Editorial Complutense, Madrid 1995.
- Bonilla, L. *Historia de las peregrinaciones. Sus orígenes, rutas y religiones*, Biblioteca Nueva, Madrid 1965.
- Camino de Santiago. Vía de la Plata*, Trabajo recopilado por las asociaciones del Camino de Santiago "Vía de la Plata" de Zafra y Sevilla, Amigos del Camino de Santiago de Sevilla. Sevilla 1999.
- Cancio, M. El arma cultural del poder: la cultura xacobeá y otras movidas del despilfarro, *Archipiélago*, 16 (1993).
- Coelho, P. *El Peregrino de Compostela (Diario de un mago)*, Planeta, Barcelona 1999 (7ª edición).
- Cunliffe, B. *Roman Bath discovered*, Routledge & Kegan Paul, Londres 1971.
- Davillier, Ch. y Doré, G. *Viaje por España*, Miraguano Ediciones, Madrid 1998 (2 vol.).
- Descripción de las cañadas reales de León, Segovia, Soria y ramales de la de Cuenca y del valle de la Alcudia*, Ediciones del Museo Universal, Madrid 1984.
- Díez y Lozano, B. *Historias y noticias del culto a la Virgen María en el Antiguo Reino de León*, Nebrija, León 1982 (1ª ed. 1900).
- Estepa Díez, C.; Martínez Sopena, P. y Jular Pérez-Alfaro, C. (coord.), *El Camino de Santiago: estudios sobre peregrinación y sociedad*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid 2000.
- Flores del Manzano, F. *Andar por las cañadas reales*, Libros Penthalon, Madrid 1993.

García Fernández-Albalat, B. *Las rutas sagradas de Galicia. Perduración de la religión celta de la Galicia antigua en el folclore actual*, Diputación Provincial, A Coruña 1999.

Huizinga, J. *El otoño de la Edad Media : estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Revista de Occidente, Madrid 1930 (1ª ed. 1872).

Ibáñez Pérez, A. El camino de Santiago en España: una realidad consolidada, *La cultura como elemento de unión en Europa. Rutas culturales activas*, Fundación del Patrimonio de Castilla y León, Valladolid, 2003.

*Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus* (A. Moralejo, C. Torres y J. Feo [eds.]), Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos-CSIC (original, 1951); reedición de la Consellería de Relacións Institucionais e Portavoz do Goberno, Xunta de Galicia, Santiago 1992.

*La Ruta de la Plata a pie y en bicicleta*, El País-Aguilar, Madrid 2000.

Llopis, S. *Por Salamanca también pasa el Camino de Santiago*, Asociación de Amigos del Camino de Santiago "Vía de la Plata", Salamanca 1998 (reedición del original editado en Salamanca 1965).

Klein, J. *La Mesta*, Alianza Universidad, Madrid 1990 (8ª ed.).

Maldonado, L. La religiosidad popular, en C. Álvarez Santaló; M. J. Buxó y S. Rodríguez Becerra (coords.). *La religiosidad popular*, Editorial Antropos y Fundación Machado, Barcelona 1989, vol 1: 30-43.

Mariño Ferro, X. R. *Las romerías/peregrinaciones y sus símbolos*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo 1987.

Millás, J. J. *La soledad era esto*. Destino S. A., Barcelona 1994.

Morán, G. *Nunca llegaré a Santiago*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid 1996.

Munzenmayer, B. *The Camino mozarabe or via de la Plata. Part II: Camino meridional*, The Confraternity of Saint James, Londres 1998.

Nooteboom, C. *El desvío a Santiago*, Siruela, Madrid 1998 (5ª edición).

Outeriño, M. *El Camino mozárabe a Santiago: Prolongación de la vía de la Plata*, Caixa Ourense, Ourense 1999.

Péricard-Méa, D. *Les routes de Compostelle*, Editions Gisserot, París 2002.

Raju, A. *The Camino Mozarabe or via de la Plata. Part I: Sevilla to Astorga*, The Confraternity of Saint James, Londres 1999.

Rodríguez Becerra, S. (coord.), *Religión y cultura*, Junta de Andalucía y Fundación Machado, 2 vols. Sevilla 1999.

Roldán Hervás, J. M. *Itinaria Hispana. Fuentes para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*, anejos de Hispania Antiqua. Universidades de Valladolid y Granada 1975.

Ruiz, A. y Molinos, M. *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Crítica, Barcelona 1993.

Sala, J. *En el Camino. Vivencias, anécdotas y otras historias de un peregrino en la ruta jacobea*, Veron editores, Barcelona 1999.

Sillières, P. *Les voies de communication de l'Hispanie meridionale*, Publications du Centre Pierre Paris, París 1990.

Starkie, W. *El Camino de Santiago. Las peregrinaciones al sepulcro del Apóstol*, Aguilar, Madrid 1958.

Thomas-Penette, M. El camino de Santiago en Francia: el pasado y el presente, *La cultura como elemento de unión en Europa. Rutas culturales activas*, Fundación del Patrimonio de Castilla y León, Valladolid 2003.

Twiss, R. *Viaje por España en 1773*, Cátedra, Madrid 1999.

Varela, G. Comer para un largo caminar, en L. Blanco Vila (dir.), *El Camino de Santiago*, Cursos de verano de El Escorial 1993-1994, Editorial Complutense, Madrid 1995.

Vázquez de Parga, L.; Lacarra, J. M. y Uría Rius, J. *Peregrinaciones a Santiago de Compostela*, 3 tomos, Gobierno de Navarra 1998 (Edición facsímil de la realizada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1948).

*Viaje por la historia de nuestros caminos*, Grupo FCC. Madrid 1997.

Villalvilla Asenjo, H. *Manual para la defensa de los caminos tradicionales*, Talasa ediciones, Madrid 2000.

Ybarra Mencos, I. *A trompicones*, Guadalquivir S. L. Ediciones, Sevilla 2001.